

Selecta

Sara Lis

EL CHICO
DEL
TAPERSEX

El chico del tapersex

Sara Lis

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

La locura de los amantes es la más feliz de todas.

Platón. *Fedro*.

Prólogo

6 años antes...

Un precioso atardecer acaparaba la azotea parisina del restaurante de Terrass Hotel en Montmartre, mientras tanto, bajo el sensitivo hilo musical del exclusivo lugar, servían dos de sus especialidades en una mesa: *Magret de canard* y *Soupe a l'Oignon* (pechuga de pato y sopa de cebolla, en francés).

—¡Oh, Dios Santo, Óliver!, ¡esto es increíble! —exclamó Julia mientras admiraba su plato recién puesto y daba un raudo repaso a las vistas de los ventanales, que mostraban a la capital cada vez más azafranada.

—Sí, lo es —afirmó él sin quitar los ojos de encima a su flamante novia.

—¿Pero cómo...cómo se te ha ocurrido? ¡Es una locura! —espetó con una sonrisa insostenible que no le dejaba tapiar sus gruesos labios teñidos de carmín.

—Bueno, pensé que después de los exámenes nos iría bien desconectar un fin de semana. —Arrastró sus manos por el sedoso mantel para recoger delicadamente las de Julia, estas aún más tersas que la misma tela que acariciaba—. Además, encontré un buscador de escapadas que lo ofertaba a un precio buenísimo, creo que era canoa.es...

—¡Ja, ja! Querrás decir *kayak.es*.

—Eso —se ruborizó y se dejó llevar definitivamente por la risa jocosa de ella, que era resplandeciente—. En fin, no podía dejarlo pasar, aunque tampoco quería, la verdad. —La besó con calidez en una de sus manos y ella sonrió complacida—. Solo he tenido que hacer un par de dobles turnos en la cafetería.

—Cariño mío... ¿Además de los exámenes? Eres un encanto. Y, por supuesto, mi caramelito más dulce (ella siempre le llamaba así). Y te prometo que hoy

mismo te compensaré todo el esfuerzo que has hecho. —Le guiñó un ojo a la vez que le ofrecía una sonrisa picaresca.

—Creo que esta noche ya me has compensado dos veces... No, han sido tres, que al final no lo había soñado. Pero que sepas que todo es poco para complacer a mi princesa. —Ella se derritió de nuevo tras su halago y se acercó para susurrarle algo.

—¿Qué te parece si... regresamos ahora mismo a la habitación a tomarnos directamente el postre? —Se mordió el labio rojo al mismo tiempo que uno de sus pies se mostró de lo más cariñoso bajo el largo mantel de terciopelo grana, donde rozaba con suma finura la pierna de su enamorado.

Óliver sacudió su cabeza como si quisiera deshacerse del hechizo de la bella y enloquecedora Julia.

—No —dijo mientras se erguía e intentaba aparentar ser un hombre duro—. Prefiero acabar la cena. —Sin embargo, no pudo contener la curvatura divertida de sus labios, que se le escapaba sin poder dominarla.

—Como quiera, «don Formal» —manifestó ella como si le hablara a un general—. Pero te aseguro que después te apresaré con mis zarpas de diablesa y no te dejaré marchar en tooda la noche.

—Y yo no me antepondré a ello —rio.

Ambos se dedicaron una mirada cómplice en la que se quedaron inmersos.

Un camarero con el traje de pingüino y la piel de alabastro, les obligó a salir de su ensimismamiento. Este se presentaba en la mesa con una botella de *Meursault Vieilles Vignes* (reserva del 2006) en la mano.

—*Madame. Chevalier.*

A continuación, el hombre de correctísimos ademanes y diestra urbanidad, reclinó el costoso recipiente en la copa de cristal de Óliver. Él se dispuso a catar el apetecible líquido y le hizo un gesto de aprobación, fue entonces cuando procedió a henchir las dos copas.

Julia, mientras tanto, atestiguaba el acto, levantaba su rubio flequillo con el movimiento alzado de sus cejas, estaba asombrada por tanta exclusividad. Cuando el camarero se fue, ella no se pudo contener más.

—Óliver, esto... ¡Es demasiado! ¿Pero cuánto te ha costado?

No obstante en ese preciso instante, Óliver salió de su asiento e hincó la rodilla a la vera de Julia, dejándola con la boca abierta.

—Julia Salamanca Arellano —pronunció raudo con una respiración de lo más acelerada que hacia elevar de modo discontinuo la tela blanca de su pecho, mientras tanto el murmullo de derredor se iba apagando de forma solícita—. Sé que solo llevamos ocho meses juntos, pero...—Sacó al instante una pequeña caja aterciopelada de su bolsillo y la abrió, mostrando en ella un anillo—... ¿Te quieres casar conmigo?

El rotundo silencio que se consagraba a la espera de su ansiada respuesta, hizo parecer que bajo aquel techo privativo y distinguido solo existieran ellos dos, aunque para nada fuera así. Las decenas de comensales, al igual que los camareros, incluso el de piel de alabastro que les había servido hacía tan solo un momento, observaban abstraídos aquel romántico capítulo donde dos jóvenes enamorados estaban a punto de trazar el camino de sus vidas.

—¡Sí, claro que quiero! —dijo resplandeciente, de la misma forma que se hallaba la súbita sonrisa del valiente Óliver.

Acto seguido Julia se levantó eufórica de la mesa dando casi un salto, aunque enseguida intentó recuperar la compostura puesto que debía aferrarse a la rutilante joya con la elevada clase que esta merecía.

El anillo era de oro blanco, portaba en su engarce lo que parecía ser un diamante de aguamarina y posiblemente fuera de 18 quilates. O, al menos eso era lo que ella caviló en un tris, porque aunque no era rica, le encantaba lo fastuoso y lo distinguido, y siempre estaba a la vanguardia sobre ese mundo pudiente del que no formaba parte, si bien siempre soñaba con que quizá, un día eso cambiaría.

Óliver lo colocó a la perfección en su fino dedo anular, y en cuanto terminó, ambos sintieron la imparable imantación de sus bocas. Y, pese a ser el punto de mira de las miradas ajenas, no opusieron resistencia alguna, y guiaron sus labios con la luz brillante de sus pupilas cautivadas.

Se dieron un beso dulce, largo y arrollador que no dejó indiferente a ninguno de los testigos que no cesaban en aplaudir y vociferar *félicitations* por el dichoso ambiente, como si aquello en vez de ser un lugar donde la gente acudía para

henchir sus bocas con comida de dioses, fuera un auténtico convite de bodas.

—Por mera curiosidad —bisbiseó Óliver a la oreja de su ya prometida, justo después de besarse con pura pasión y romanticismo—, ¿cuánto me lo vas a compensar?

—No te haces una idea, mi caramelito.

Capítulo 1

HASTA EL MOÑO

En la actualidad...

—¡Ni con un palo te tocaría! —salió Julia gritando de la habitación conyugal.

—Ah, ¿no? ¡Pues yo tampoco es que tenga muchas ganas! —siguió voceando Óliver.

—Cualquiera lo diría —respondió escénica—, después de haberme metido la mano por debajo del camisón.

—Es solo que tenía un calentón. Estaba soñando con alguien que no era una frígida como tú —respondió él, resaltando las tres últimas palabras.

Julia le miró con saña y se dirigió de nuevo al interior del dormitorio, tras unos segundos, salió con la almohada en sus manos y se la lanzó a la cabeza.

—¡Pues ya puedes seguir soñando en el sofá con el único ser que te tolera, porque solo se encuentra en tus sueños! ¡Y cuando despiertes, recuerda no acercarte más a mí! —Dio un portazo que hizo temblar los finos tabiques de la casa.

—¡No lo haría ni por un millón de euros! ¡Frígida! ¡Que eres una frígida! ¡Y que sepas, que las mujeres hacen cola para estar conmigo! —replicó Óliver en alto, en medio del pasillo con la almohada sujeta en sus manos.

Suspiró profundamente y se dirigió al sofá. Estaba muy enfadado.

—¡Sal de aquí, chucho! —echó con tono hosco a Supermán, que se encontraba enroscado en el rincón del asiento.

Supermán era el amor actual de su mujer: su chihuahua. Y Óliver lo aborrecía por completo. No había día que no se arrepintiera de habérselo regalado por su primer aniversario de bodas. De hecho, muchas veces él le aseguraba a Julia, que el día menos pensado se encontraría degustando el menú de los domingos, pollo con patatas, pero esa vez no provendría de la acostumbrada pollería de abajo, sino que lo elaboraría él de forma clandestina, con la materia prima gratis proveniente de su casa.

Óliver por fin se pudo adueñar del cómodo sofá, se mulló la almohada y cogió la pequeña manta verde que se encontraba en el reposabrazos. Pero al ponérsela para poder abrigar su cuerpo del sutil frío de la noche, comprobó que solo le tapaba el tronco.

—¡Pfff! Porquería de manta —refunfuñó, y con rabia la tiró al suelo.

Enseguida el diminuto Supermán vio la inesperada oportunidad que se le había presentado para dormir calentito.

No obstante, cuando Óliver lo vio enroscado confortablemente en el poliéster, enseguida alargó su mano para coger la punta de la prenda y se la sacó a tirones.

—Ni lo sueñes, bola de pelo sarnosa —le dijo entre dientes.

El pequeño animal replicó con un pequeño alarido en su caída, y después se quedó impertérrito de nuevo en el frío mar de gres.

Óliver, tras proclamarse el macho alfa le sonrió malicioso, pero al instante se escuchó la voz de Julia que provenía de la habitación.

—¡Supermán...! ¡Ven conmigo, precioso!

El can antes de acudir, pareció dedicarle una sonrisa similar a la que segundos antes el gran mastodonte de su cueva le había dedicado, y después, abandonó el gélido salón en una rauda y segura huida.

Óliver, con el ceño fruncido, comenzó a colocarse otra vez la escasa manta como pudo, e insistió en conseguir una posición medianamente cómoda dando manotazos a la deformada almohada y cambiándose varias veces de costado. Y aunque no la consiguió, tras largos minutos se quedó dormido.

Julia se estaba dando los últimos retoques de maquillaje, sin embargo, tuvo que dejar la barra de labios fucsia apoyada en el tocador para cerrar la ventana. Era primera hora de la mañana y no se había acordado hasta ese lapso de que era martes. Los martes había mercado, y por el molesto estrépito que este realizaba en su despliegue y la polvareda que se adentraba en el piso, apenas podía ventilar la habitación.

En cuanto cerró, regresó al espejo para acabar de acicalarse. Todavía no había ido a la cocina a desayunar, puesto que no le apetecía cruzarse con su indeseable y latoso marido, así que se colocó la americana negra y cogió unas monedas que tenía sobre la cómoda: desayunaría en el bar de enfrente.

Se inclinó sobre la cama para propinar un cálido beso junto a una caricia a su querido Supermán. Este yacía estirado boca arriba con la cabecita apoyada en la almohada y los ojos entrecerrados.

—Adiós, cielito, pórtate bien —le susurró, si bien apenas él se inmutó.

Al recorrer el pasillo, Julia escuchó un ruido cada vez más escandaloso proveniente del salón, y cuando abrió la puerta corredera, contempló lo que desafortunadamente ya se había imaginado, dado que en los últimos meses era más que habitual. Óliver y José Abel, el vecino y adolescente del bajo, se encontraban jugando a la *PlayStation*.

—¡Ejem, ejem! —carraspeó molesta—. ¿No tenéis nada mejor que hacer a las siete y media de la mañana?

—Hola, Julia —respondió José Abel despegando sus órbitas de la pantalla para posarlas en ella tan solo un segundo, pero en cuanto lo hizo se volvió de nuevo para admirarla—. ¡Caray, Julia! Siempre vas echa un pincel.

—Bueno, creo que es lo mínimo que se debe hacer cuando uno acude al trabajo. Además estando en una inmobiliaria...

—Ajá... —respondió abstraído nuevamente en las imágenes, haciendo caso omiso de su explicación. Y sin más, él cambió de tema—. Esta noche he *estao* en una caseto que te cagas, los padres de un amigo estaban de viaje y hemos *aprovechao*. ¡Qué fiestón! —dijo sonriendo—. ... Estaba por la zona de Pedralbes ¡Agüita el nivel que hay por allá! Por eso cuando Óliver me ha enviado un wasap diciéndome que no podía dormir y que si me apuntaba a un vicio, justo

estaba entrando a mi *Keo* y he *pensao*... ¿Por qué no? Ya dormiré después, total, hoy no pensaba en ir al insti. —Julia alzó las cejas y negó con la cabeza entretanto observaba los dos cogotes.

—Me voy a trabajar —mencionó ella hostil mientras se adelantaba a coger las llaves del coche que se encontraban guardadas en un cajón del mueble—. No te pongas demasiado tarde a buscar trabajo, Óliver. Consideran más a los candidatos que demandan empleo a horas tempranas que a los que lo hacen a última hora, está comprobado —decía mientras daba un repaso al interior de su bolso.

—Hoy seguramente me saltaré esa tediosa tarea. —Julia enseguida buscó su rostro dejando lo que estaba haciendo, como si hubiera sido horrorosamente alarmada por un estruendoso relámpago—. Lo más probable es que eche una cabezadita en la cama, hoy no he dormido demasiado bien —respondió Óliver mirando a la pantalla sin parar de presionar los botones del mando.

Julia apretó los dientes y entrecerró sus ojos como si le estuviera deseando la peor de las maldiciones, sin embargo consideró que era mejor salir a tiempo de la casa para no aparecer en los telediarios del mediodía como una psicópata. Y cuando se apresuró sin despedirse, dio uno de sus habituales portazos.

¡Poom!

Ciertamente la pareja no pasaba por uno de sus mejores momentos, Óliver hacía seis meses que se había quedado sin trabajo. Antes desempeñaba su labor como capataz en una obra bastante importante de la Gran Vía, pero por lo visto los continuos desacuerdos entre él y su jefe un día profundizaron más de lo debido, haciendo que el impulsivo Óliver perdiera definitivamente los estribos: le asestó un fuerte puñetazo al señor Capdevila, dejándole grabada la marca de su anillo de bodas en el párpado derecho.

Fue un hecho lamentable. Sin embargo, ahora el malaventurado Óliver lo estaba pagando con creces, puesto que nunca pensó que las futuras consecuencias serían tan duras y nefastas. Y es que el señor Capdevila portaba el monopolio de indefinidas obras de Barcelona, además de decenas de contactos, y eso hacía que lo de encontrar trabajo como capataz se tratara de una clara utopía.

Además de eso, la desquebrajada relación que ambos llevaban a cuestas hacía

tiempo se debía también a otra serie de factores: la dura e inimaginable convivencia, aquella que no se descubre hasta que ya es demasiado tarde; la rutina, que va apagando silenciosamente una porción de ti hasta que de repente te das cuenta de que eres soso y aburrido; las obligaciones, que suelen arrancar durante la mayor parte del tiempo el alma de tu cuerpo para transformarlo en un mero robot que no puede ni desea observar los pequeños momentos de la vida; y la decepción, que es la que te obliga a madurar sin tú desearlo en absoluto.

En fin, la vida entre los dos les había convertido en un par de extraños infelices, dejando muy atrás a aquella pareja joven y enamorada que un día se dio el sí quiero en un romántico lugar. Y por lo visto, no parecía haber ningún antídoto para cambiar la fatídica situación.

A media mañana Julia se encontraba haciendo un descanso en la cafetería de al lado de Fincas Salvat, la inmobiliaria donde trabajaba. Y lo hacía con su querida amiga y compañera de trabajo, Cris, con la que había compartido el día a día de sus últimos cuatro años, y eso, les había dotado de un fuerte vínculo.

—¿Entonces, como pensáis hacerlo? —preguntó Cris después de sorber el café con leche de su taza de porcelana.

Julia apoyó los codos sobre la mesa y después posó la delicada barbilla en sus manos, y suspiró.

—Yo creo que el piso me lo quedaré yo. Al fin y al cabo él no tiene trabajo —obvió—. Ya tengo en mente algunos cambios que le haré a la decoración, me gustaría algo más...minimalista —explicaba mirando con fijeza la pared blanca del bar, como si estuviera visualizándolo—. Nunca hemos coincidido en la forma de decorarla. —Seguía abstraída en la pared, pero esta vez con un atisbo de nostalgia.

Una camarera de facciones aniñadas y con las curvas similares a las que aparecían en la revista *Playboy*, se acercó y dejó un plato con las monedas del cambio encima de la mesa. Era evidente que era nueva en el puesto, ya que alguien así no solía pasar desapercibido ante los ojos de nadie, sobre todo ante los de los hombres. Sin embargo cuando desempeñó su tarea, no pudo ocultar un

semblante de lo más interesado en la ajena conversación.

—Gracias —dijo Cris a la forastera que se mantenía impertérrita al lado de la mesa, deseando saber más sobre lo que parecía ser su momentánea novela. Pero ella no se dio por aludida—. ¡Ejem! Gracias —insistió más ardua la amiga de Julia.

La veinteañera de cuerpo explosivo se abochornó de pronto sonrosando sus pálidas mejillas, asintió con la cabeza y se marchó para seguir con sus quehaceres portando las manos pegadas a su baja espalda y una expresión de desilusión.

—¡Qué descarada! —susurró Cris aproximándose a la cara de Julia—. Y encima es nueva, porque *esta* ayer no estaba. No creo que dure mucho —dijo mientras espiaba a la jovencuela de soslayo con sus ojos vivarachos y castaños.

Julia asintió con dificultad al no separar sus labios del borde del vaso del tibio cortado que estaba sorbiendo, mencionando un breve «mmm».

—Jo, nena, tú y Óliver separados. Nunca me lo hubiera imaginado ¿Pero ya lo habéis hablado?

—Todavía no. Pero es evidente que no tardaremos, en realidad es como si ya lo hubiéramos hecho. Y cuando pronunciamos las palabras en alto, ya será únicamente para concretar datos importantes, legales... tú ya me entiendes.

—Bueno, así te saltarás la parte aburrida de ser una mujer casada con hijos como yo, que está deseando subir al autobús para que alguien la roce —confesaba mientras removía la cucharilla en el vacío recipiente y enfocaba su apocada mirada allá mismo. Julia apretó sus labios mostrando comprensión, y Cris volvió a mirar los ojos azules de su amiga para acabar de desahogarse—. Y es que los hijos y todo lo que conllevan, acaba definitivamente con la pareja, hasta con los rescoldos si cabe —dictaminó—. Uno deja de conversar con el otro, de hacer cosas juntos, hasta de darse los buenos días... y del sexo ya ni te cuanto, es inexistente —enfaticó las últimas palabras agrandando sus pupilas castañas como si hubiera pronunciando el título de una película de terror—. Pero no te pienses que una echa en falta darse un revolcón con el espécimen que ocupa tres cuartos del colchón mientras ronca como un condenado sin dejarte pegar ojo, ¡nooo... eso no! Una sueña —sonrió maliciosa— con el vecino de al

lado, con el individuo que te dijo adiós al cruzarse contigo en la calle el día anterior, con el mecánico que te hace la revisión habitual del coche enfundado en su mono azul y sudoroso, con cualquiera que no sea el cargante y monótono energúmeno que tienes en casa y estás cansada de ver todos los puñeteros días de tu vida.

—Jo, Cris, qué mal lo pintas —masculló Julia con desánimo acariciándole los nudillos.

Observaba a su compañera con atención, apoyando el mentón en la palma de una de sus manos.

Cris se juntó el cabello largo y lacio en un puño para hacerse una rápida cola, y mientras lo hacía se mostraba pensativa en la nada. Luego curvó jocosamente los labios teñidos de rosa.

—No, si en el fondo es mi Paco. A veces me hace enfadar, y tiene esas manías que son de lo más *grrr*...—expresó haciendo un ademán espontáneo y divertido. Julia rio—, y el sexo, es cierto que no es para nada satisfactorio en estos momentos, ¿pero qué quieres después de quince años viéndonos las caras, y de lidiar con la energía ilimitada de dos monstruitos pequeños? Cuando conseguimos acostarlos estamos los dos para el arrastre. Pero lo dicho, es mi Paco y lo quiero con locura.

—¡Ay, Cris, que bonito! —musitó Julia con cierta pelusilla, y alisó el mechón marrón de su amiga que enmarcaba su cambiante rostro, este ahora feliz.

Y es que Julia sabía que por muy imperfecto que fuera el amor recién narrado, era ante todo incondicional.

Pasó varios minutos absorta en su compañera, quizá admirándola, o posiblemente cavilando el porqué de su desdicha con Óliver ¿Qué había hecho ella mal para no poder disfrutar de una pareja para toda la vida?

—¡Vamos! Que Franchesca nos va a *estirar* de los pelos como lleguemos tarde—masculló Cris a la vez que alzaba el bolso para colocárselo en su brazo.

—Sí, sí.

Se levantaron para abandonar el sitio, y en cuanto lo hicieron se dieron cuenta de que la anterior camarera curiosa, ahora se encontraba limpiando de arriba abajo la mesa vecina. Era tan extraño ver a alguien frotar tan concienzudamente

una simple mesa de bar que cuando sus ojos vivarachos y huidizos se toparon con las miradas de ambas compañeras, estas acabaron de corroborar que aquella muchacha entrometida había estado fisgando de nuevo.

—¿Pero y esa, de qué va? Me está dando repeluzno —manifestó confidente Cris a su amiga.

—Será mejor que nos vayamos.

Julia hizo un último y raudo estudio a la llamativa mujer que en ese instante se hacía la sueca, agarró el brazo de Cris y la condujo hacia la salida.

Capítulo 2

NO TE DARÉ LA SATISFACCIÓN

Óliver se levantó de la mesa del salón con la intención de bajar la persiana. La luz matinal le estaba deslumbrando la pantalla del portátil donde revisaba el estado de las ofertas de trabajo en las cuales se había apuntado. La bajó justo a la altura de su cuello, ensombreciendo sutilmente el lugar.

—Mucho mejor —murmuró para sí cuando lo hizo.

Volvió a acomodarse en la silla de arce y retomó la comprobación.

«En proceso» ponía en una oferta como capataz de obra en la que se había apuntado hacía más de dos meses. Óliver adoptó un ademán de aborrecimiento con la boca al leerlo, y tras cavilar unos segundos se levantó en busca de su móvil.

No dudó en llamar a la empresa de trabajo temporal que la ofertaba.

—Buenos días, llamaba para preguntar por una oferta como capataz que ustedes ofrecen. —Él escuchaba con atención a la persona que se hallaba al otro lado del teléfono, sin embargo, después de escucharla intentó de nuevo pronunciarse, aunque parecía que aquella tarea se había vuelto un tanto... dificultosa—. Sí... ya... yo ya, no, yo solo...—Tras el continuado balbuceo, el pobre Óliver se dio cuenta que completar una frase entera se había vuelto una tarea imposible. Hasta que finalmente se hartó—. Señorita, le quiero decir si me deja hablar —destacó con claro tono de molestia—, que ya estoy inscrito en la base de datos de su web, una labor que, por cierto, me hizo perder casi tres largas horas de mi vida porque tenía unos puñeteros e indescifrables problemas

técnicos. También complementé correctamente mi currículum vitae, e incluso hace dos meses se lo llevé en mano a su dichosa oficina. ¿No será usted la pelirroja del pelo corto? —Al escuchar la respuesta de forma súbita adoptó una mueca de asco a la vez que negaba con la cabeza—. Doña Núria, ¿me quiere decir, «de nuevo» —resaltó con aversión— que mi única opción es seguir esperando de brazos cruzados a que me llame? —Y al pronunciar un ínfimo silencio entretanto oía la respuesta contraria, se despidió como la impulsiva persona que era—. Pues espero que mientras aguardo la llamada, la hayan relegado a usted de su puesto por alguien que, como mínimo, sepa cómo funciona una absurda fotocopiadora, porque cuando fui el otro día no sabía ni hacerme la fotocopia del DNI. ¡Inepta, que es usted una inepta! —*Ipsa facto* le colgó con un mosqueo de mil demonios y lanzó el móvil al sofá.

Se sentó otra vez en la silla de arce para intentar serenarse. Aquel juego de sillas de salón fue el último mobiliario que acabó de completar el moblaje de la casa, puesto que Julia se enamoró de ellas en Italia, durante su viaje de novios, y tardaron más de dos meses en llegar.

Al ver las cuantiosas hileras en la pantalla en las que destacaba «En proceso», el angustiado Óliver no consiguió relajarse, todo lo contrario, notó como su enervación se magnificaba por momentos. Así que cerró la pantalla del ordenador de un golpe, y se levantó produciendo un escandaloso y desafinado ruido originado por el brusco roce repentino de las patas de la silla y el suelo.

Cuando anduvo unos pasos por el salón al mismo tiempo que abría y cerraba sus puños, retrocedió un instante, y se observó en el espejo grande y rectangular con el marco de plata que colgaba en la pared.

Se quedó un tanto pasmado, puesto que al hacerlo cayó en la cuenta de que hacía muchos días que no se había mirado: tenía la cara pálida y a sus ojos de color miel les acompañaban unas antiestéticas bolsas y ojeras por falta de sueño, o más bien por no poder conciliarlo como debía. Se acarició uno de sus pómulos con las yemas de los dedos mientras pensaba en qué momento había perdido el frescor de su rostro. Estaba prácticamente desnudo, solo llevaba unos bóxers grises que le tapaban sus zonas más íntimas, el corte de pelo *papillon* que lucía, o al menos era así como lo denominaba su vanguardista peluquero Axel, al que

no visitaba hacía meses, ahora lo tenía como una maraña ajada y ondulada por no peinárselo, y su forma física a la que siempre le había dedicado un promedio de cuarenta y cinco minutos de *running* diarios, empezaba a decaer notoriamente por su olvidado ejercicio. Sus atractivos abdominales ya no estaban, pero eso no fue lo peor, sino que lo que le pareció ver en el malévolos reflejo fue tan inesperado que se acercó con una expresión de lo más turbada, y comprobó, pese a no desear creerlo, un pequeño relieve blanquecino que había comenzado a surgir sobre la goma de los calzoncillos, y se lo apretó con sus manos sintiendo que aquella indeseada y nueva parte de su cuerpo estaba más que anclada.

—¡Qué mierda! —espetó con espanto.

Al instante se escucharon unas llaves chocar con la cerradura de la puerta de entrada. Debía ser Julia, que venía a comer.

Enseguida, Óliver se dirigió raudo a la habitación, no quería darle el gusto a su mujer de verlo activo y despejado, y mucho menos trabajando para cambiar su inestable situación. Se metió en el interior de la cálida colcha aguamarina de entretiempos, donde se topó con el inmutable Supermán que, en ese momento se hallaba limpiando a conciencia su diminuta virilidad.

—¡Largo, chucho asqueroso! —le gruñó.

El pequeño can salió disparado del colchón y también de la habitación como una estrella fugaz, profiriendo los típicos y agudos alaridos que hacían que su dueña, si es que estaba presente, le consagrara como una pobre e indefensa víctima a la que proteger.

Óliver ya se hacía el dormido, e incluso simulaba sus molestos y estruendosos ronquidos cuando el portillo de madera chocó violentamente contra la pared, como si un vendaval la hubiera atizado.

—¿Todavía estás durmiendo? —le amonestó Julia—. ¡No me lo puedo creer! —Dio un fuerte estirón a la colcha, dejándolo totalmente desamparado.

—Cariño... ¿Ya estás aquí...? —pronunció Óliver somnoliento a la vez que se frotaba los ojos, fingiendo un reciente despertar, y poco a poco, divisó el peliagudo panorama que le esperaba: Julia se mantenía frente a él en una tensa posición, con la boca desencajada similar a un buzón tras la noche de San Juan, y, por si fuera poco, Supermán se encontraba sujeto en uno de sus brazos con la

misma expresión lunática que la que deslucía su dueña, la cual hacía que se pusiera en duda la pureza de su raza. A grandes rasgos, ahora parecía un pequinés. «¡Dios, pero que perro más feo!», meditó al mirarlo.

—Sí —voceó ofuscada—. ¿De verdad me estás diciendo que llevas acostado toda la mañana?

—Bueno, así es. ¿Querías que hiciera algo en concreto? —Se incorporó sabiendo que su respuesta exasperaría aún más a su querida mujercita, pero para su sorpresa no fue así, y ella pareció apaciguarse de forma instantánea.

Julia se sentó en el borde de la cama, dejó en el suelo a su apreciada mascota y se cruzó de brazos dirigiendo la mirada hacia la pared.

—Óliver —musitó reflexiva, y eso no le gustó ni un pelo a don Comediante—. Sé, que aunque no me digas nada, no debes estar pasándolo bien con esta situación. —Él no sabía si se refería exactamente a su calamitosa vida laboral, o bien, a su desastrosa vida en pareja. En cualquier caso, sus simultáneas posibilidades reflejaban con claridad que no era un hombre afortunado, posiblemente fuera el más desgraciado de la faz de la tierra—. Pero estoy segura de que pronto se te presentará una gran oportunidad y la cogerás al vuelo. Tú siempre has sabido aprovechar las oportunidades —dijo curvando sus labios fucsias con sutileza.

Óliver frunció el ceño al atestiguar su amable conducta, mientras observaba su arreglado e intachable perfil que le hizo suavizar paulatinamente su endurecida expresión; llevaba los pendientes con turquesas que le había regalado para su veinticinco cumpleaños, y que, con toda certeza, se habían fabricado para hacer juego con sus refrescantes y preciosos ojos azules. Su cabello liso y concienzudamente planchado le tapaba el cuello dejando a la vista sus firmes hombros y su recta espalda, que lucía revestida con una impoluta americana negra hecha a medida. Y la contempló bella por primera vez en mucho tiempo.

Sin embargo de repente le pareció que se compadecía de él, o quizá se mostraba tan indulgente para encaminarlo con argucia a algún indeseado tema que no tuviera retorno una vez emprendido. En cualquier caso, la extraña actitud de su mujer, no le dio buena espina.

—Tienes razón, nena, así que seguiré aprovechando la oportunidad de seguir

durmiendo —masculló entretanto recogía la colcha del suelo para volver a taparse—. Julia se quedó pasmada tras escuchar su inesperada respuesta, y sintió como sus cavilares le ardían en el interior a la vez que observaba como aquel majadero adoptaba una cómoda postura para sucumbir de nuevo al sueño.

Se dirigió hacia la puerta con el fin de alejarse lo antes posible de su horrible marido, no comprendía cómo había podido ser tan ingenua, de hecho estaba más enfadada con ella misma que con el hombre con el que apenas intercambiaba diez palabras al día.

—Me voy a comer fuera —espetó recia al cruzar el umbral.

—Yo que te iba a preparar pollo con patatas... —gritó él pensando que ya estaba lejos. Julia, que se había mantenido quieta fuera de la habitación durante un instante para escuchar lo que le decía, entendió a la primera su desagradable y provocador sarcasmo, y dio otro habitual portazo de los suyos.

¡Pom!

Y tras apenas unos segundos más, un portazo más alejado hizo retumbar toda la casa, Julia ya se había ido. Es entonces cuando Óliver decidió relajar por fin su capcioso y sólido rictus, el cual había mantenido con dureza durante la presencia de ella.

Unos ojos vidriosos reaparecieron en su aflojado rostro. Estos mantenían un líquido agrio que, por mucho que pesara, el dueño que se había encargado de elaborarlo no permitiría por nada del mundo que se derramara afuera del limitado contorno de sus pestañas.

Se tapó hasta la cabeza con la mullida colcha de primavera, y esta vez intentó sucumbir de veras al sueño, y no precisamente para obtener un plácido descanso, sino para que el funesto día transcurriera lo antes posible.

Julia había estudiado diseño de interiores en Madrid, de eso hacía ya cuatro años, justo en el momento en que a Óliver lo aceptaron para ocupar una vacante como capataz en Barcelona, el propio señor Capdevila lo contrató. En aquel

tiempo a Julia solo le faltaba realizar las prácticas para obtener el grado, es entonces cuando obtuvo la oportunidad de elaborarlas en Fincas Salvat, no era exactamente el trabajo que ella quería desempeñar para poder desenvolver el mar de conocimientos que había absorbido durante los últimos años de su vida, pero era una inmobiliaria que ofertaba los mejores y exclusivos pisos y casas de la ciudad, y creyó que algo podría aprender de aquello, y, si no era así, al menos se recrearía la vista contemplando tales obras de arte.

No obstante su estancia se alargó más de lo que ella imaginaba, cuando al finalizar las prácticas le propusieron quedarse con ellos. Pensó que aquel empleo estable le vendría de perlas para rodar la nueva vida que había reemprendido no hacía mucho tiempo con su querido marido, así que no dejó escapar la posibilidad de beneficiarse de esa prometedora y estable situación. Aun así, desde entonces, ella siempre mantuvo la ilusión de montar su propio negocio como decoradora de interiores, de hecho, cada mes ahorraba un tanto para lograr hacer realidad su sueño lo antes posible, si bien ese año no había podido ahorrar demasiado debido al imprevisible despido de Óliver.

Julia aparcó su Renault *Captur* rojo deseo de segunda mano en la calle Bigai, una manzana más abajo de donde se encontraba Fincas Salvat. Pensó en probar el nuevo restaurante del que tan bien le habían hablado los comerciales del trabajo, mencionaban que su ternera con salsa de setas y sus peras al vino tinto estaban de muerte.

Empujó la puerta para entrar, y al hacerlo, enseguida sus oídos se inundaron de un barullo molesto y ensordecedor. Por lo visto, el lugar estaba teniendo bastante éxito. Pero entre aquel molesto e indescifrable parloteo, se extrañó al escuchar su nombre:

—¡Julia, Julia!

Al localizar la boca de donde provenía aquella voz que la llamaba sin cesar, se ruborizó intensamente.

Era Pol Cros, el irresistible, guapo y bronceadísimo comercial que había entrado hacía tan solo un año a trabajar en la empresa, el mismo que ya se

encargaba de vender los pisos y las casas de alto *standing* que se hallaban en las zonas más lujosas y prohibitivas de Barcelona: Pedralbes y Sarriá. Y ahora le estaba haciendo un ademán para que se sentara con él en la silla vacía que había a su lado. Y es que Pol Cros era un auténtico tiburón de las ventas, no había ninguna que se le resistiera, como tampoco existía mujer que lo hiciera. Cada vez que dirigía su atención a una afortunada, hacía que a esta le temblaran las rodillas como si fueran las frágiles alas de una mariposa, y Julia no era ninguna excepción.

Ella le saludó con la mano a la vez que pensaba: «¡Tierra, trágame! Ahí está el tío buenorro». Por si fuera poco, no había nadie más con él, y en cuanto ella se sentara, dispondrían de una inesperada y bochornosa intimidad.

Sí, era cierto que se veían todos los días en el trabajo, pero siempre se encontraban rodeados de los demás compañeros y de los infinitos temas inmobiliarios, y eso evitaba que surgiera ninguna indeseada y sofocante situación, ni tampoco temas personales. Pero en aquel instante solo iban a estar ellos dos solos, sin nada ni nadie que les enturbiara la conversación.

Julia se acercó notando un ardor en sus mejillas imposible de aplacar, incluso tenía miedo de que estas se prendieran en cualquier momento, cosas más raras se habían visto.

—¡Hola, Pol! ¡Qué sorpresa! —sonrió con exageración.

—¡Siéntate, Julia! —le ofreció. Parecía estar muy contento de verla—. Pensaba que tú siempre te ibas a comer a casa.

—Sí, bueno... Hoy he pensado en variar.

—Y yo me alegro de que lo hayas hecho.

Aquella respuesta espontánea le produjo a Julia una sonrisa súbita y despegada. Hacía tiempo que no veía a nadie tan entusiasmado por encontrarse con ella.

—¿Y tú, comes solo?

—Ahora no —sonrió, y ella también lo hizo como si fuera una cándida adolescente—. No... En realidad muchas veces Silvia me acompaña, pero hoy tenía que mostrar una casa a esta hora.

Silvia era otra comercial de Fincas Salvat, que llevaba más de media vida

dedicando su labor a la empresa, aunque a pesar de ello, no poseía el talento innato de Pol en las ventas.

Pol hizo un ademán muy sutil al camarero para que acudiera a la mesa.

—Yo acabo de pedir, si me permites, pediré por ti.

—Sí, claro... —Julia se sentía abrumada por esa seguridad y cuidado que le brindaba desinteresadamente aquel muchacho de dientes blancos y ojos esmeraldas que lo tenía todo.

—Por favor, traiga de primero a la señorita fideos de mar con salsa de carabineros, y de segundo, solomillo ibérico con textura de frutas del bosque y chips de loto. Gracias. —Al despachar al camarero se aproximó y adoptó un tono más confidente—: la ternera con salsa de setas era el plato estrella la semana pasada, pero desde que probé el solomillo... mmm... Sabe a gloria, ya lo verás.

—Estoy deseando probarlo —dijo ella embelesada en su boca.

Después, ambos se quedaron observándose en silencio, como si por primera vez se estuvieran haciendo un súbito e intenso examen de reconocimiento.

—Dios, tienes los ojos más cristalinos que he visto jamás —manifestó él susurrante mirándola fijamente.

—¿Ah... sí? —repuso ella nerviosa.

—Deberías dormir con ellos abiertos toda la noche, son preciosos. —Julia se exaltó tanto al escuchar el imprevisible cumplido que retiró la mano que yacía sobre el mantel de forma repentina, ocasionando la caída de la copa repleta de agua encima de la camisa del adulator Pol.

El barullo de derredor se acalló al instante, y un camarero muy solícito acudió a la mesa a recoger cuanto antes la copa del suelo que, por suerte, no se había hecho añicos.

—¡Madre mía! ¡Cuanto lo siento, Pol! —Julia angustiada se levantó enseguida para secarle la camisa con la servilleta.

—No pasa nada, Julia, solo es un poco de agua. Aunque menos mal que todavía no habían traído el vino tinto —dijo avisado. Y apretó sus comisuras destacando en él el pícaro indefenso que llevaba dentro.

Julia tiñó de rojo sus mejillas rosadas, puesto que desde su casual encuentro

con Pol aún no habían logrado recuperar su color marfil natural.

El camarero que había recogido el reciente desorden acudió de nuevo a la mesa, pero esta vez con las demandadas delicias en los platos. Julia volvió a su puesto intentando recobrar la compostura y también para que el leve y delatador temblor de sus dedos desapareciera enseguida. Sin embargo le estaba costando horrores recomponerse, debido a que ya no estaba acostumbrada a que alguien del sexo contrario le regalara el oído y le pusiera tan nerviosa. Era cierto que estaba de buen ver, pero por su estado civil o por el ritmo establecido de su vida, no solían surgirle ese tipo de situaciones.

Ella respiró hondo con cierto disimulo, y después miró hacia su plato para poder concentrarse en algo. Al instante el llamativo fulgor de la salsa anaranjada que absorbieron sus órbitas azulonas le produjo una instantánea mueca de complacencia.

—¡Vaya, esto tiene una pinta exquisita! —expresó Julia con deleite a su acompañante.

—Sí, por eso te lo he pedido.

Julia levantó la cabeza del majar para atender la respuesta debidamente de su acompañante, pero de nuevo, de forma impredecible, ella volvió a caer en el anterior tema.

—Espero que se te haya secado antes de volver al trabajo —insistió.

Pol agachó la cabeza para darse un raudo vistazo a sí mismo.

—No te preocupes..., de verdad —repuso indulgente—. Además, tengo otra camisa limpia en el coche.

No obstante, a Julia ciertamente no le preocupaba que él pudiera acudir empapado al trabajo, sino que no sabía si podría controlar durante toda la velada el secreto trastorno que le estaba originando divisar la sensual y maciza imagen de Pol, que le estaba ofreciendo de forma gratuita la pegada y transparente tela mojada de su camisa endeble: la musculatura de su pecho izquierdo se veía nítida, como si estuviera desnudo, además de la enloquecedora imagen de su pezón, que se observaba erecto y rosado como el suyo propio, puesto que casualmente en esos instantes ella notaba como su botoncito estaba rozando el delicado encaje del sujetador.

—Deberíamos empezar antes de que se enfríe —dijo obligando a Julia a salir de su embeleso.

—Claro, estoy hambrienta. —Se extrañó ella misma al dar la respuesta, ya que en las centésimas de segundos siguientes procesó que su comentario tenía más de un significado, así que se dijo que no volvería a mencionarlo. Pero llevaba tanto tiempo sin... comer.

—Buen provecho —masculló él mientras se hacía con el tenedor y el cuchillo—. O como dirían los franceses: *Bon Appetit*.

Al pronunciar las últimas palabras, Julia abrió intensamente los ojos al mismo lapso que le invadía un sentimiento de culpabilidad. Y es que desde que Óliver y ella viajaron a París años atrás, a Óliver se le había enganchado la tonta costumbre de decir aquella frase antes de comer, y todavía no se le había quitado.

Su mirada ida y persistente hacia el mantel morado de cuadros hizo que Pol se extrañara.

—¿Te encuentras bien?

Julia escuchó como de nuevo alguien se preocupaba por ella. Habían sido tantas atenciones en escasos minutos que, de repente, se arrepintió de compadecerse por pasar su tiempo libre con otro hombre que no fuera su marido, aquel que ni siquiera la miraba cuando le concedía las diez palabras del día. Así que puso la mejor cara que tenía: levantó su fina barbilla, deslizó los labios en una curva radiante y alegre, y adoptó a la perfección una expresión que no pondría en duda a nadie de que estaba disfrutando al máximo de ese trance.

—Mejor que nunca, Pol.

Capítulo 3

MOMENTOS COMPROMETIDOS

Óliver se había puesto el chándal y las deportivas de piel desgastada para bajar un momento a comprarse algo en la panadería, eran las siete de la tarde y desde el café con leche que se había preparado por la mañana, todavía no había probado bocado. Si tenía que comer solo, no se molestaba en hacerlo.

A la espera de que el semáforo en rojo se tornara verde para cruzar la calzada, el móvil le vibró en el hondo bolsillo del pantalón de tela. Los coches formaban tanto fragor que no había logrado escuchar la musiquilla *antiestrés* de mar y gaviotas que, un día sin darse cuenta, Julia le había puesto. Simplemente ella había llevado a cabo otra de sus indirectas sin tener si quiera que esforzarse en dirigirle la palabra, y Óliver al intentar tratar aquel hecho con suma indiferencia, había decidido no molestarse en cambiarla. Seguramente, de esa forma no haría que su aguda mujer se regocijara ni se sintiera cien por cien victoriosa ante su obra, o al menos eso esperaba. Se había prohibido darle demasiada importancia a las bobadas de Julia... «El vacío hace mayor mella», pensaba él.

Óliver deslizó el dedo para coger la llamada, era Álex, su mejor amigo.

—¡Que pasa, Álex! —expresó jocosamente—. ¿Ya has vuelto de tu comfortable chalet?

Aunque todavía se encontraban en el mes de mayo, su amigo había adelantado sus vacaciones para ir a ver por vez primera la casa en la montaña de segunda mano que se había comprado hacía unos meses. Esta estaba situada en Alquézar, un pintoresco pueblo de la provincia de Huesca.

—No, que va, Óliver —pronunció una voz alejada y un tanto afligida desde el otro lado.

—¿Te ocurre algo? No te oigo demasiado bien.

Óliver por fin se dispuso a cruzar, y al llegar a la otra acera se apartó aferrándose a la rugosa pared de la calle para no obstaculizar a los transeúntes y poder escuchar con mejor nitidez.

Él arrugaba el entrecejo y se apretaba más el dispositivo al oído para poder atender mejor a su amigo.

—Pues sí, más bien, qué no me ocurre.

—¿Qué ha pasado?

—Resulta que hoy debería de estar de vuelta, pero... la idílica casa que compré a través de aquella web sin intermediarios, no ha resultado ser tan idílica como parecía en las fotos, y uno de sus muros se ha derrumbado sin previo aviso.

—¿Cómo? Y tú, ¿te encuentras bien? —inquirió Óliver con desasosiego.

—Sí, sí, yo estoy bien. Sin embargo no puedo irme y dejarla así, todo el interior se encuentra a la vista. He llamado a un constructor de la zona para ver qué puede hacer, pero, tío, una semana más aquí no me la quita nadie.

—Bien, no te sulfures. ¿Ya has avisado en el trabajo?

—Sí, de eso quería hablarte. En el taller no hay problema, ya he hablado con ellos y lo he solucionado. Pero hay otra cosa que... todavía no había podido explicarte.

—¿Otra cosa?, ¿qué cosa?

—Verás, tengo un segundo trabajo. —Óliver alzó las cejas al escuchar la novedad, pero se mantuvo en silencio—. Desde que me compré la casa los pagos han sido desorbitados, así que desde entonces me puse a buscar otro empleo y encontré este que, me permitía ganar un dinero extra sin tener que abandonar mi puesto en el taller.

—Ya entiendo.

—Sé que te lo tendría que haber contado pero... con tu situación de desempleo creí que no era el mejor tema a tratar, ¿me comprendes, no?

—Sí, claro.

—¿Estás molesto, Óliver?

Óliver se rascaba la perilla incipiente mientras mantenía en vela a Álex, cada vez se hincaba más las uñas en la piel. Y es que por supuesto que estaba molesto de que su mejor amigo no le hubiera comentado que tenía dos salarios, mientras que él llevaba un largo tiempo sin poderse ganar la vida.

—No... Para nada, de verdad —farfulló en tono amigable.

En un momento tan desventurado para su amigo, ¿cómo iba a ser él capaz de mostrarle su indignación? Álex había sido el primero con el que estrechó lazos al trasladarse a la ciudad, el colega con el que compartía una alocada y forofa tarde de fútbol, el que en los días más apagados le invitaba a una cerveza fría y consoladora. De ninguna manera sería tan malnacido como para transformar su momentánea desgracia en una inolvidable pesadilla.

—Menos mal, solo me faltaba eso —expresó Álex con alivio.

—Y entonces... ¿Qué vas hacer con tu segundo trabajo? ¿Ya has avisado de que no puedes acudir?

—De eso... te... quería hablar... —La conversación se volvió difusa e intermitente.

—No te oigo bien... —dijo Óliver moviéndose de un lado a otro para restablecer la escucha. Sin embargo se cortó.

En cuestión de pocos segundos, cuando Óliver se desplazaba por la acera buscando mayores rayas de cobertura, recibió un wasap:

No tengo cobertura. Solo necesito que me hagas un gran favor, te lo compensaré: Utiliza la llave de mi piso que te presté, debajo de mi cama encontrarás un maletín rojo, y en el primer cajón de mi mesita de noche una lista. Por favor, acude a esos sitios en los días que falte. ¡Ah! Y no te olvides de acudir habitualmente al correo donde te enviarán material nuevo, ya he dado mi consentimiento para que puedas recogerlo. De verdad que me resulta imposible anular esas citas, me despedirían en el acto. Te quiero, hermano.

Óliver estrechó el ceño tras leer el mensaje, ¿un maletín rojo y una lista?

Intentó ponerse en contacto con él varias veces para que le explicara de qué cojones iba todo eso, pero el penetrante e irrisorio sonido por la falta de cobertura no paraba de sonar en cada una de las seis llamadas que ejecutó.

Óliver respiró hondo, se notaba un tanto mareado y desfallecido. Hacía tan solo unos instantes que hubiera estado seguro de que su endeble estado era debido a la falta de alimento, pero ahora estaba convencido de que era causa del inesperado enredo en el que su amigo le había envuelto.

Acabó de recomponer su aturdimiento apoyando la mano en la pared, y enseguida se dirigió a la panadería de la esquina que se hallaba a unos pasos.

Al entrar y escuchar el agudo ruido de la campanilla de la puerta, dio gracias a Dios de que no hubiera clientela.

—Hola. Ponme un croissant y un agua fresca, por favor. —Óliver se dirigió frotándose la frente a la joven panadera que se hallaba tras el mostrador.

No conocía su nombre, ni tampoco había establecido largas conversaciones con ella, pero hacía un tiempo que aquella mujer con coleta larga y apariencia llamativa que se ocultaba bajo su bata blanca, le vendía el pan y pastas cuando él acudía, e intentaba también con cierta gracia sacarle algún tema irrelevante para lograr intercambiar con él unas pocas palabras.

—¿Te ocurre algo? Te veo un poco pálido —manifestó ella.

—No, es solo un ligero mareo, pero ya se me pasa.

La presta chica se dispuso a envolverle la pasta con rapidez y a coger una botella de la nevera que tenía detrás. Al momento salió del aparador donde se encontraba.

Óliver se sorprendió gratamente al ver su entera presencia, puesto que siempre la había contemplado detrás de aquel mueble plagado de delicias, como si fuera parte de la decoración. Ahora y sin ningún tipo de dudas, estaba convencido de que aquel cuerpo de armas tomar, se había escapado de la mansión *Playboy*. «¡Pero qué buena que está!», caviló al momento.

La chica puso la botella de agua sobre el cristal del aparador, se aproximó a él lo suficiente para que sintiera su fragancia afrutada y, a continuación, comenzó a desenvolver con cuidado el papel del croissant.

—Toma, come un poco, te sentará bien —dijo ella mientras se lo acercaba a la boca. Después, empezó a frotarle con delicadeza el cuerno del croissant sobre sus labios. —La palidez de Óliver se desvaneció en centésimas de segundos, ahora su semblante se había vuelto amelocotonado mostrando una pinta de lo

más saludable, y empezaba a enrojecerse por la parte de las mejillas.

«¿Qué está haciendo esta?», se preguntó Óliver durante aquel trance inusual que estaba protagonizando, sin saber todavía cómo debía proceder.

Finalmente cedió. Abrió poco a poco su hilo hermético y dejó que aquella femenina mano le introdujera el alimento. Aunque era verdad que parecía algo muy erótico, demasiado. Ambas miradas chocaron en el proceso, y Óliver extendió su perspectiva hasta llegar a la tuna sonrisa que ella le estaba dedicando. Era una de esas que no dejaba lugar a dudas de que deseaba jugar con él a toda clase de juegos tórridos. Hincó los dientes en la tierna y exquisita masa recién hecha dejándose llevar, y luego, se tapó la boca mientras masticaba. «Mmmm...», soltó él sin querer. Pero aquel inmenso gusto que había pronunciado no cabía duda de que provenía de un placer más relevante que el de un buen alimento, era por algo mucho más fuerte.

No obstante no le dio tiempo a acabar de deglutir el alimento y dedicarle a la muchacha unas palabras de agradecimiento por su... comedido gesto, que estaba claro por cómo ella se mordía el labio inferior y lo miraba con fijeza de que las estaba esperando con impaciencia, cuando de modo imprevisto Julia irrumpió por la puerta con un rictus de lo más ofuscado, sin haber hecho ni siquiera sonar la campanilla por el tosco y raudo movimiento que había empleado para abrir la puerta.

—¿Óliver?

Él al verla, tragó el gran trozo de su boca que aún no había conseguido triturar.

—¿Julia, qué... haces aquí? —pronunció con dificultad mientras intentaba no atragantarse.

La astuta esposa no apartaba la vista de la espalda en movimiento de la panadera que, desde que ella había entrado se dirigía huidiza al confortable y seguro interior del aparador, como si fuera un conejo de camino a su oculta madriguera.

—Yo he aparcado en la calle de abajo y... —Su mirada entornada seguía buscando la identidad de aquella desconocida y osada vendedora que, de forma extraña le había parecido conocer desde el exterior del cristal del local—. ... Me

dirigía a casa.

Julia hacía tiempo que no se encargaba de comprar el pan, ni tampoco a lo referente a las necesidades del hogar, incluyendo la comida. Desde que Óliver no trabajaba lo hacía él, y antes de eso, ella solía hacer la compra al salir del trabajo, en un supermercado cercano a Fincas Salvat. Por ese motivo, no estaba familiarizada con ninguno de los rostros que pululaban por las usuales tiendas y supermercados del barrio.

Un silencio roto y extraño se asomó desagradablemente en el lugar.

Julia se mantenía impertérrita como el palo de una escoba, atestiguando con incomodidad la rara actitud de los allá presentes: la de la vendedora, que todavía no le había ofrecido ningún tipo de atención desde que había irrumpido en su tienda, e incluso le había negado el saludo de urbanidad que toda profesional brinda a su nueva clientela; y al peculiar espécimen que tenía como marido, que se mantenía allá de pie, sudoroso, sin hacer nada, como si se tratara de una estatua de cera en plena fundición. De nuevo se hallaba pálido, pero esta vez como la muerte.

—¿No piensas pagar? —interpeló ella con perversa obviedad.

—Sí... Ahora iba —respondió con vacilación—. ¿Cuánto es?

La panadera que ahora se inclinaba con levedad en el aparador apilotando las pastas sobrantes del día, con el gesto justo que le permitía no tener que mostrar su identidad, tuvo que abandonar sin opción alguna lo que estaba haciendo, erguirse y dar la cara.

—Son dos con cincuenta. —Y fue entonces cuando las órbitas de las dos mujeres chocaron como dos rayos de batalla entre el succulento y seco aroma de trigo y avena.

—¿Te conozco? —le preguntó Julia avanzando un paso a la vez que se subía las asas del bolso crema imitación de Louis Vuitton. Lo había comprado hacía poco por un precio increíble en el top manta de la zona del Maremagnum.

Los insidiosos iris de cada una de ellas, respondieron de forma muda pero irrevocable a esa cuestión, y lo que permaneció en voz alta, no fue más que... la consagración de un embuste.

—No, para nada —respondió la panadera.

—Perdona, me habré confundido con otra.

Aquellas dos mujeres ya se habían susurrado la verdad en absoluto secreto, y con eso tenían más que suficiente.

Julia sabía con certeza que aquella mujer de cuerpo embriagador era la misma que esta mañana se encontraba husmeando sin reparo alguno la íntima conversación que mantenía con su amiga mientras se tomaba el café. Asimismo, la panadera que había estado minutos antes tratando con ilegítimo mimo al marido de esta, ya sabía que era su mujer. Es más, lo sabía hacía muchos meses, desde que entró a trabajar allá, poco después de haber echado el ojo a su irresistible hombre, y desde la información que había obtenido esa mañana clandestinamente, discernía que tenía una pequeña posibilidad con él.

Óliver se sentía peor que nunca, su color alabastro del rostro había pasado al rojo y después al verde, y luego de nuevo al de la muerte. Conocía a Julia más que su propia madre, e intuía que algo terrible estaba sucediendo, de hecho sabía con seguridad que tras finalizar aquella situación, no saldría para nada bien parado.

Pero de repente un ángel caído del cielo abrió la puerta haciendo sonar la campanilla que, de forma instantánea había sustituido su irritante sonido por un canto celestial.

—¡Ay, Angélica, *quina calor que fa avui!*^[1] —manifestó ufana la voluminosa señora que se disponía a quitarse la chaqueta.

Su interrupción hizo que parte del hilo que cortaba el aire de absoluta angustia, se quebrara por fin, permitiendo a los allá internos escapar de un futuro ahogamiento.

Julia, al ver que su marido aún no había depositado las monedas requeridas de su compra, se sacó un billete de cinco euros del bolsillo de su impoluta americana negra, avanzó hacia el mostrador y se lo colocó con contundencia en el menudo platillo del cambio.

—Quédate el cambio, por los servicios prestados —decretó Julia soberbia.

—Gracias, es un placer —respondió Angélica con sonrisa alevosa mientras recogía el billete con sus largas uñas de porcelana.

Capítulo 4

ASCENSO

Al fin la pareja abandonó aquel lugar que, de modo misterioso, se había convertido en un tris en un abismo oscuro y tenebroso, donde con toda probabilidad los orcos y los demonios se ocultaban entre las hogazas a mansalva de los estantes de madera y también detrás de las decenas de bandejas extraídas de los hornos que se sujetaban en el alto soporte metálico.

El camino hacia casa fue silencioso.

Óliver no se atrevía a mentar palabra, estaba claro que lo que había atisbado su mujer desde la calle no había sido un acto de lo más... apropiado, no obstante él sabía que no había hecho nada malo.

Julia avanzaba por la acera como alma que lleva el diablo, clavando en profundidad sus tacones en los surcos de los adoquines, mientras tanto agarraba su querido bolso de las endurecidas asas de piel de becerro dejando la señal de sus uñas. Sin embargo ella tampoco decía nada. Estaba molesta pero sabía que aquel hecho tremendamente sofocante que había protagonizado Óliver con la zorra de la panadera mantenía cierta similitud con su escena en el restaurante con Pol Cros. Así que prefirió no atreverse a echar en cara algo de lo que posiblemente y de forma irremediable, el traicionero cristal de sus ojos pudiera ser capaz de delatar una misma culpa.

Durante el resto de la tarde ambos sucumbieron a la ocultación entre los pocos pero eficaces tabiques de su casa, aunque de forma independiente, por supuesto. Estos les servían como trincheras para resguardarse de un inesperado ataque

enemigo, en las guerras nunca había descanso ni bajada de guardia. Sus oscilaciones transcurrían básicamente entre el salón, la habitación y el peligroso pasillo.

Cuando la oscuridad peregrinó en el luminoso salón de estética psicodélica, dejando de obstaculizar al fin la visión del partido de fútbol que Óliver estaba viendo, ya que desde que se había apoltronado en el sofá hacía dos horas no se había dignado a ponerse en pie para bajar la persiana, escuchó el rotundo cierre de la puerta de la habitación. Fue entonces cuando meditó sobre la nula posibilidad que tendría ese día en acomodarse en la cama conyugal de forma pacífica, así que, después del día que había tenido repleto de estrés, nervios y sofocos, decidió no intentarlo siquiera. Además, tenía la cabeza en otra parte, y es que no paraba de pensar cuál sería la enigmática tarea que su amigo Álex le había interpuesto. De hecho había pensado averiguarlo después de ir a la panadería, cuando hubiera ingerido algo de energía, pero después de lo que había sucedido pensó que sería mejor no desaparecer sin explicación.

Julia, que ya se había puesto su pijama de rayas rosas y grises, estaba sentada en la cama mirando fija hacia el armario. Entretanto se masajeaba con su dedo índice la arruga que se le pronunciaba de manera notoria en el entrecejo cuando se ponía de mala leche. ¿Cómo era posible que después de varias horas del trance que su marido y la fresca esa habían protagonizado, todavía se encontrara con un cabreo de tres pares? Era cierto que no había ocurrido nada que se asemejara a una infidelidad, ni tampoco que se aproximara. No obstante, ella y Óliver siempre habían permanecido tan unidos que aquello había sido una inaceptable falta de respeto hacia ella, y eso hería de igual forma.

Al ver que sus turbadores pensamientos no conseguían encontrar una luz que le propiciaran la calma que necesitaba para seguir despierta, decidió estirarse para que el día finalizara. Se arropó con su agradable colcha primaveral y apagó la luz de la lamparilla. Una vez expuesta en la pacífica oscuridad cerró los ojos para conciliar enseguida el sueño, pero, de pronto, pensó algo que hizo que los abriera de nuevo, como si hubiera cometido un gran delito al cerrarlos. Y es que recordó que ese día alguien le había dicho que no debía cerrarlos nunca más, o más bien, se lo había mencionado un tipo de lo más atractivo y sensual que

aseguraba que sus ojos eran preciosos.

Aquel dulce pensamiento produjo que sus comisuras se apretaran de forma instantánea, y sin quererlo, regresó al anterior momento delicioso que había pasado con Pol Cros durante el mediodía. Y con esa idea, más un poquito de su erótica imaginación, comenzó a aventurarse en el ocaso de una manera que no tenía prevista: deslizó sus manos por el interior del pijama, sintiendo la calidez de su suave entrepierna, y volvió a exprimir el recuerdo con la intención y el deseo de quedarse exhausta en algún instante.

Ráfagas de increíbles imágenes volvieron a invadirla: sus húmedos labios, su perfecta y perfilada nuez varonil, sus profundos ojos verdes, su pecho marcado y seductoramente mojado, su entreabrir de boca... A continuación su fantasía comenzó a estrujarse al máximo para llegar cuanto antes a su propósito, pues hasta ahora solo le había reconfortado y extraído algún breve soplo. Ahora él arrasaba con su estoica mano todo lo que había encima del mantel de la mesa donde ambos comían, se ponía en pie e iba hacia ella alevoso, y en un segundo, la agarraba de su estrecho cuerpo y la posaba boca abajo encima de la mesa, hasta que le bajó las bragas. ¡Oh!, gimió ella al sentirse su posesión. Su excitación, al igual que sus movimientos continuos con los dedos comenzaron a coger velocidad, aunque Julia apretaba los labios para no emitir ningún sonido. «Te la voy a meter entera, Julia». Sus dedos ahora se movían como un relámpago sobre sus labios más íntimos. «Soy toda tuya, Pol Cros, hazme lo que quieras». Pol la empotraba contra la mesa con un vaivén salvaje e imparable, mientras ella sentía su gran miembro como si fuera una gran bazuca entre sus piernas. «No pares, Pol, sigue... sigue». Y con ese hecho retumbante y casi real en su cabeza, Julia explotó y se estremeció bajo el edredón al mismo tiempo que mordía su labio superior con los dientes, para contener el lúbrico sonido que todo el gusto que su perversa cabeza le había proporcionado.

Ella, ya completamente relajada, cerró los ojos para dormirse, manteniendo en su mente la certeza de una reflexión que a menudo pensaba: las cosas espontáneas suelen dar resultados mucho más satisfactorios.

Los rayos intensos del sol mañanero junto al progresivo barullo que Julia originaba en el salón cuando recogía los entes necesarios para irse al trabajo, despertaron al somnoliento Óliver, que de nuevo no había dormido demasiado bien.

—Me voy al trabajo. Por favor, evita sacar a Supermán al balcón, están haciendo obras y se asusta con facilidad.

Cuando Óliver consiguió adaptar sus adormiladas órbitas a la luz natural, a la vez que se erguía para sentarse entre la maraña de cojines y mantas, se sorprendió al ver el rostro de Julia, este estaba resplandeciente. Y es que hacía mucho tiempo que no la veía así.

La observó abstraído durante algunos segundos intentando averiguar el porqué de ese cambio.

—¿Ocurre algo, Óliver? —preguntó extrañada al ver a su marido tan ensimismado en ella.

Él se pasó la mano por la cara para deshacer el embeleso, y fingió estar embobado por el adormilamiento.

—No, nada. Solamente que estaba soñando profundamente, y tú, con el jaleo que has armado me has despertado. Eso es todo —dijo taciturno.

Sin embargo a ella pareció resultarle indiferente la primera provocación del día que Óliver ya le había lanzado. Se agachó para besar el hocico a su diminuto compañero que le miraba con los ojos hechos chiribitas, y se fue de lo más risueña hacia la puerta de salida.

Al instante en que se oyó el cierre de la puerta, Óliver eliminó su pose tensa, se desperezó bostezando y, estirando los músculos como si fueran los de un elástico gato, echó un vistazo a la hora del reloj que estaba colgado en la pared (las ocho y cinco, marcaba). Era lo que siempre solía hacer al despertarse; desperezarse y mirar la hora, aunque simplemente lo hacía por curiosidad. Si bien le faltaba una cosa para cumplir del todo su costumbre matutina, pero estaba en ello: Localizó al relajado chihuahua que se acababa de repantingar en

uno de los maxicojines recién caídos del sofá, y a continuación, entrecerró los párpados y le lanzó una mirada feroz y terrorífica que mantuvo durante unos largos segundos, como si fuera un ser diabólico e infernal. Esa era la forma que hacía que Supermán huyera con canguelo del compartido espacio, y también, de las pocas cosas que conseguían liberar la frustración de Óliver. Así que cuando Julia se quitaba del medio, la indefensa mascota tenía que aguantar sus delirios majaderos, pues era la única con la que se podía desquitar sin escuchar ni una sola queja.

Al proclamarse el vencedor indiscutible de su cruel hazaña, se puso en pie a la vez que se rascaba su revoltoso cabello creando una maraña todavía más voluminosa y desordenada de lo que ya era. Todo iba a cámara lenta. Segundos más tarde, aún de pie como una brizna de hierba sin viento, se dispuso a levantar el brazo para oler su axila ¡Puaj! Apartó de modo hosco la nariz arrugada y se dirigió al baño con la intención de sacarse el fuerte hedor de cavernícola que le envolvía. Eso, o al cruzar la fina línea de la calle se acabaría convirtiendo en el nuevo asesino en serie de la ciudad, uno dedicado a asfixiar a los transeúntes con su tufo venenoso. Se puso en marcha para acabar lo antes posible, solo deseaba llegar al piso de su amigo y averiguar de una vez por todas cuál era aquella tarea a la que debía atenerse.

Julia había llegado quince minutos tarde por culpa de un colapso que se había originado en Paseo de Gracia.

Tras entrar en la inmobiliaria con paso apresurado y comprobar con un par de vistazos y el corazón en un puño que por suerte solo había llegado su amiga, se relajó y comenzó a respirar. Aunque todavía quedaba mucho para que el ritmo de la respiración se ralentizara notablemente.

—¡Virgen Santa! Pensaba que no llegaría nunca —musitó a Cris.

Su jefa, Franchesca, se ponía endemoniada viva cuando alguien se retrasaba, pero por suerte todavía no había llegado. Franchesca era una mujer pudiente de

cincuenta años, perfectamente conservada, y no tenía un pelo de tonta, pues había sabido atrapar a un magnate *del tocho*, treinta y cinco años mayor que ella. Si bien, por suerte o por desgracia, este había fallecido hacía ya dos. Pero para qué engañarse, había sido por suerte, puesto que le había dejado a su entera disposición un legado millonario, y lo de hacer manitas con ese vejstorio... no se lo creía ni ella.

Entretanto, Julia se restablecía en su amplia mesa de cristal y encendía el ordenador, Silvia, la comercial veterana, entró dando los buenos días al mismo tiempo que despejaba el cabello de la cara con sus enormes gafas de sol de Dior, sin perder ni una pizca de altanería en sus gestos. Julia y Cris respondieron con suma cordialidad como si fuera un cántico ensayado y programado a la perfección.

—¡Buenos días, Silvia!

En cuanto Silvia se estableció en su mesa, que se encontraba en la otra punta de la amplia sala, comenzó a reiniciar el contacto matutino con su extensa cartera de clientes. Al hacerlo, su voz se asemejaba a la de un robot tarareando una y otra vez las mismas frases afables y cálidas. Desde luego aquella mujer, desdeñosa casi a tiempo completo, parecía la comercial más encantadora del mundo a través de un absurdo aparato. Qué engaño.

Cris se aproximó hacia Julia impulsándose con la cómoda silla de respaldo alto con ruedas, además, como su figura era como la de un fideo, la silla parecía ir sola.

—Creo que a partir de ahora tú llevaras todos los clientes de Pol —le susurró con secretismo.

—¿Qué? Si hasta ahora lo hacíamos entre las dos, y los más importantes los atiende siempre Franchesca —respondió sorprendida también con la voz baja.

—Ya, no sé. Pero Franchesca ha llamado hace cinco minutos y me ha dicho que te pasara todas las fichas, sin excepción alguna. Dice que hoy llegará sobre las once.

—¿Le has dicho que todavía no había llegado?

—No. Que estabas en el baño —Julia le sonrió como modo de agradecimiento.

Cris se levantó para recoger dos archivadores que tenía apartados en la esquina de su mesa y los condujo hacia la de Julia.

—Toma —los depositó encima—: estos son todos los clientes de Pedralbes y Sarrià, además te dejo el *pendrive* con todos los datos. —Sacó del bolsillo de su americana blanca el dispositivo y se lo dio en mano. Julia miraba los entes contrariada—. ¿Qué ocurre, no te gusta la idea? —interpeló Cris entretanto se limpiaba las transparentes gafas de lectura con la fina tela de su camiseta—. Si eres buena con los peces gordos y sus ventas son fructíferas, quizá te den algún tipo de comisión.

—Sí, es solo que el cambio es tan repentino...

Cris cruzó los brazos y se quedó pensativa. Sin embargo luego comprobó que Julia se rascaba el cuello, del mismo modo que lo hacía siempre cuando estaba nerviosa.

—¿Julia, hay algo que haya ocurrido y no me hayas contado?

—No... nada.

—¿Seguro? —interrogó su amiga mientras colocaba las gafas en el semblante de un desconfiado inspector.

—Nada que tenga importancia. Solo estuve comiendo con Pol Cros, ayer.

—Ah... —Cris apoyó su estrecha posadera en el costado de la mesa y volvió a cruzarse de brazos a la espera de una entera y detallada explicación.

—No me mires así. Solo coincidimos en la comida.

—¿Y tu marido, no coincidió?

Julia agachó la cabeza hacia la mesa, cogió el lápiz que había sobre ella y se lo llevó a la boca.

—Mi marido —suspiró—... Él no coincide conmigo ni cuando estamos uno frente al otro.

Cris apoyó la mano en el hombro de su amiga, que no estaba pasando por un buen momento.

Al instante sonó el teléfono de la mesa de Cris y enseguida acudió dejando en el aire la delicada situación.

Mientras tanto, Julia decidió concentrarse en el trabajo. Introdujo el *pendrive* que le había dado su amiga en la entrada del ordenador y clicó en la carpeta de

clientes de alto *standing*, aquellos que al parecer ahora requerirían su más entera disposición.

—¡Oh, Dios, qué maravilla! —farfulló para sí al mismo tiempo que contemplaba las fotos de los interiores de aquellos prohibitivos palacios.

Siempre había pensado en lo ventajoso que era para ella como interiorista, poder observar y estudiar los interiores de las buenas residencias de clase media alta que se ofertaban en Fincas Salvat. No obstante hacía mucho tiempo que se encontraba encallada profesionalmente, no solo por mantener el mismo puesto de trabajo, sino porque nunca había tenido la oportunidad de instruirse con increíbles mansiones como aquellas, donde había cabida para cultivar fascinantes e innovadoras ideas. Además de codearse con sus pudientes dueños, por supuesto.

Su teléfono sonó y respondió después del primer tono.

—Fincas Salvat. Le atiende Julia, ¿en qué puedo ayudarle?

—Julia, soy Pol.

Al instante Julia cogió aire y se irguió.

—Sí, dime, Pol, ¿qué necesitas?

—A ti —repuso tajante. Julia enseguida adquirió un tono carmesí en la finetez de su cara—. ¿Te han comentado que ahora tú llevarás mis clientes?

—Sí, Cris... Quiero decir que Cris me lo ha dicho —balbuceó.

—Bien. Después de comer contigo ayer, me di cuenta de que entre nosotros había una química que... no se encuentra fácilmente. —Julia tragó saliva entretanto sentía como el tórrido sofoco de su cuerpo iba aumentando por su vientre—. Así que pensé que tú y solamente tú, serías mi ayudante perfecta. Contigo mi faena será mucho más fácil.

—Oh, es un placer. Gracias.

—De nada. Le dije a Franchesca que mis clientes no se merecían mediar con uno y con otro de la oficina, que eso no inspiraba la confianza necesaria para cerrar ciertas ventas. Ella accedió desde el principio, ya sabes que lo que yo le digo suele ir a misa. Y no es por alardear —recalcó—, pero es así. Sin embargo insistió en quedarse a algunos de los peces gordos, quería seguir tratando con ellos.

—¿Y cómo conseguiste que cambiara de opinión?

—Le dije que había observado cierto talento en ti que me ayudaría en un futuro a duplicar las ventas.

—¿Qué? —espetó Julia con angustia mientras se atragantaba con la saliva—. Yo ¡*Cof, cof!* No... Quiero decir que yo no sé si seré capaz de lograr ese difícil objetivo.

Pol Cros era el responsable de vender el ochenta y cinco por ciento de los habitáculos que se habían puesto a la venta en los últimos seis meses. Y la clientela de la inmobiliaria había crecido de forma sobresaliente desde que él estaba allí, aumentando, si es que eso era posible, el buen nombre del negocio.

—Por supuesto que lo harás, tienes lo que hay que tener. Ahora quiero que te pongas en contacto con el señor Jordi Ferrer Olivera, el dueño de la mansión Arosa, la vaca gorda. Es el código 0031899. ¿Lo tienes?

—Sí. Apuntado.

Aquella espectacular residencia era una de las estrellas de la inmobiliaria, pedían nada más y nada menos que cuatro millones y medio de euros. Si Pol la conseguía vender, se haría con una altísima comisión, la cual con toda certeza le solventaría una vida de lo más acomodada.

—Excelente. Tengo algunas preguntas que tengo que tratar con el dueño directamente, aunque es posible que te responda su representante, Pablo García. En ese caso, pásamelo de igual manera.

—De acuerdo. —Un silencio permaneció durante algunos segundos—. ¿Deseas algo más, Pol?

—Por ahora no, Julia, pero pronto necesitaré más de ti.

Julia dudó si aquella respuesta hacía referencia a lo laboral, porque por el tono cálido y meloso que había puesto, le pareció más bien que se refería a lo personal. Si bien ella estaba hecha un lío, no sabía si todo aquello estaba únicamente en su cabeza, o es que desde el día anterior, ese chico guapo y exitoso le había echado el ojo y ahora era su ambición más obsesiva.

—Llámame para lo que necesites —dijo Julia.

Y al colgar se topó con la mirada de su amiga, que la observaba desde su puesto mostrando una pícaro sonrisa.

Capítulo 5

ALGO... INESPERADO

Tras una buena ducha y vestirse con los vaqueros rotos por las rodillas y la camiseta de los Ramones, Óliver ya se sentía una persona normal. Cogió las llaves de casa de su amigo que guardaba en el fondo del segundo cajón de su mesita de noche, y se dirigió al salón para coger las suyas propias, estas se hallaban sobre la mesa de roble. Siempre las tiraba allá encima, a pesar de que Julia le rogaba que no lo hiciera para que no se rayara. Después se hizo con el móvil y se condujo hacia la puerta de salida. En cuanto la abrió y dio un paso al frente, retrocedió de nuevo, parecía que se había olvidado algo.

Dio media vuelta, se agachó raudo y atrapó con una mano inesperada a Supermán que se personaba justo detrás de él.

—¡Ven aquí, chucho! Hoy te irá bien tomar el aire, hace mucho calor.

Se adentró de nuevo en el salón para sacarlo al balcón, lo tenía cogido por el pellejo como si fuera un menudo conejo. Al abrir la puerta de madera, el horrible estrépito que originaban las obras de la calle se adentró de forma irremediable, y Supermán se fue directo al rincón de la balconera para resguardarse del desagradable ambiente.

—No te preocupes, tan solo serán unas cuantas horas —le espetó Óliver sonriente—. ¡Chao, bola de pelo!

Su amigo Álex tan solo vivía a dos manzanas de casa. Su *loft* no era gran cosa

pero tenía todo lo que un soltero podía desear; poco espacio para limpiar, una enorme tele de plasma, una cama grande para descansar a pata suelta o en su lugar... acompañado si la noche de fiesta le había sonreído, y lo mejor de todo, paz y tranquilidad.

Durante el camino, Óliver estuvo llamando otra vez a su amigo. En esta ocasión sí parecía tener cobertura, puesto que los tonos de llamada se escuchaban correctamente. Sin embargo no lo cogió.

Al llegar al portal estiró del llavero que sobresalía de su bolsillo y obtuvo las llaves de la casa de Álex. Este tenía un pequeño abrelatas colgando, que más de una vez habían utilizado para abrir los quintos de cerveza en sus reuniones futbolísticas.

Colocó la llave verde de la puerta en el cerrojo, la giró y entró. Observó la angosta y deshabitada portería que hacía más de tres meses que no pisaba, al mismo tiempo que identificaba el horroroso hedor a cerrado que le hizo taparse la nariz, estaba seguro que aquel aroma era parecido al del sobaco de un chimpancé. En aquellos, apenas doce metros cuadrados, solo se divisaba la puerta del bajo y los empinados escalones ascendentes que llevaban a los demás pisos, puesto que la común escalera no disponía de ascensor. El *loft* estaba en el cuarto piso y la idea de subir hasta allá hizo que Óliver suscitara un pequeño suspiro de fastidio: ¡Pff...! Enseguida evocó la opinión de Álex cuando él mismo le decía la lata que era tener que subir diariamente cuatro plantas sin ascensor. Sin embargo su amigo opinaba lo contrario. Aseguraba que era una gran ventaja, ya que le obligaba cada día a mantenerse en forma, y no solo eso, cuando las fortuitas noches le obsequiaban con una nueva y cautivadora amistad a la que invitaba a casa, él actuaba como un verdadero caballero ofreciéndole el primer puesto en la escalera, y aquello le procuraba un placentero deleite en su trasera posición. Aquel pensamiento también hizo arrancarle a Óliver una sorda pero destacada risotada, mientras tanto ascendía los escalones todavía con los pulmones llenos.

Intento recuperar el aliento después de subir los cuatro pisos, esta vez los pulmones se hallaban más vacíos que una bolsa rota de sarga. Al sentirse con el cuerpo de un hombre de la tercera edad, se juró y perjuró que a partir del día

siguiente volvería a recorrer los quince kilómetros que lograba hacer cada mañana antes de quedarse sin trabajo. Aunque lo más probable, después del funesto estado en que se había quedado al subir la endemoniada escalinata, es que tuviera que empezar por dos.

Al abrir la puerta del *loft*, un pestilente y cargado aroma a pino terminó de asesinar definitivamente el olfato de Óliver. A este paso se iba a asfixiar con tasta pestilencia. Álex era un forfofo de los ambientadores, ponía uno en cada rincón, así que en cuanto aquel cuartucho se quedaba cerrado más de dos días seguidos, era la cámara de gas perfecta para matar a los intrusos. Dio un raudo vistazo en el menudo espacio ordenado e iluminado que consistía en la conjunta distribución del salón comedor y cocina en unos escasos treinta metros cuadrados, mientras iba directo hacia las ventanas. Abrió con ansia las dos que había y durante unos segundos mantuvo en una de ellas la cabeza afuera para aprovisionarse de aire puro. Cuando oxigenó todo lo que pudo su interior regresó adentro, se sentó plácido en el sofá de dos plazas color granate que tenía enfrente de su plasma de cincuenta y cinco pulgadas (en aquello no escatimaba en gastos), apoyó su brazo en el reposabrazos y repiqueteó sin cesar en el endurecido tejido con los dedos.

El inusual instante se apoderó de él: ¿qué era aquella gustosa sensación que percibía?, ¿aquel mudo sonido?, ¿aquel tiempo lento casi congelado que pasaba sin complicaciones?, se preguntó al mismo tiempo que arrugaba delicadamente el ceño. Esbozó de pronto una leve sonrisa torcida cuando dio con la respuesta. Estaba claro, esa gozosa percepción era debido únicamente al placer de la total soledad que estaba experimentando.

Se imaginó de pronto lo diferente que sería su vida si coexistiera con esa paz, sin nadie que lo atormentara con deliberados juicios y sin el acecho constante bajo su mismo techo. ¿Cómo habría sido su vida si no se hubiera casado con Julia? Reflexionó finalmente.

Una mancha oscura de incertidumbre se prolongó tanto en su cabeza que parpadeó varias veces para liberarse de ella, solo deseaba volver a la realidad, puesto que tampoco deseaba en esos momentos encasquillarse en una estúpida fantasía. Se puso en pie para seguir con lo que había venido hacer y recordó

enseguida las instrucciones de Álex.

«Coge la lista que hay en mi mesita de noche». Al instante se condujo a la habitación, o en su lugar a la otra y última estancia que había en la estrecha residencia.

Volvió a apretar las comisuras con profundidad al contemplar el explosivo y semidesnudo personaje de cartón y tamaño natural que Álex albergaba al lado de su cama, era el icono de sensualidad de aquella famosa serie de socorristas de los noventa: Pamela Anderson. Le chiflaba. Se acercó a la mesita de noche manteniendo todavía su jocosidad en los labios y abrió el cajón. En efecto, ahí se encontraba una lista impresa por ordenador, en la cual figuraban diversas direcciones de Barcelona y el sello de la empresa: *Séptimo cielo, S.A.*, ponía.

Después de leérsela por ambas caras la tiró sobre el colchón. Se quedó unos segundos como un pasmarote y, finalmente, se agachó y estiró el brazo bajo la cama palpando de un lado a otro, hasta que localizó un tosco ente con la mano. Lo arrastró y al verlo sobresalir discernió que era un maletín rojo, era el maletín del que Álex le había hablado.

Lo puso sobre la cama con gran esfuerzo, este era amplio y grueso... y pesaba un huevo. «¡Dios!, ¿pero qué mierda...?», masculló al deshacerse del incómodo peso. Y cuando dio con el botón para abrirlo, sonó el teléfono. Era Álex.

—¡Álex, por fin! —expresó Óliver con alivio.

—Sí, sé que me has estado llamando, pero entre la poca cobertura y el jaleo de las máquinas extrayendo los escombros, no he podido contactar contigo antes. ¿Has ido a mi casa?

—Estoy en ella ahora mismo.

—Vale, ¿has encontrado todo lo que te dije? La lista y el maletín.

—Sí, pero...

—Bien —le interrumpió—, no tengo mucho tiempo, el jefe de la obra me necesita. Solo quería comentarte que puedes ponerte el traje de chaqueta que hay en mi armario, es el que suelo utilizar para asistir a las citas, y tú y yo, más o menos tenemos la misma talla.

—¿Pero Álex, que es lo que debo hacer en esas citas?

—Ja, ja —risoteó—. Veo que aún no has abierto el maletín. —Óliver visualizó

ipso facto el ente rojo que yacía sobre el colchón, y lo miró con tremenda turbación—. Vender, Óliver, solo eso. Pero estoy seguro de que con tus encantos naturales, venderás a cientos. Ja, ja...

—¿Qué? ¿A qué te refieres? ¿Por qué te ríes? Por tus santos cojones, dime de una vez qué hay ahí, Álex.

—Te pierdo... Esto se corta... Te quiero, hermano.

—No te atrevas... —Pero antes de poder amonestarlo, su amigo (si es que todavía lo consideraba así), ya no se encontraba al otro lado del teléfono—. ¡Cabron! —despotricó con exacerbación al móvil.

Su furia recorrió al momento todo el cuerpo de los pies a la cabeza, sobre todo porque estaba casi seguro que la cobertura no había sido la culpable de poner fin a la fulminante conversación, sino que en su lugar había sido su desvergonzado, miserable y malnacido amigo, con el que tendría más que unas palabras cuando llegara.

Se hinchó de aire como si con ello se armara de valentía, quería abrir de una vez ese dichoso maletín que, después de la llamada, le infundía más respeto.

Estiró el brazo y la mano sin apenas mover su cuerpo, como si se dispusiera a desactivar una bomba mortal. Con un dedo rígido pulsó el botón que se hallaba al lado del asa e *ipso facto* la tapa roja se abrió del todo, como si el cuantioso material hubiera estado esperando la mínima oportunidad para salir disparado de su desfasado aforamiento.

¡Ah!, espetó Óliver con sobresalto al ver el interior, que ahora sobresalía y colgaba por los bordes del rectángulo.

No podía creer lo que avistaban sus órbitas. «¿Pero qué cojones estás vendiendo, Álex?», profirió con repugnancia e incredulidad mientras se acercaba a la maleta: había penes de silicona del tamaño de su mano, o más grandes, bolas de metal embolsadas, decenas de aparatos con una morfología compleja e inexplicable, y más y más objetos que no había visto jamás. No obstante, pese a no saber sus nombres o su determinada utilidad, no era tan tonto para ignorar que se trataba de una pila de juguetes sexuales.

En un lapso de curiosidad, se sentó en el colchón y decidió tocar con el índice uno de esos miembros largos que colgaban, lo notó blando y luego lo palpó con

la mano. Al apretarlo le pareció muy bien logrado e hizo una mueca de aceptación.

Al momento llamaron a la puerta y Óliver produjo tal respingo al escuchar el timbre que, lanzó el consolador hacia el techo, con tan mala suerte que se coló en lo alto del armario.

¡Dios!, masculló con el corazón a mil.

De manera rauda escudriñó el sitio donde había ido a parar, y al comprobar que el mueble era más alto de lo que pensaba creyó conveniente utilizar la silla que había en el cuarto para llegar arriba del todo. Si bien al hacerlo vio que todavía no era suficiente para vislumbrar la ubicación del objeto, así que intentó encaramarse con los brazos dando un salto. ¡Ya está!, gruñó al conseguirlo. Asomó la visión por la fina línea horizontal del armario entretanto se sujetaba con gran esfuerzo en el canto de madera, y discernió que si alargaba un poco más el brazo atraparía el pene del diablo. ¡Te tengo!, farfulló con alegría en cuanto lo agarró.

No obstante cuando quiso apoyar sus pies en el respaldo de la silla para comenzar su descenso, esta se cayó al suelo. ¡La madre que me parió!, bramó entre dientes con el rostro cada vez más encendido.

Ahora Óliver miraba la condenada altura con suplicio colgando de los brazos como un estúpido mono, aunque al menos tenía en su poder el depravado ente de silicona. Mientras cavilaba cuáles podían ser las posibilidades para volver a tierra, sintió el desliz de una fría y húmeda gota de sudor por su sien. Lo tenía crudo, dado que solo existía una alternativa: saltar.

Se soltó e intentó impulsarse hacia el centro de la cama para amparar su cuerpo con el mullido colchón. ¡Ah...! Se aventuró como Tarzán. Sin embargo su acción fue tan infausta que su corpulenta masa revotó en el colchón y cayó definitivamente en el borde de madera de la cama, originándole al instante un dolor terminante al mismo tiempo que todo lo que yacía sobre la colcha se elevaba y aterrizaba sobre su cabeza.

Óliver gimoteaba de dolor en el suelo, aunque su voz reproducía eco bajo el maletín abierto y todos sus complementos.

El timbre seguía sonando sin parar. Óliver se puso en pie con gran irritación y

se dirigió a la puerta con el único fin de que el individuo que tocaba el timbre como si tuviera el dedo enganchado con pegamento, se detuviera.

—¿Qué?! —gritó hostil al abrir.

Una chica morena de unos veintilargos años vestida con ropa deportiva y sudorosa, le miraba con estupor.

—No... nada, tío. Tranquilo —dijo ella apaciguando la situación—. Yo solo había venido a pedirle huevos a Álex, pero entiendo que os he molestado. Lo siento —manifestó mientras dirigía una turbada mirada a la mano izquierda de Óliver y retrocedía unos pasos.

Óliver pensó que quizás había sido demasiado brusco pero no comprendía por qué ella le miraba de esa forma tan extraña y se alejaba, así que le siguió la mirada. «¡Madre de Dios! Qué vergüenza», pensó eufórico en el interior de su cabeza abochornada al comprobar que todavía tenía en su mano el enorme consolador. Enseguida se lo escondió tras la espalda como si de esa forma pudiera deshacer la embarazosa escena que acababa de ocurrir.

—No, esto no es lo que parece. Yo no... nosotros no somos...

—No, tío —le interrumpió mientras tanto le sonreía y se aproximaba a la puerta entreabierta de su casa que yacía enfrente—, no tienes que excusarte. A mí me parece bien ese rollo.

—Te confundes. ¡Si él no está!

—Oh, vale... —espetó la joven frunciendo el ceño, que cada vez se mostraba más azorada por la insólita situación—. En ese caso... que pases buena tarde. Dale recuerdos a Álex. —Volvió a sonreír y cerró la puerta.

Óliver regresó al interior del piso sintiendo todavía la vergüenza latente.

Al llegar a la habitación, cogió con ofuscación la maleta y volvió a rellenarla de todos aquellos objetos impúdicos que se habían caído alrededor. Y cuando lo hizo volvió a meterla debajo de la cama de una patada. Con la lista también hizo lo mismo, la dejó de nuevo en el lugar donde la había encontrado. Como si de esa manera todo volviera a la misma normalidad de antes.

Respiró hondo, y tras cerrar las ventanas que había abierto, salió del piso de su amigo pensando en que no volvería a pisarlo hasta que él regresara.

Capítulo 6

OPORTUNIDADES

Julia esa mañana canturreaba de forma alegre bajo la atenta mirada de su marido somnoliento. Mientras acababa de henchir su bolso, imitación Prada, de las cosas necesarias para marcharse al trabajo. Y parecía sonreír entretanto lo hacía.

—¿Te ocurre algo? Pareces estar de buen humor —opinó Óliver como si fuera un hecho extraño, apretando una comisura maliciosa.

Ella enseguida le miró con aborrecimiento, borrando al instante su risueño semblante.

Pero entonces Julia decidió que al igual que él, le iba a obsequiar con su dosis de amargura de buena mañana.

—Toma —sacó de su bolso un sobre—, nos han devuelto la factura del teléfono. Si no la pagamos pronto nos lo darán de baja. ¡Ah! Y también internet y la tele por cable, por supuesto. —Óliver cambió su rostro al instante, al temer la posibilidad de que sus ciento quince canales amigos se esfumaran de su guarida, dejándolo en plena soledad.

Ella, al observar a su marido abstraído en la nada, cogió su chaqueta del respaldo de la silla y se dirigió hacia la salida, invicta al pensar que ya se la había devuelto.

Aunque cuando cerró la puerta sintió un desazón en su interior. ¿Por qué tenían que estar siempre con el hacha de guerra? Por una vez le encantaría irse al trabajo como cualquier mujer casada, con el beso húmedo y latente de su esposo

en los labios, y un «¡que tengas un buen día!».

Y de nuevo meditó seriamente que pronto tendrían que sentarse a hablar, la cosa no iba nada bien.

Sin embargo, durante su conducción al trabajo, su rostro pizpireto volvió a reaparecer, sobre todo al escuchar las canciones románticas que estaban emitiendo en la radio. Se sentía la protagonista de todas ellas. Y antes de bajar del coche para dirigirse a la inmobiliaria, repasó de nuevo su maquillaje, sus gruesos labios no estaban demasiado frambuesas, y justamente hoy, creía que tenían que estar perfectos. Así que los repasó con su barra de labios. También añadió un poco más de máscara de pestañas y colorete.

Al llegar a la oficina, de forma inesperada Pol Cros la esperaba sentado en su asiento. Era algo inusual puesto que no solía verlo hasta media mañana, a veces, incluso hasta la tarde.

—¡Bue...Buenos días, Pol! —balbuceó ella al ver ese atractivo espécimen caldear su misma silla—. ¿Qué haces aquí?

—¡Tremenda belleza! Qué guapa estás de buena mañana —dijo él. De inmediato ella notó el ardor en sus mejillas, y pensó en el error que había cometido al espolvorearlas con colorete, ahora parecería un rojo tomate maduro.

—Solo venía a decirte que esta tarde quiero que vengas conmigo.

—¿Yo? —preguntó sorprendida.

—Claro. ¿Quién entonces?

—¿Pero... adónde?

—Quiero que hagas las fotos de una casa. Me encargaron ayer su venta. —Julia respiró al comprobar que se trataba de trabajo—. Está en Pedralbes, en la calle Manila. No tardaremos.

—Claro.

—¡Perfecto, entonces!

Pol se puso en pie, y se aproximó a ella obsequiándola con su exquisita fragancia proveniente de una buena marca de perfume masculino, o quizá fuera su propio olor corporal, que asimismo lo definía como lo que era: un adonis en toda regla.

—Te he dejado el asiento calentito —le susurró.

—Oh... —sonrió ella como una boba—, qué bien.

Julia, al ver salir a aquel sobresaliente ser de la oficina, miró a su alrededor descubriendo por primera vez que había más personas en el lugar, y vio los sentenciadores ojos marrones de su amiga.

—¿Qué? —espetó Julia.

—Nada, nada —dijo Cris.

Julia se sentó en el asiento para iniciar sus labores, y enseguida sintió el ardiente tejido en sus nalgas que le hizo esbozar una tenue sonrisa. De nuevo volvió a encontrarse con la crítica mirada de Cris, que para nada era indulgente. Y fue en aquel momento cuando le instó en cambiar de tema.

—No tienes buena cara, Cris. ¿Paco sigue con gastroenteritis?

—Sí, esta noche se ha levantado por lo menos quince veces. No he pegado ojo.

—Jo, qué mal me sabe.

Tras la escasa conversación, ambas se abstrajeron en su trabajo sin mentar ni una palabra más. No obstante, Julia durante parte de la mañana tuvo que luchar en más de una ocasión para extraer de su cabeza ciertas imágenes inapropiadas que le surgían sin cesar y sin poder evitarlo: al parecer, su imaginación ideaba la residencia que iba a visitar esa misma tarde de muchas maneras, y los planos solían ser desde una postura horizontal, todos ellos requeridos con la fervorosa compañía del apuesto vendedor.

—¡Julia, Julia...! —Una voz alejada repetía su nombre de forma latosa. Era Cris, que se encontraba enfrente de su mesa con un rictus de lo más desconcertado.

—¿Qué? —respondió.

—¿Como que qué? Te llevo llamado cinco veces y no me respondes, me estaba empezando a mosquear. ¿Se puede saber en qué estás pensando?

Sin embargo Julia no supo qué responder al momento, y tras unos segundos, como si le hubiera dado un cortocircuito, ingenió algo.

—Son los nuevos clientes de Pol. Estoy creando sus fichas y de verdad que me tienen totalmente abstraída. Además los que son extranjeros no sé cómo introducirlos en el nuevo programa.

Su pretexto quizá hubiera funcionado si justo después Julia no se hubiera rascado el cuello.

—Sí, los clientes de Pol y lo que no son los clientes —le murmuró Cris aproximándose a ella mientras se apartaba su lacio y castaño pelo a un lado—. Anda, deja lo que quiera que estés haciendo y vámonos a almorzar, que tengo ganas de fumarme un *piti*. Y no te rasques más el cuello que te descubres tú sola.

Julia hizo caso a su compañera haciéndose la sueca, aunque con mucho esfuerzo ocultó la pereza que le daba tener que abandonar sus pensamientos adictivos, que no eran más que suyos y solo suyos. No obstante sabía que era mejor así: las drogas en pequeñas dosis no te enloquecían, o, de momento, eso pensaba.

Cogió el bolso y la chaqueta de color rosa que conjuntaba divinamente con su barra de labios frambuesa, y se dirigió hacia la salida junto a su compañera. Al abrir la puerta de cristal, Franchesca apareció en el recuadro tan exuberante como siempre; su atuendo siempre era elegante y oscuro, lo que hacía que su melena de color rubio platino le hiciera resplandecer aún más. Era el típico atuendo que todo ser humano evocaría como el de una viuda negra.

—¿Ya os vais? —interpeló la jefa al momento que despejaba su mirada de las grandes y caras gafas negras.

Julia y Cris, que pisaban el suelo callejero, se echaron a un lado para dejar el umbral libre y despejado. *Ipsa facto*, Julia se fijó bajo la plena luz del día, en la que no estaba acostumbrada a observar a su jefa, cuántas nuevas arrugas le habían emergido alrededor del labio superior durante los últimos años, o posiblemente, los últimos meses. Por lo visto, el dinero no hace milagros, pensó ella abstraída.

—Sí, vamos a tomar un café —comentó Cris, y después rebuscó el paquete de tabaco del bolso—. Silvia se queda para atender el teléfono en nuestra ausencia. No tardaremos mucho.

—Está bien —masculló sin mirarla ya concentrada en otro asunto—. Por cierto, Julia... —Ella le miró poniendo la máxima atención.

—¿Sí, Franchesca?

—Espero que estés a la altura de tu nueva ocupación. Son los mejores clientes

que tenemos, ni se te ocurra fastidiarla —expresó un tanto tosca.

—Lo haré lo mejor posible. Tiene mi palabra —respondió buscando de reojo la mirada amiga de Cris, que le observaba con su boca echa un ínfimo punto.

Franchesca acomodó sus gafas dobladas en el sutil canalillo de su blusa opaca, y mientras lo hacía farfulló algo.

—Cuento con ello, señorita Salamanca.

Tras finalizar la incómoda conversación, la poderosa mujer empujó la puerta para entrar, y Julia y Cris dieron por sentado que ya podían alejarse. Pero al instante la mujer de negro volvió a mentar el nombre de Julia.

—Otra cosa más, Julia. Felicidades —concluyó.

Enseguida la cara de Julia resplandeció al oír la congratulación de aquella áspera mujer, que jamás se había dignado a alagar a ninguno de sus empleados, o al menos en público.

—Gracias—musitó con orgullo.

Ambas amigas anduvieron por la calle de forma muy facunda, desarrollando una conversación de lo más dichosa tras el insólito hecho que acababan de experimentar. Fue entonces cuando Cris se paró en seco.

—Vamos mejor al bar de ahí enfrente. Aquí está esa camarera entrometida. Además, tampoco se puede fumar...—expresó arrugando su amplia boca.

—No —respondió Julia contundente—. Al enemigo hay que tenerle cerca. — Y Cris frunció el ceño sin comprender a que se refería.

Durante la estancia en el bar, y cuando la tal Angélica (nombre que ya estaba más que grabado con sumo desdén en la mente de Julia) se hallaba relativamente lejos, Julia aprovechó para explicarle a Cris todo lo que le había sucedido el día anterior con aquella mujer desconocida.

—¡Pero qué descarada! —exclamó Cris atónita después de limpiarse afanosa el bigote de espuma de su tazón de café con leche.

A continuación, mientras apretujaba la servilleta de papel con su terso puño, alargó su cuello de serpiente y le susurró algo más a Julia:

—Así que ella ya sabía quién eras. Y por eso ayer se acercaba tanto a nuestra mesa, para saber más sobre vuestra relación —discernió como una auténtica policía de película—. Nena, ¡qué grima!

—No te preocupes, después de lo de ayer, no creo que «esa» vuelva a tomarse tantas libertades con Óliver. —Miró con el rabillo del ojo y claro desaire a la joven camarera que, justo en ese momento se encontraba en la barra—. Y doy por sentado que Óliver tampoco lo hará —aclaró con obviedad.

—¿Sí? Ahora no es que estéis en el mejor momento... —murmulló su amiga con despreocupación mientras echaba otro sobre de sacarina en la bebida humeante. Parecía como si sin quererlo, hubiera desvelado sus propios pensamientos.

Julia, al escucharla, se quedó un tanto sorprendida de que se hubiera atrevido a decir tal cosa. Agachó su mirada hacia el cortado que todavía no había probado y, sin decir nada al respecto, comenzó a removerlo sin cesar, abstrayéndose infinitamente en la lechosa y oscura espiral.

Enseguida Cris se dio cuenta de su pésima mención.

—Perdona, Julia —dijo arrepentida—, no quería decir que...

—No, ya lo sé, tranquila. —En aquel instante se dio cuenta del coraje que le suscitó la posibilidad de pensar que Óliver pudiera mirar con ojos de deseo a otra mujer.

Óliver cerró la puerta de su casa de un fuerte golpe en cuanto llegó, se hallaba muy ofuscado. Y al crear tal estrépito provocó que Supermán arañara el cristal de la puerta del balcón donde todavía permanecía encerrado. Emitía agudos y repetitivos ladridos, era muy molesto.

Lo metió para que parara de una vez, pero cuando lo hizo lo ignoró por completo. Estaba demasiado ocupado discutiendo con la presencia invisible de su amigo Álex.

—¡Capullo! ¿Pero qué te has pensado? ¿De verdad crees que voy a ir por ahí vendiendo estúpidos consoladores a las mujeres? ¡Ja! Tal vez los mecánicos no sirváis ni para estar escondidos, pero yo, en cuanto vuelva a lo mío, podré volver a estar tranquilo.

Dejó sus pertenencias encima de la mesa del salón y encendió el portátil para ver el estado de sus candidaturas. Se sentía esperanzado.

No obstante, al echar el raudo vistazo, comprobó que de nuevo no había cambios.

¡Pff!

Se alborotó la maraña de pelo moreno con un rabioso movimiento de mano, y al desviar la vista vio la factura de la luz desplegada —135 euros, ponía—.

Su frustración le atizó la cabeza y se frotó la cara con sus dos anchas manos. Debía hacer algo, ¿pero el qué?

Un pequeño sonido de lloro hizo que Óliver mirara hacia abajo. Era Supermán, que se encontraba sentado a su lado mirándole como si le estuviera escuchando con interés.

Frunció los labios al ver su tierna mirada de ojos enormes, y le hizo una suave caricia en la cabecita.

—Está bien...

Cogió el móvil de la mesa con decisión y llamó a Álex. Pero él no lo cogió, si bien a Óliver no le resultó nada extraño. Pasó al plan B: mandarle un terminante mensaje por *WhatsApp*.

—Si deseas que me encargue del asunto, quiero todas las ganancias que saque. A los pocos segundos Álex contestó, y Óliver apretó una traviesa comisura.

— ¿A pachas?

—No.

—Vale, tú ganas.

Óliver dejó el móvil con gran desahogo encima de la mesa, con la sensación de haber finalizado un exitoso duelo. Y respiró hondo.

—¡Pues sí! —espetó a Supermán—. Parece que me voy a zambullir en el inexplorado mundo de las siliconas y lubricantes —citó arqueando sus cejas, como si él mismo no se lo creyera.

Todavía faltaba una hora para acabar en la oficina, mientras tanto Julia se hallaba en su mesa con la cabeza agachada inmersa en la lectura de algunos nuevos contratos. En aquel momento el barullo de la calle se introdujo en la tranquila oficina, alguien había entrado. Y al alzar la vista tras la desconcentración, observó que era Pol.

—Buenas tardes, señora Castillo, ¿cómo se encuentra? —pronunció de forma extremadamente amable el llamativo comercial a una clienta que se hallaba sentada en la mesa de Cris.

La mujer de mediana edad, se encontraba a la espera de que Cris regresara al asiento con unas fotocopias.

—¡Queridísimo señor Cros! —exclamó muy contenta mientras se levantaba de la silla para poder saludarle con los requeridos ademanes. Le cogió del hombro y lo atrajo hacia ella para darle dos enérgicos besos—. Es el mejor, lo sabe, ¿no?

—Bueno, se intenta, señora Castillo. Y tutéeme, por favor. —Ella curvó sus finos labios de modo alegre.

La mujer regordeta y de baja estatura pero atusada con muy buen gusto, se volvió hacia Julia

—Chica, este hombre, tan guapo y atractivo aquí donde lo ves —le posó la mano encima de su hombro y lo palpó de manera vigorosa— es el mejor vendedor de casas que ha existido en todos los tiempos. —Pol pareció abochornarse por el cumplido tras habersele enrojado con sutilidad las mejillas, si bien Julia sabía que debía haber sentido calor, pues él nunca se abochornaba por nada.

—Sí. No es usted la primera que lo dice —sonrió.

Cris regresó a su mesa con las fotocopias en mano, y contempló divertida la momentánea conversación.

—No es para tanto —dijo Pol.

—No es para tanto, dice —repitió la señora de henchidos mofletes, desviando su comentario a Cris—. ¿Cuánto pone ahí, Cristina? —La señora Castillo señaló los folios que portaba en la mano.

Cris los revisó.

—A ver... Cuatrocientos cincuenta y dos mil quinientos euros.

—¡Ja! Por ochenta mil euros menos estuvo cinco años puesta a la venta en la anterior inmobiliaria, y aun así no fueron capaces de venderla. Y aquí, en cuestión de tres meses, ¡ya está vendida! ¡Y por ese dineral! —espetó maravillada.

—Me alegro mucho, señora Castillo, de que mis servicios le hayan satisfecho. Es lo único que me propongo.

—Por supuesto que lo han hecho —concluyó complacida, y regresó a su asiento aposentando en su regazo el gran bolso de piel de cocodrilo que portaba.

Julia volvió a sepultarse en sus quehaceres tras el buen sabor de boca del entretenimiento cuando, segundos después, sintió una presencia muy cercana. Notaba que la observaban. Comenzó a izar la cabeza con lentitud, mientras discernía quién podía ser.

Al localizarlo, observó que era Pol. Tenía sus caderas apoyadas encima de su mesa de cristal, y la miraba como si se la fuera a comer viva.

—¿Te vienes conmigo? —Ella se azoró de pronto.

—¿A...ahora? —vaciló al instante que miraba el reloj de su muñeca—. Aún me falta una hora para acabar.

Franchesca, que justo había salido de su despacho replicó la glosa.

—Debes ir, es parte del trabajo. ¿O acaso te piensas que te va a llevar a merendar? —dijo con mofa.

Varios de los presentes mostraron una hilarante y silenciosa sonrisa.

Julia se abochornó y odió *ipso facto* a su rancia jefa. Seguidamente se levantó de la silla para coger sus pertenencias y entretanto lo hacía, meditaba sobre la horrorosa infancia que debía haber tenido esa mujer para llegar a ser tan mal nacida.

—¿Lo tienes todo? —interpeló Pol.

Ella salió de su furibundo y abstraído pensamiento.

—Sí, creo que sí. —Asomó la cámara de fotos de su bolso y se la mostró sonriente a Pol.

Él apretó sus tiernas comisuras y asintió, y cuando caminaron unos pasos al frente, Julia se volvió como si le faltara algo.

—Cris, ¿podrías apagar el ordenador, por favor? Se me ha olvidado. — Arrugó su frente.

—Claro, tranquila, tú ve a hacer... lo que tengas que hacer.

Las miradas de las dos amigas permanecieron un instante enganchadas, hasta que Julia decidió retirarse y hacer como si el acto de Cris no hubiera tenido ningún sentido.

Al salir de la inmobiliaria ambos se toparon con Silvia, que venía con sus adustos andares hablando por el móvil. Y mientras finalizaba su conversación se plantó ante ellos, aunque todavía no les había dedicado mirada alguna. Pero Pol y Julia también decidieron mantenerse estáticos esperando el próximo y probablemente antipático comentario que esa mujer les tendría guardado.

—*Si, d'acord, señor Espasí, així ho faré*[2]. —Colgó, y al fin posó los ojos sobre ellos, aunque cuando lo hizo sobre Julia fue como si estuviera viendo al mismísimo portavoz del partido socialista. Regresó al exuberante rostro de su colega y relajó un poco la expresión—. ¿Adónde vais, si se puede saber? — indagó, esperando que la respuesta emergiera únicamente de los carnosos labios de Pol.

—Julia va a acompañarme a fotografiar los planos de un chalé en Pedralbes que ha entrado hace pocos días—. Julia apretó sus labios mientras tanto asentía.

—Ya veo. —A continuación le hizo un rápido repaso a Julia, comenzando por sus bonitos zapatos de tacón hasta su cabello liso y sedoso.

Silvia, aunque parecía ser una mujer madura e independiente por su trabajo, alojaba en su interior a una niña que nunca crecía, y que envidiaba a cualquiera que pudiera eclipsarla. Luego reemprendió una nueva pregunta de interés:

— ¿Y se puede saber que chalé es?

Pol se pasó la mano por su brillante y dorada cabellera.

—Por supuesto. La casa Florensa, la que tiene un precio equivalente a dos millones...

—Vale, vale —le cortó—. Ya se la que dices. Tengo mil cosas que hacer no me entretengas más —concluyó seca. Y se dirigió al interior de la oficina sin decir ni una palabra más.

Julia miró a Pol boquiabierta, y él le animó a caminar, empujando con levedad

su antebrazo.

—¿Pero, qué bicho raro le ha picado? ¡Qué borde!—masculló ella.

—¿Acaso no la conoces?

—Sí, pero en la oficina no es tan... Bueno, ahora que lo pienso, apenas hablamos con ella.

—¡Ja! Yo tampoco le daría mucho palique si tuviera que estar bajo el mismo techo durante horas. Solo llevo un año aquí, y reconozco que es la persona más competitiva y envidiosa que he conocido jamás a lo largo de mi carrera profesional.

—Y debes de haber conocido a mucha gente competitiva. Seguro que tus antiguos compañeros debían ponerse el listón muy alto para igualarte.

—No. ¿O tal vez sí? —dijo pensativo—. No lo sé, dado que nunca lo consiguieron —sonrió jactancioso, y a Julia le pareció divisar un fulgor proveniente de sus dientes blancos que le hizo adorarlo—. Sube.

Pol se había parado al lado de un flamante *BMW* gris metalizado, que era más largo que el coche de Julia multiplicado por dos.

—¿Este es tu coche? —dijo con pasmo en su suave semblante.

—En realidad no —musitó mientras presionaba el minúsculo mando—. Este es el de cortesía. El otro está en el taller, el *Hill assist* no funcionaba bien.

—Ah... Yo te había visto aparcar un *Mercedes*, de color azul marino.

—Sí, el de la empresa. Yo tengo un *Audi*, un *Q8*.

—Oh, qué bonito —dijo ella, escueta, obligándose a no expresar demasiada fascinación, ya que él parecía hablar con tanta «naturalidad» sobre esos prohibitivos modelos, que no iba a ser ella quien le aclarara su modesta situación.

Claro que a alguien como él no le pegaba en absoluto conducir un utilitario cualquiera, su facha era digna de pasearse en aquellas increíbles y ostentosas carrozas.

Cuando subieron al coche, Julia inspiró el exquisito aroma de piel de la carrocería, y la acarició con una mano sintiendo el agradable tacto que no solía pasear por su dermis.

—¿Te gusta? —le dijo él muy próximo con sus abiertos y centelleantes ojos

turquesa. Estaba tan cerca que Julia se dio cuenta en ese instante de que estaba a solas con él, y además, que estaba encerrada en un ínfimo espacio que no dejaba lugar a la historia que pudieran tener ninguno de los dos, simplemente al presente.

—Sí —respondió engatusada.

A continuación, sus órbitas se deslizaron lentamente hacia abajo, y recordó sus pezones húmedos que había admirado con fascinación el otro día en el restaurante. ¡Oh, Dios, estaban para mordisquearlos!

Sin embargo en aquel momento le vino el rostro de Óliver a la cabeza, era escalofriantemente nítido, y parpadeó varias veces para salir del embobamiento.

Él vio que despegaba su mirada de la suya al mismo tiempo que adoptaba un gesto más recio y distanciado; ahora simplemente observaba como pasaban los coches por la ventanilla.

—¿Vamos a hacer esas fotos? —dijo Pol animado.

—Sí, a eso vamos —declaró ella mirando al frente, y después suspiró hondo silenciosamente.

Llegaron a la espectacular morada, y Julia no pudo contener la emoción tras rebasar el portón de hierro. Nunca había visto nada igual.

—¡Es asombrosa! —exclamó.

La casa Florensa era de estilo moderno. El camino empedrado y seseante hacia su entrada principal, al igual que sus jardines, no eran enormes ni tampoco floreados, tan solo destacaba el frondoso verde que rodeaba la edificación. Sin embargo, precisamente aquella sencillez extrema, era lo que hacía destacar de forma cautivadora el blanco impoluto de la fachada, y también las indefinidas y resplandecientes cristaleras que esculpían de forma rectangular la gigantesca residencia.

Pol, que miraba con divertimento a su compañera, abrió la puerta principal.

—Pasa —la invitó.

Ella le obedeció con gusto y se adentró antes que él. Y al echar el primer vistazo, su boca entreabierta de repente se transformó en una gigante O. A continuación, se aproximó sigilosa y con aquella graciosa guisa de embeleso hacia el centro de lo que debía ser el gran salón de la casa, o eso imaginaba, ya

que la casa no se encontraba amueblada para evidenciarlo. En sus numerosos pasos el lento repiqueteo de los tacones sonó de manera contundente sobre el reluciente parquet, creando un destacado eco en el amplio ambiente. Dio una vuelta sobre sí misma, y rompió el mutis.

—¡Pol esto es... esto es... lo más espléndido que he visto nunca! —expresó emocionada, y Pol rio.

Ella sonriente, cerró los ojos y se dispuso a absorber por todos los poros de su piel la cuantiosa luminosidad natural que habitaba en el espacio.

—Me alegro de que te guste tanto —masculló Pol segundos después en su oreja. Julia abrió los ojos y se volvió enseguida hacia él con un pálpito en el corazón. Se había abstraído tanto en su deleite que no lo escuchó acercarse de esa forma tan...silenciosa. Lo que le recordó a un tigre acechante—. Solo hace cuatro días que está a la venta —le farfulló haciendo rebotar su aliento a clorofila en su perfilada nariz.

—Ah, ¿sí? —Aprovechó su escueto comentario para retroceder un paso—. Claro, por eso hemos venido a... fotografiarla —balbuceó mientras se ponía tímida un mechón rubio detrás de la oreja.

Julia notaba como él acaparaba su rostro en un intimidante estudio, y sus mejillas abochornadas no podían resistir más su infierno. Desvió su mirada lo más lejos que pudo de él.

—He pensado que esta sería la mejor casa para que practicaras tus dotes de diseñadora... —Ella apartó de inmediato la vista del vertiginoso techado que estaba observando para, de nuevo, admirar con sorpresa al bronceado y perfecto hombre que le dedicaba esas consideradas palabras—. Aunque solo sea como simulacro. Además, yo seguramente, pronto me compraré algo así y sería interesante conocer a alguien que supiera decorar con gusto. ¿Como la diseñarías tú por dentro? —dijo como si le interesara realmente su opinión.

—¿Como lo has sabido? Que soy diseñadora de interiores, me refiero.

—Bueno, he indagado en la oficina sobre ti. Y, por cierto, todos coinciden en lo trabajadora, amable y simpática que eres.

—Oh, gracias.

—Pero fue Cris quien me dijo lo de que eras diseñadora. —Él adelantó aquel

paso que ella había reculado antes y le cogió de la mano, la miró y tocó el anillo de casada con la yema de su pulgar—. Y también que estás casada —masculló con voz desalentada.

Julia abrió los ojos desorbitados, retrocedió y se cogió su propia mano.

—Así es. Creo que será mejor que empiece a fotografiar las demás habitaciones, voy a explorar.

Pol apretó una de sus comisuras mientras la veía alejarse por la siguiente sala como una niña asustada.

—¡Todavía no has mencionado ninguna de tus ideas...! —dijo alzando la voz.

—¡No! ¡Tengo que pensármelo! —vociferó ella ya desde su innovador escondrijo.

Y tras mencionar aquellas palabras, meditó con cierta turbación: «Y tengo que pensármelo muy pero que muy bien».

Apenas había pasado una hora cuando salieron de la espectacular morada. Julia había hecho todo lo posible para fotografiar los distintos e innumerables ángulos de la inmensa morada en tiempo record. Y durante el trayecto en coche, el eje de la conversación lo mantuvo Pol, ya que ella solo se limitó a responder *sí, no, gracias, ajá*.

—Has estado muy callada, ¿te ocurre algo? —dijo Pol al torcer su torso hacia ella después de haber clavado el freno de mano.

Ya habían llegado a la calle donde se encontraba aparcado el *Renault Captur* de Julia.

—¿A mí? No... —Alzó de forma paulatina sus grandes y temerosos luceros azules hasta el anguloso y viril rostro de su acompañante, y se perdió por un instante en sus labios.

—Tranquila, pequeña, tenemos muchos días por delante.

A Julia le temblaron los tobillos al pensar en centésimas de segundos que quizá él pudiera dar por hecho que ella... O tal vez ella fuera la única que pensara que él... En cualquier caso, no lo tenía nada claro. Así que decidió salir pitando por la puerta como un cervatillo aterrado.

—¡Adiós! —musitó al cerrarla.

Capítulo 7

TRANCES INCÓMODOS

Al llegar a casa, Julia se encontró las luces encendidas, sin embargo no parecía que hubiera nadie, ni siquiera su adorable Supermán había ido a recibirla, como de costumbre. No obstante ella siguió registrando el lugar.

—¡Hola...! ¿Óliver..., donde estás? —dijo con una preocupación incipiente tras haber escudriñado los demás espacios del piso sin éxito.

Por un instante se vio protagonizando una de esas horribles escenas de tensión que surgían en las películas de terror y que tanto odiaba. Pero entonces, vio un débil reflejo que provenía de la oscura terraza.

Abrió la puerta de madera que chirriaba horrorosamente cada vez que se movía, y salió al exterior. De inmediato localizó a Óliver y espiró de alivio sintiendo como su espeluznante sensación se evaporaba; él se encontraba sentado en la pequeña mesa redonda de hierro a la que le faltaba una buena mano de pintura, y sobre ella, yacía una vela encendida medio consumida. Ese minúsculo detalle fue suficiente para informar a Julia de que ya llevaba un buen rato allá afuera, puesto que las velas de las que disponían en casa eran nuevas y se encontraban dentro de un paquete que estaba precintado en el armario del mueble del salón.

Ella lo halló tan impasible que se quedó absorta en su imagen; y es que Óliver contemplaba la luna como si fuera su gloria.

Enseguida su querido chihuahua se le acercó moviendo el pequeño rabo con la rapidez de un colibrí, y se subió a las piernas de su querida dueña rompiendo de

esa forma su instantáneo embeleso. Julia se inclinó para acariciarlo.

—Me había asustado, pensaba que...

—¿Qué?—le interrumpió él—. ¿Que me había ocurrido algo? ¿Que me había suicidado? —farfulló con desgana sin despegar sus ojos del gran deleite albar.

—¡No...! —dijo ella desechando la horrible idea al mismo tiempo que lo miraba con perplejidad—. Que te habías dejado las luces encendidas y te habías ido.

Se acercó a la mesa y se sentó en la otra silla que había a su lado, después miró el suave y nítido perfil de su marido, que se reflejaba bajo las espectaculares luces del renegrido ambiente, y aquello le condujo a pensar lo mucho que llevaban sin hacer eso. Al principio de vivir allá, siempre salían los dos con una copa de vino tinto en la mano para admirar la preciosa noche y conversar sobre cómo les había ido el día, pero ya no lo hacían. Respiró hondo al meditar otro bonito y doloroso recuerdo de lo que fue su relación y, tras endurecerse de nuevo con la cruda realidad, levantó la vista para admirar a la deidad de aquel momento, que al parecer estaba brindándole a su marido lo que ella no era capaz de darle: paz y tranquilidad.

—¿No te recuerda a la luna que veíamos desde la habitación de Florencia? —manifestó Óliver rompiendo de forma inesperada el lúgubre silencio.

—Sí claro, porque es la misma —sonrió ella.

Al día siguiente, Óliver fue a buscar el dichoso maletín de la casa de Álex. Aquel que al parecer a sus casi veintinueve años, le iba a llevar por una senda pecaminosa e inexplorada. «¡Pues sí que da vueltas la vida!», afirmó durante el camino, mientras meditaba largo y tendido sobre el conocido dicho. Por otro lado, aquella mañana se había levantado de buen humor, dado que la noche anterior, él y Julia habían permanecido un buen rato en el balcón, juntos, y aunque no se dijeron nada, con eso lo dijeron todo.

Entró en el deshabitado *loft* de su amigo sintiendo el cargante hedor a pino

que definitivamente había impregnado por completo la vivienda, siendo este capaz de hacer morir a un ser humano por intoxicación. Y, raudo, se dirigió directo hacia los sitios claves donde yacían el maletín y la lista. Cuando tuvo ambos en sus manos, intentó huir despavorido de aquella cámara de gas que podía hacerle desfallecer instantáneamente, sin embargo, antes de rebasar la puerta de salida, se detuvo.

Retrocedió su marcha, cerró de nuevo la puerta pese a todo, y volvió sobre sus pasos. Cuando llegó otra vez a la habitación, abrió el armario de ropa de su amigo y ahí lo vio, tal y como él le había dicho: un traje de chaqueta elegantísimo, negro y con un corte distinguido, colgado en una percha, si bien no dejaba de ser la indumentaria de un mero comercial, pero al menos con buen gusto. Debajo de la americana se encontraba la camisa blanca, la tocó y al momento sintió la frescura y la suavidad del buen algodón entre sus dedos.

—¡No está mal! —musitó en voz alta.

Decidió abrir la ventana del cuarto, ya que iba a permanecer allá más de pocos minutos y para asegurar el estado de su buena salud, creyó que era lo más conveniente.

El frío aire irrumpió de repente en el angosto espacio y eso hizo que de forma inesperada el monumental y acartonado cuerpo de la excepcional socorrista cayera rotundamente al suelo.

¡Plaf!

—¡No, no, no! —espetó Óliver con espanto, que se dirigió rápido a recogerlo.

Y en cuanto lo hizo, lo posicionó recto tras la ventana, teniendo de esa manera la certeza de que aquella musa no volvería a verse arrastrada por la corriente de aire con el riesgo de dañarse con el canto de un mueble alguna bella parte de sus explosivas extremidades.

—Aquí estarás bien, encanto —la admiró, y le sonrió al ver que su increíble *pechonalidad* estaba intacta.

Comenzó a desnudarse y a colocarse aquel serio uniforme. Al notar los agradables tejidos acariciar su desnuda piel le gustó, y se impacientó en verse reflejado en un espejo, últimamente siempre lucía tan desarreglado...

Cuando terminó, se condujo al pequeño baño que se hallaba al lado de la

habitación, era el único lugar donde había un espejo.

Encendió la luz, y de pronto se vio.

Una sonrisa se desdibujó en sus rosados labios sin querer. Estaba guapo. Se acercó al cristal observando el fulgor de la miel de sus ojos, se acarició hacia atrás el cabello, y luego, se posicionó bien la chaqueta para que sus hombros aparentaran estar bien erguidos. Parecía un buen partido, y solo imaginarlo, le dio una momentánea alegría. Si bien todavía no podía dar el visto bueno completo, pues no podía visualizar sus piernas. Así que se subió en lo alto del váter, después agachó con levedad su torso para verse mejor. Comprobó que aún le faltaban unos zapatos adecuados, pero aun así, llevando solo los calcetines blancos deportivos, la largura del pantalón no le iba ni demasiado larga, ni tampoco demasiado corta. En aquel momento se encontró tan atractivo que creyó que si mejoraba un poquito más, conseguiría quitarle el aliento a Julia.

—Mañana, mañana sin falta empiezo —dijo al pensar en que comenzaría a hacer deporte.

Repentinamente un ruido tosco sonó, y le pareció el mismo que el que había escuchado antes al caerse el cartón.

Bajó del váter y se dirigió con preocupación a la habitación. Sí, en efecto, la rubia explosiva se había vuelto a caer. La levantó solícito y al instante tocaron al timbre.

Fue a abrir con el cartón bajo su brazo.

—¿Sí? —dijo al abrir la puerta.

La persona que llamaba no era otra que la chica morena del otro día, la vecina de enfrente. Aunque esta vez, lucía bien vestida y aseada.

—No puede ser, ¿acaso vives aquí? —dijo ella sin esconder su fastidio.

—No. Pero... —pensó en explicarle que había venido a buscar unas cosas, pero al final desechó tal complicación—. ¿Qué querías? —le preguntó al apoyar el pesado cartón en el suelo.

—Oh...nada. —Ella retrocedió un paso al mirar con extrañeza el lado de Óliver—. Solo creía que Álex ya habría regresado, pero no era nada importante. No te preocupes, puedes seguir con lo que... estuvieras haciendo esta vez —concluyó vacilante, aún con sus ojos clavados en el mismo sitio.

Óliver se dio cuenta del porqué de su actitud tras seguir su mirada conmovida.

—No... esto no es lo que tú piensas —dijo nervioso—, solo se había caído y yo...

—Hasta otra —vociferó breve ya con la mano puesta en el pomo de su puerta—. ¡Que te lo pases bien! —Y cerró a cal y canto, haciendo resonar en el estrecho pasadizo el ruido del cierre de sus llaves tras la puerta, y también el choque del quitamiedos en el roble.

Óliver entró en el *loft* sintiendo cierta irritación. A lo mejor aquello que le había pasado con aquella chica por segunda vez era un augurio de lo que le sucedería en adelante si desempeñaba aquel obscuro trabajo: sería un pervertido bajo los ojos sentenciadores de los demás.

Cogió las cosas y salió pitando de aquel zulo.

Después de haber recorrido una manzana, le dio el arrebato de ver a Julia. Y recordó la lata que era no tener coche. Hacía dos meses que la correa de distribución se la había jugado, obligándole a tirar el coche, y es que por su mala economía no había podido cambiarla a tiempo. Así que en cuanto pasó por la parada de autobuses, observó una solución a su momentáneo problema, justamente el autobús que pasaba cerca de la inmobiliaria se encontraba en ese lapso ahí parado, esperando a que los nuevos ocupantes subieran.

—Un ticket, por favor —le demandó al conductor con las monedas en su mano.

Este era mayor y se escondía tras las anchas y oscuras gafas de sol que le tapaban la mitad de su cara. En excepción a su camisa azul bien lavada y planchada, ese hombre de rasposa barba negra aparentaba no haberse aseado y afeitado en, por lo menos, una semana.

—Tenga —respondió mientras le daba el papelito amarillo.

Comenzó a recorrer el pasillo deshabitado del monstruoso automóvil, sintiendo las miradas femeninas pegadas en su elegante fachada, y al ver un sitio libre, se sentó. Colocó el vasto maletín rojo encima de su regazo, y lo agarró con sus dos manos. A continuación se dedicó a mirar por la ventanilla mientras volvía a zambullirse en sus complejos pensamientos.

De manera imprevista, notó una mirada clavada en él. Desvió ligeramente sus ojos y comprobó como una mujer pocos años mayor que él y con el atuendo de una auténtica letrada, le estaba mirando con cierta... picardía. Él se ruborizó, y sin saber qué otra cosa hacer, le dedicó una menuda sonrisa cordial. Pero entonces atisbó con desconcierto como la mirada de aquella mujer de grandes ojos negros, rebotaba sin cesar entre sus ojos y el llamativo maletín. Como si con aquel gesto que acompañaba con su inquebrantable sonrisa traviesa, le estuviera diciendo algo, algo que evidentemente era de su total agrado.

Óliver se puso tan nervioso que *ipso facto* emergió de la silla como si algo le hubiera picado en el culo. Y atravesó el resto del pasillo que quedaba, con la esperanza de que llegara de una vez a su parada.

Capítulo 8

SECRETOS DE CAFETERÍA Y MERCEDES

Por fin caminaba entre las calles con la ansiada calma ya sobrenadando en su pecho, e inspiraba el fresco aire de la libertad que le había sacado de esa aura incómoda y lasciva que había percibido, o quizá simplemente había sido su castigadora conciencia. Pero en cualquier caso, ¡qué bien se sentía ahora!

Se detuvo y sacó el móvil de su bolsillo para mirar la hora, faltaban quince minutos para que Julia saliera a almorzar.

Levantó la vista y atisbó un bar cerca de la inmobiliaria, después le escribió un wasap:

«¡Hola (emoticono saludando)! Hoy me apetecía almorzar contigo. Estoy en la cafetería de al lado: (miró el letrero) *Café di Roma*. ¿Te pido algo?».

Óliver se dirigió directo a la cafetería. Ya había inspirado y exhalado demasiadas veces durante su corto paseo mientras meditaba cómo le contaría a Julia lo que le estaba pasando, pero ahora ya se sentía preparado. No obstante estaba un poco nervioso por lo que ella pudiera opinar sobre que su propio marido se dedicara a vender entes lujuriosos a las mujeres: ¿se opondría? O, de lo contrario, ¿le gustaría la idea?

Entró en la cafetería percibiendo un delicioso aroma a café de máquina, de ese que se enquistaba en el paladar proporcionando un regusto durante las siguientes horas sin tener si quiera que sorberlo, y también notó un bullicio muy calmado, era como la agradable charla de una bandada lejana de pájaros. Al echar un raudo vistazo, observó que el lugar se hallaba bastante vacío para lo amplio que

era, saludó con un ínfimo movimiento de cabeza al hombre que estaba en la barra y se condujo a una mesa que daba hacia la cristalera de la calle. Le gustaba contemplar cómo la gente transcurría con despreocupación. Se sentó y acomodó a su lado el aparatoso maletín. Al levantar la vista a la altura de la mesa, vio la carta y fue a cogerla, se encontraba en posición vertical pegada al servilletero y este se hallaba vacío. Enseguida analizó el estado del resto de servilleteros de las demás mesas: todos estaban llenos. Y caviló por qué tenía mala suerte hasta para eso.

Comenzó a leer con el fastidio latente, comprobando que había una enorme variedad de cafés: *Mocha, Hawaiano, Irlandés, Caramel Machiato, Café Amaretto, Espresso Panna, Coffe Cream, Corretto...* ¡No te jode...!, espetó por lo bajo con el cejo fruncido.

—¿Ya sabes qué vas a pedir? —preguntó una voz femenina.

Óliver siguió pegado a las letras haciendo caso omiso de la presencia que se había puesto a su lado.

—Sí, ponme un... café con leche —dijo sin más. Y levantó la cabeza.

Pero al instante, visualizó a una persona que para nada esperaba ver. Era Angélica, la panadera que le estuvo dando de comer con sus manos el otro día.

—¡Eres tú! —expresó Óliver, asomando una rojez instantánea en sus mofletes—. ¿También trabajas aquí?

—Sí, pero, por favor, llámame Angélica. Es más cercano, ¿no crees?

—Claro. Angélica.

—¡Estás guapísimo! —le dijo sin pelos en la lengua mirándole de arriba abajo.

—Gracias. —Se pasó la mano por la nuca un tanto intimidado y ella prosiguió.

—Trabajo desde hace unos días en este bar y por las tardes lo hago en la panadería. La vida es dura —dijo sonriendo—. Aunque en realidad lo hago para pagarme un curso de interpretación. Quiero ser actriz.

En cuanto le dijo eso, a Óliver no le sorprendió en absoluto. «Con ese cuerpo no me extraña», pensó. Y, sin querer, sus audaces pupilas dieron un golpe de estacada a la suave línea asomada de su voluptuoso escote.

—¡Oh, vaya, actriz! —respondió centrando de nuevo su mirada en los ojos de gata de la joven—. Qué interesante, nunca he conocido a ninguna.

—Pues aquí me tienes, puedes conocerme todo lo que quieras —declaró mordiéndose el labio inferior, como si fuera un grueso y apetitoso filete crudo.

Óliver se abochornó como un niño después de haber entendido a la perfección su indirecta más directa, estaba claro que aquella desinhibida mujer no se andaba con rodeos. Pero de repente, pensó en que Julia estaría al caer y rebuscó presuroso el móvil en su bolsillo. Lo miró: faltaban cinco minutos para que saliera.

—¿Te traigo tu café con leche? Parece que tienes prisa, aunque me gustaría que no fuera así.

—Me harías un gran favor, gracias.

Entretanto en la inmobiliaria, Julia echó un vistazo al móvil mientras recogía sus cosas para ir almorzar.

—¡Dios, no! —farfulló al ver el mensaje de Óliver.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Cris que estaba junto a la puerta de salida esperándola.

—No. Bueno sí. Óliver ha venido y me espera en el *Café di Roma* —frunció su pequeña boca.

—Ya entiendo... —masculló Cris. Le estaba propinando pequeños golpes a la punta del cigarro en la palma de su mano—. Pues entonces, no te quedes ahí parada, vamos a saludar a tu maridito —expresó con positividad—. Que, por cierto, hace tiempo que no lo veo.

Al salir, divisaron a Pol. Estaba un poco alejado y se aproximaba como una estela reluciente en el firmamento, robando hasta la mirada del conductor más precavido.

—¿Ya vais a almorzar, chicas? —vociferó desprendiendo una risa nevada de un ser embriagador.

—Así es, tenemos hambre —dijo Julia mientras practicaba las andaduras de un cangrejo.

Sin embargo, Pol observaba con extrañeza a Julia seguir alejándose, en vez de pararse como de costumbre para hablar con él.

—Sí, ya lo veo, vais como gacelas.

—Es que la espera su marido. Ha venido a verla —le informó Cris divertida al mismo tiempo que alzaba dos veces seguidas sus cejas castañas.

Fue entonces cuando Pol se paró en seco, tornando su rostro más recio. Julia se detuvo al darse cuenta de su cambiante expresión, y al instante lo hizo Cris.

—¿Necesitas algo, Pol?

—Sí —musitó con seriedad—. Necesito que vengas a hacer fotos a una nueva casa que entró ayer por la tarde.

—¿Tiene que ser ahora?

—Pues sí. Hemos de coger la B-20, y por la mañana el tránsito es muy denso.

Julia desvió la mirada hacia Cris, que parecía estar igual que ella, totalmente desconcertada. Después miró hacia la dirección del bar con desazón, y a continuación, volvió a posar sus iris azulados en el anormal rostro serio de su jefe, que se personaba impertérrito en la calzada esperando a ser obedecido.

—Vale. Ya voy.

Antes de que Julia se marchara, Cris aprovechó la lejanía que tenía con el apuesto comercial y le susurró algo a su compañera.

—Qué casualidad que le hayan entrado las prisas justo cuando ha sabido que Óliver te esperaba, ¿no te parece?

Julia puso cara de total ignorancia ante su pregunta, si bien sabía que quizás ella había sido un poquito culpable por haberse mostrado en los últimos días un tanto... receptiva. Aunque cuando esa idea se le asomaba en la cabeza, la derrochaba con absoluta fiereza, esperando de alguna forma que se despeñara por un agujero oscuro e indescifrable de su hemisferio. Odiaba sentirse culpable.

—Ve tú, ¿vale? —le pidió—. Dile que no he podido ir por trabajo. Y vigila a esa lagarta.

Cris entró en la cafetería identificando el gustoso aroma de cada mañana. Enseguida localizó a Óliver de pie, estaba junto a una mesa que tenía las mejores

vistas a la calle. Aparentaba estar nervioso, además, no paraba de agacharse para recoger cosas que se le caían.

—¡Buenos días, Óliver! ¡Qué elegante! —Él se volvió al dar un pequeño y casi imperceptible susto.

—Gracias. Y Julia, ¿dónde está? —La buscó.

—Yo también me alegro de verte —respondió Cris, lánguida entretanto se descolgaba el bolso marrón del hombro.

—Perdona, Cris. A mí también me alegra verte. —Se inclinó hacia ella para darle dos besos en las mejillas—. ¿Cuánto hace que no nos veíamos? ¿Desde las pasadas Navidades?

Ella observó cómo agarraba con ímpetu el asa de su maletín y lo colocaba tras él, como si quisiera esconderlo.

—Sí, justo. ¿Qué llevas ahí? —Cris alargó su cuello como el de un caballo para divisar mejor el objeto cantón.

—Nada. ¿Dónde está Julia?

—Ella se ha ido con Pol.

—¿Con quién? —averiguó con una horrorosa mueca de perplejidad.

Porque aunque Óliver discernía que con su ausencia hubiera salvado el momento de que lo pillara hablando con la increíble Angélica, habría preferido mil veces más que se personara y le mostrara su bonita cara enfurruñada, a escuchar que se había ido con otro tío.

A Cris se le escapó una espontánea risa al ver su expresivo gesto, pero al comprobar que su cara de pocos amigos no mejoraba, le aclaró enseguida la pregunta.

—Pol Cros, es el comercial de Fincas Salvat. Desde hace poco, digamos que ella trabaja bajo su mando. Han ido a fotografiar una casa.

—Pol Cros... —meditó en la nada, luego volvió a mirar las marcadas facciones de Cris, y pensó en una fracción de segundo que había empeorado desde la última vez que la vio—. ¿Y cuánto lleva ese tal Cros en la empresa?

—Pues... un año, creo. ¿Julia no te había hablado de él?

—No. —Bajó la cabeza con reparo—. Hace un tiempo que nuestra relación no es demasiado... comunicativa.

Cris lo vio un poco decaído e intentó animarlo.

—Bueno, eso es algo pasajero. De lo más normal en un matrimonio —declaró enérgica y le apretó el hombro con brío—. ¿Te apetece tomar un café, Óliver?

—No, me tengo que ir. Gracias.

Óliver comenzó a sortear con prisa unas mesas para posarse en dirección a la salida. Mientras tanto Cris divisaba algo pintado con bolígrafo sobre su muñeca, parecían unos números, pero con el movimiento y la distancia no lo tenía claro. Pero en cuanto Óliver se dio cuenta del ajeno vistazo se bajó la manga. Parecía estar más nervioso que antes.

—¿Cómo? ¿Me vas a dejar sola ahora? —insistió.

—Lo siento, en otra ocasión. Me ha encantado verte, de verdad —le sonrió en su avance y levantó la mano a modo de despedida. Sin embargo cuando había recorrido unos pasos volvió a girarse—. ¡Ah! Saluda a los niños y a Paco de mi parte, ¿vale? Y dile que le estoy esperando para echar unos vicios. Me debe la revancha.

—¡Claro, lo haré!

Cris se acomodó en la misma mesa en la que había estado Óliver. Y después volvió a izar la mirada buscando su silueta. Él ya había llegado a la puerta pero curiosamente se detenía un instante y desviaba su rostro hacia la barra. Cris siguió el recorrido de su mirada y fue entonces cuando vio a la fresca camarera que, sin cortarse un pelo, se puso la mano cerca de la oreja, como si le estuviera recordando que le llamara.

—Será descarada la tía... —murmulló mirándola en su lejanía con puro desdén.

Cuando Óliver salió del bar suspiró de una manera completamente satisfactoria, como si con ello su cuerpo hubiera perdido por lo menos cinco kilos.

Al levantar la vista, ya más sosegado, contempló de forma inesperada como un elegantísimo y colosal *Mercedes* pasaba por delante de él con Julia metida en su interior, y por si fuera poco, ella se estaba riendo a carcajadas. *Ipsa facto* una sensación de terror le invadió en su fondo, igual que si un importante terremoto

de gran escala se estuviera produciendo bajo sus pies. No obstante, cuando creía que era imposible empeorar ese traumático momento, una ráfaga de visión del hombre que conducía el coche se grabó en sus retinas brillantes: este era tremendamente exuberante, lucía el aspecto de un presentador de la televisión o, en su lugar, de un modelo de marcas pijas.

Sus celos aparecieron como locos en su cabeza y comenzaron a exprimirla hasta sacar un seseante humo. Frunció los labios y levantó la manga de su muñeca en busca de algo. Ahí estaba, el teléfono que, animadamente y sin consentimiento, Angélica le había anotado con bolígrafo azul cuando le había servido el café con leche, aunque en el momento que lo estaba haciendo, él tenía claro que se lo borraría nada más salir del bar. No obstante, tras experimentar los recientes hechos, lo volvió a guardar bajo la tela a buen recaudo como si fuera un valioso seguro de vida.

Capítulo 9

¡SOCORRO, NECESITO DESINHIBIRME!

La tarde se había empezado a consumir dejando el cielo sin color ni alegría. Fue entonces cuando Óliver regresó a casa después de haber aprovechado su salida para admirar la nueva tecnología, ropa y accesorios que ofrecían las mejores boutiques de San Gervasio, además de perderse por sus calles, las cuales no solía frecuentar. Hacía días que no salía y después de lo ocurrido por la mañana, tuvo claro que no quería volver a encerrarse para machacar su cabeza con atroces pensamientos, si bien estos no habían dejado de hacer acto de presencia de tanto en cuanto.

—¡Hola! ¡Ya estoy en casa! —vociferó él a su entrada, mostrando una voz animada y optimista.

Mientras esperaba respuesta, atravesó el angosto recibidor.

—¡Estamos aquí, Óliver!—se escuchó la voz de Julia.

«¿Estamos?», pensó extrañado. Y al momento visualizó el maletín con cierto recelo.

Al entrar en el salón, no pudo entender por qué la vida le atizaba con esos momentos tan... inoportunos. Su suegra, la que hacía más de un año que no pisaba su terreno, se encontraba ahora sentada en su sofá con su hija, tomando tranquilamente una taza de té.

—¡Doña Soledad, qué sorpresa verla aquí! —espetó Óliver con una mueca de alegría forzada.

Ambas mujeres observaron con admiración de arriba abajo su distinguida

facha.

Óliver nunca se arreglaba en exceso, a él le iba más lo casual, aunque últimamente iba desmarañado hasta las cejas. Si bien en el trabajo como capataz solía sustituir sus vaqueros habituales por pantalones de algodón, más que nada para resaltar su cargo entre la cuadrilla de obreros.

—Óliver, estás... ¡estás estupendo! —dijo Julia desvelando en su visaje una clara satisfacción.

—Es verdad, querido yerno —respondió la mujer con una mirada de aprobación y sorpresa, mientras intentaba con esfuerzo levantarse del mullido sofá apoyando sus gruesos nudillos—. Estás muy elegante. Pensaba que acababa de entrar el mismísimo actor de mi telenovela favorita —opinó curvando su boca pintada al conseguir por fin levantarse, justo después de haber soltado un soplo de alivio. Luego le dio un beso en la mejilla mientras lo estrechaba con fuerza entre su amplia corpulencia.

Soledad era una mujer de mediana estatura y con el ceño indefinidamente fruncido, lucía entre sus profundas arrugas la clonada y gastada belleza de su joven hija, no obstante, el hipotiroidismo que sufría le había hecho engordar treinta y cinco kilos los últimos cinco años haciéndole llegar al peso mórbido, e imposibilitándole moverse con facilidad. Sin embargo, eso no le frenaba en absoluto a la marchosa señora para perderse entre los numerosos viajes que realizaba con el grupo del Imsero y en algún que otro crucero de oferta que encontraba. Y es que desde hacía más de cinco años, cuando el padre de Julia, Francisco, falleció, Soledad desechó las agujas de punto y el mando del televisor, para hacerse con una maleta grande y otra de mano.

—Gracias, supongo que eso es un halago.

—¿Lo dudas? Ese mejicano de *Amores verdaderos* es un *sex symbol*. Lo deben haber hecho con un molde, seguro.

«Tal vez para las viejas marujas lo sea, pero nadie sabe de quién cojones estás hablando», caviló él en su sonrisa.

Pero enseguida su alarma se activó al ver a las dos mujeres escudriñar su maletín, y pensó que debía distraerlas como fuera antes de que pronunciaran cualquier pregunta indeseada.

—¡Pues qué bien tenerla aquí, Soledad! —dijo fingidamente contento—. ¿A qué se debe su visita? —Con disimulo fue colocando el maletín detrás de su sombra, al menos para que no pudiera verse a simple vista.

—Vengo a ver a mi hija. ¿O acaso eso no es una razón suficiente? —Y volvió a mostrar su rostro con el acostumbrado y deformado entrecejo de siempre.

—Claro que sí.

—¿Y bien? ¿Ya has encontrado trabajo? —dijo la señora sin tapujos, mirándole fija con los enormes ojos de una mosca.

Y ahí comenzó el interrogatorio, con Julia también expectante a la respuesta.

—Bueno,...algo así. —Madre e hija pusieron el mismo rostro de extrañeza, aunque con el mapa que tenía Soledad en su malparado semblante, no pudo concretar qué es lo que había cambiado.

—¿Qué quiere decir eso de «algo así»? O se tiene o no se tiene trabajo, chico.

Estaba claro que a los ojos de doña Soledad, la cual tenía sentimiento de duquesa sin haber gozado de una vida como tal, puesto que sus ricos antecesores se habían gastado hasta el último duro, nunca estaría a la altura para estar con su hija. O al menos no como lo hacía el esposo de la hermana mayor de Julia, Christopher, un comerciante londinense que había hecho fortuna vendiendo tintes para la ropa, y que había arrastrado a su hija Marina a una buena vida.

—¿Por eso has venido esta mañana a verme al trabajo? —continuó Julia ilusionada—. ¿Para darme la noticia?

—Bueno, quería hablar contigo de unos asuntos, pero, al parecer tú estabas muy ocupada. —Al instante Julia sintió resentimiento en las palabras de su marido y se ruborizó. Ignoraba hasta dónde sabía él.

—¿Qué llevas ahí, en ese maletín rojo? —señaló Soledad avanzando un paso hacia la parte trasera de Óliver.

«¡Por Dios, esta mujer es insufrible! ¿No ofertarán un crucero por el Triangulo de las Bermudas?», meditó Óliver en un segundo apretando los dientes.

Julia le miró cada vez con más desconcierto al comprobar que no respondía a la pregunta que le había hecho su madre, al mismo tiempo que el rostro de su suegra iba adquiriendo un estado horrorosamente terrorífico por su adoptada seriedad.

Óliver sintió de pronto un agobio enorme al ver a esas dos mujeres juzgándole como la Inquisición. Incluso empezó a divisar de forma borrosa a aquellas dos figuras que se acercaban cada vez más a él, recordando por un instante la sensación que tuvo cuando probó en otros tiempos una pastilla de color azul. En la actualidad, todavía no tenía claro de qué clase de estupefaciente se trató, pero sin duda, aquello le hizo experimentar algo parecido a un trance de éxtasis místico.

Se alejó del recuerdo al escuchar la voz distante e irritante de doña Soledad, y comenzó a imaginar otra cosa como si fuera la pura realidad: abarcaba con sus manos el coloso e inflado cuerpo de su suegra y lo empujaba con brutalidad sobre el mullido sofá, después comenzaba a adaptar sus solícitas manos alrededor de ese cuello de jabalí que tenía y comenzaba a estrangularla sin pena ni vacilación, hasta que el suelo, por la descomunal fuerza que se estaba ejerciendo sobre él, cedía y se desquebrajaba. Después todo se desparramaba sobre una espiral infernal donde su suegra, desaparecía para siempre en el mar renegrido del olvido.

Pero tras unos segundos, a pesar de su personal y secreto deleite, volvió en sí. Si bien sabía que no podía seguir allá plantado, si lo hacía acabaría estallando y protagonizando la escena recién fantaseada. A él no es que le importara llevarla a cabo, pues estaba seguro de que no se arrepentiría, pero, a los ojos legales y sociales no estaba permitido, aunque estos no supieran la agonía que le hacía padecer esa odiosa mujer.

Tragó saliva y respiró hondo.

—Creo que me he dejado las llaves en el coche. Ahora vuelvo.

Madre e hija se miraron con pasmo, entretanto Óliver se alejaba.

—Hija, ¿no me habías dicho que no tenía coche?

Julia alzó los hombros y apretó los labios.

Óliver desechó la idea de utilizar el ascensor para bajar, mejor lo hacía por las escaleras puesto que iba como una moto.

Cuando llegó abajo con su sangre todavía recorriendo un circuito de Fórmula

1, se encontró a José Abel, estaba abriendo la puerta de su casa.

—¡Tío, pareces *Michael Jackson*! —dijo el chaval, que lucía unos ojos brillantes un tanto sospechosos y no paraba de sonreír, a pesar de no haberle mentado todavía ni una palabra. Óliver puso los ojos en blanco, no estaba para chorradas—. No, en serio, te sienta bien ese look.

—Vale. Nos vemos —se despidió Óliver.

—¡Eh!, ¿adónde vas? Si no tienes nada importante que hacer, te podrías venir al Parque de Can Dragó. Hay botellón. Aunque con ese maletín y esas pintas que me llevas, parece que vayas a vender armas o algo así —farfulló aun más socarrón de lo que ya estaba.

—Supongo que no llegan a ser armas letales... —murmulló Óliver.

—¿Qué?

—Nada, nada. Que sí. Me apunto. —«Una buena cogorza es lo que necesito», caviló él en un tris.

—¡Estupendo! —Se acercó a Óliver y le palmeó la espalda—. Trae. —Le robó de un tirón el maletín de la mano dejando a Óliver con cara de barbo—. Esto te lo guardo, somos una peña pacífica, no te hará falta. —Y dejó el llamativo ente apoyado en el mueble de su recibidor.

Por lo menos había treinta o cuarenta adolescentes reunidos en los confines del tenue parque. Todos ellos parecían ser réplicas del inolvidable Bob Marley o en su lugar, del perpetuo John Bon Jovi, a cual más extraño, pero por muy diferentes que estos fueran, todos dominaban el mismo arte: la absoluta despreocupación.

Óliver que se hallaba sentado sobre el respaldo de un banco, envuelto de andrógenos, estrógenos y progesterona a raudales, pensaba en lo mucho que echaba de menos tener esa edad: sin obligaciones, sin mal de conciencia, sin compromisos... únicamente retroalimentando las relaciones sociales, e intentando no recaer de forma continua en las drogas y el alcohol.

Todo era a pedir de boca en la vida de esos encandilados que tenían el futuro al alcance de sus manos. Sin embargo sus recuerdos de aquella época eran

breves, o al menos no se acordaba de haber pasado un periodo tan largo en Babia. Por supuesto que había practicado la destreza de ver pasar el tiempo sin ton ni son en sus días de facultad, y también había dormido la mona en la orilla de la playa despertándose con los huesos hechos trizas, pero por lo general, él siempre había sido bastante centrado. Además había conocido a Julia, lo que le llevó a estar todavía más abstraído en buscar un buen porvenir. No hasta el punto de ser una lumbrera, desde luego, pero al menos, para poder ganarse la vida y compartirla con ella.

—¿Ron o whisky?—preguntó José Abel de pronto liberando a Óliver de su melancólico estado—. Aunque tendrá que ser con cola, lo demás ya se ha acabado. —Venía con una chica pelirroja de su edad colgada del hombro, mientras tanto aprovechaba su aguante para beberse en dos tragos el cubata.

—Ron, gracias.

—Tú amigo parece de otro planeta con esa ropa —le comentó una más del grupo a José Abel, que inspeccionaba al mayor con cierto recelo mientras inspiraba caladas intensas de su porro desgastado.

—Sí, no te quito la razón, pero es un buen tío y tiene una mujer que está como un queso —respondió. Y a continuación le alargó el brazo a Óliver para tenderle su fresca bebida—. Toma, que lo disfrutes.

Capítulo 10

REFLEXIONES

—¿Pero dónde se ha metido el desaprensivo este? ¡Será capullo! Cuando llegue se va a enterar —despotricaba Julia dando vueltas por la casa haciendo retumbar sus finos tacones en el liso suelo abrigado.

Durante la larga e inusual noche que había transcurrido sin pegar ojo, Julia había experimentado diferentes fases: en primer lugar, sus miedos habían apresado su mente de forma tormentosa al pensar que le podría haber ocurrido algo malo a su marido, y en segundo lugar, y este para ella fue el peor, los celos le trastornaron la cabeza al imaginar a ese ingenuo entre los brazos de aquella buscona. No obstante, hacía un rato que aquella mezcla de lacerantes sentimientos había derivado en ella una rabia colérica en estado puro.

Inesperadamente, Julia que ahora se hallaba sentada en el sofá intentando serenarse sin éxito, se percató de un extraño sonido que provenía de la puerta de la calle, este se asemejaba al choque continuo de las llaves en el metal. Enseguida se dirigió con el ceño arrugado hasta la puerta y la abrió. Al instante, su preciosa cara maquillada se desencajó de ira al encontrarse a Óliver agachado, intentando atinar con el agujero de la cerradura en aquel deplorable estado de ebriedad.

—Ah..., hola, mujer. ¿Qué haces... levantada? —musitó Óliver con claros signos de embriaguez, a la vez que la miraba con los ojos entrecerrados.

Deslucía descamisado, desgredado y con la misma cara blanca de un zombi. Sin embargo su leve sonrisa no cesaba en asomarse en sus finos labios, como si

fuera el tonto más feliz del mundo.

—Son las ocho y media de la mañana, ya estaba preparada para irme al trabajo —dijo ofuscada abriendo sus menudas fosas nasales igual que las de un toro bravo. Óliver no mentó nada más, ya que estaba demasiado ocupado intentando ponerse en pie con el único apoyo de la pared, pero tras varios intentos fallidos que le hicieron parecer una hormiga pretendiendo escalar una pecera vacía, Julia decidió ayudarlo. Se colocó su pesado brazo muerto alrededor del cuello e hizo impulso para levantarlo—. ¿Sabes? Te he llamado veinte veces. ¿Donde tienes el móvil? Estaba preocupada.

—Sí, claro... el móvil. —Y cuando abrió la boca, Julia tuvo que declinar su cara hacia el otro lado para no ahogarse entre el hedor a etanol que desprendía su apestoso aliento—. Pues ahora que lo dices, creo que... se me quedó sin batería antes de... tomarme el segundo... ¿O fue el quinto cubalibre? Perdona. Sé que a alguien tan... listo como tú, no... le hubiera pasado. —El endurecido rictus de ella pareció ablandarse un poco y su rabia se deshizo en un atisbo de tristeza.

Llegaron a duras penas a la habitación, y Julia se desprendió de su cuerpo empujándolo sobre la cama. ¡Uf! Suspiró al deshacerse de su monstruosa masa, y se sentó en el borde del colchón para descansar.

Lo miró y vio como él observaba la pared con la boca abierta. Sin embargo por su aturdida expresión, parecía no estar viendo nada y tener además los cinco sentidos comatosos.

—Debes dormir la mona. Ya hablaremos luego.

Julia se pasó la mañana pensativa y con una horrible sensación en el estómago. Sentía que algo en su vida se estaba derrumbando y parecía ser irreversible.

—¿Te encuentras bien, Julia? —interpeló Pol, que le estaba mostrando los mejores ángulos para tomar fotografías en el piso donde se encontraban—. Parece que estés en otro mundo.

—Sí, sí, perdona, es solo que... —Agachó su mirada afligida.

Él se puso frente a ella dejando pasar solo un ínfimo hilo de viento entre la moldura de sus formales trajes. A continuación le levantó su barbilla y le

acarició la tersa mejilla con su dedo pulgar.

—¿Acaso las cosas no van bien en casa? —averiguó. Los ojos azulados de Julia se posaron al momento en los suyos verdemar, evidenciando con ese breve movimiento de pupilas que había dado en el clavo.

Sin embargo, antes de decir nada, los ojos de Julia se desviaron irremediablemente a los gruesos labios de su atento compañero, pues se acababa de dar cuenta de que apenas se hallaba un peligroso abismo entre ambas bocas entreabiertas.

—Sí, es algo...así —musitó vacilante al sentir el rebote cálido de su aliento en los labios de Pol.

Pol se acercó un milímetro más, un milímetro que...podía ser el devastador componente capaz de cambiar el rumbo de varias vidas.

—Si tú estuvieras conmigo —le susurraba él, y Julia sentía como su piel estaba cada vez más adherida a una fulgente hoguera—, no consentiría que pasaras ni un solo segundo apenada. Tu felicidad sería mi única obsesión.

A Julia se le escapó un suspiro secreto y ardoroso en sus adentros, que reconfortó de placer los recovecos más insospechados de su cuerpo. Si bien ambos siguieron valerosos manteniendo la excitante y agoniosa posición de sus caras casi pegadas, pues era prácticamente imposible que ni siquiera el mismísimo diablo consiguiera aguantarla durante más de dos segundos. En ese lapso, el presente ya había hecho una apuesta: desencadenar lo que hacía tiempo se iba urdiendo, un apasionado y desatado beso que lograra dar forma a la abstracta sensación que sobrenadaba continuamente entre ellos dos. No obstante, Pol, que se mantenía paciente, parecía esperar a que ella fuera la que diera el primer paso.

Pero Julia de modo inesperado retiró la cara y retrocedió, caminó hacia el centro de la gran cocina de lujo en la que estaban, y se dispuso a enfocar y a apretar el botón de su cámara. No dijo absolutamente nada.

Capítulo 11

PELEA Y SUPERVIVENCIA

A las siete en punto debía estar en el Hotel Vincci Bit, o al menos eso ponía en la tormentosa hoja que le quitaba el sueño a Óliver hacía ya unos días.

Le dolía la cabeza como si le hubieran aporreado con un martillo, la resaca le estaba matando. Hacía tan solo diez minutos que se había levantado de la cama porque su vacío estómago le demandaba, o mejor dicho, le amenazaba, con que si no depositaba algo de alimento de inmediato, le proveería con una muerte súbita.

Pasó por delante del espejo sin percatarse, y vio de pronto a un infame personaje medio desnudo, le resultó tan repulsivo que dio un respingo: era él.

—¡Estoy hecho una mierda! —masculló con espanto mientras se peinaba su desgredado pelo con los dedos hacia atrás.

No obstante aquello no le desvió del camino que le llevaba hacia el frigorífico. Y cuando llegó sintiendo el frío del gres en sus pies descalzos, lo abrió y cogió un plato que contenía cuatro trozos de pizza reseca y un yogur bebible de plátano. Cerró con un fuerte manotazo y se dirigió al sofá para pegarse el calórico atracón.

Le había dado al botón del mando para visualizar el canal de deportes, mientras tanto devoraba los trozos como si fuera un auténtico lobo en ayunas. Y cuando lo hacía, comenzó a sentir el concedido perdón de su estómago replicante. Repentinamente:

—¡Ay! —voceó Óliver poniéndose la mano en el pecho, justo después de

haber alcanzado con deleite la última punta de queso colgante. Se había encontrado de improviso con Julia, que le miraba seria y con los brazos cruzados —. ¡Joder, qué susto me has dado! No te he escuchado entrar. ¿Ya es la hora de comer?

—Dímelo tú.

—Sí, yo diría que sí —dijo con la boca repleta.

A Julia se le estaban volviendo a hinchar las fosas nasales.

—Veo que estás mejor.

—Ajá. Aunque la cabeza me duele horrores, así que, por favor, no hagas ruido durante el rato que estés aquí. —Él seguía hablando a la vez que aprovechaba para deglutir la comida, sin importarle en absoluto lo asqueroso que pudiera resultar.

Julia lo miró con asco, y evocó por un instante al chico lozano que la invitó a cenar por primera vez a un restaurante italiano: era Óliver, al que le resplandecía la nariz de lo pulcro que iba, y masticaba tímido la lasaña con las mejillas ruborizadas por la vergüenza. Siempre manteniéndose concentrado para mostrar su mejor urbanidad ante su nueva chica, lo que, por aquel entonces, a ella le resultó de lo más adorable. Pero cómo había cambiado todo.

—Y dime, ¿has podido prepararme algo?

Él la miró como si le hubiera sugerido algo en un idioma oriental.

—¿Me ves con un absurdo sombrero de cocinero en la cabeza? —dijo con mofa, y ella entornó los ojos—. Igualmente si lo hubiera hecho, ahora no estaría comiéndome las sobras de hace no sé cuantos días.

—Pues ya que estás en casa, digo yo que podrías preparar la comida. Además... antes lo hacías con gusto.

—Ya, pero no con el fin de que te acostumbraras a que fuera tu chacha. Tengo mejores cosas que hacer que servirte.

—Sí, ya lo veo —masculló con odiosa ironía.

—No... Es mejor hacer como tú —dijo Óliver teatral—. Arreglarte durante más de una hora de buena mañana para dirigirte a tu increíble trabajo de erudita, donde te pasas todo el día sentada, cogiendo llamadas y añadiendo datos personales en una ridícula ficha ¡Qué gran triunfo! —exclamó—. Yo de mayor

quiero ser como tú —concluyó con una sonrisa maliciosa.

—No, por supuesto que no. Es mejor ir por ahí ejerciendo de borracho mientras te mantienen —dictaminó furiosa.

Óliver dejó el plato sobre el asiento y se levantó con la recién nacida cólera amparada en sus brillantes pupilas de miel, una miel que se había convertido en una incipiente llamarada de fuego.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? Encima de que vas por ahí flirteando con la gente del trabajo. Eres un maldito témpano.

Y tras aquel comentario inesperado, Julia sintió cómo un puñal atravesaba de modo vil su espalda. Se aproximó a él dejando una escasa y arriesgada distancia.

—¿Pero quién te crees que eres, cabrón desagradecido? ¿Acaso no eres tú quien pasa el rato comiendo de las manos de una buscona, mientras yo estoy trabajando para traer un sueldo digno a esta casa? —explotó.

Los dos se mantuvieron impertérritos en su posición temblorosa, observándose con un semblante desencajado de ira, como si fueran dos malévolas gárgolas. Aunque lo más amenazador era la clase de mirada que se estaban dedicando, puesto que sus fulminantes retinas vidriosas estaban clavadas con estacada en las del otro, en las del enemigo.

Julia comenzó a negar con la cabeza como si se hubiera dado cuenta de algo.

—Nunca pensé que lo nuestro fuera a acabar de esta manera —comentó sin fuerza—. Pero así es la vida, totalmente impredecible.

Se dio la vuelta y se marchó hacia la salida.

Óliver, tras escuchar el tremendo portazo, cogió el plato de pizza y lo lanzó con saña hacia el mueble, provocando que el frágil objeto se hiciera trizas y al mismo tiempo, el pequeño y asustadizo Supermán se escondiera tras el sofá.

Habían pasado varias horas desde la horrible discusión y no faltaba mucho para que fueran las siete de la tarde.

Durante el lapso anterior, Óliver había exprimido bien el tiempo mostrándose

activo en vez de quedarse en casa hecho un ovillo compareciéndose. De hecho se había ido a cortar el pelo, al fin y al cabo la ocasión lo merecía, y no podía aparecer frente a futuras miradas femeninas y lujuriosas con semejante seto sin mantenimiento sobre su cabeza. «¡Pareces el mismísimo Jon Kortajarena!», le había asegurado su peluquero Axel cuando había realizado su obra maestra. Ese día, por primera vez, el artista había aprovechado para presentarle formalmente a su marido Manu, un hombre quince años mayor que él, sin embargo, eso no parecía afectarles en absoluto en su amorosa y afectuosa relación. También había invertido su tiempo en negociar con Álex, por mensaje por supuesto, ya que todavía el sinvergüenza no se atrevía a cogerle la llamada, por si las moscas. Óliver le exigió que le dejara las llaves de su coche, a pesar de que sabía que su *Opel Insignia* era lo más importante que había tenido después de su madre, incluso había preferido realizar el largo viaje en tren y dejar el coche en el garaje, para evitar de esa forma cualquier posible accidente que pudiera provocar daños a su encerada chapa, realmente era algo enfermizo. Sin embargo, igualmente Óliver tanteó el terreno para propiciar una calidad favorable a su breve vida laboral, después de todo, estaba a punto de vender consoladores.

La negociación, como cualquiera de las conversaciones que ambos se venían dedicando los últimos días, no fue demasiado distendida:

—O me dejas tu coche para los desplazamientos, o bienes desde el remoto lugar donde te encuentras y acudes tú mismo a las reuniones —le impuso Óliver.

—Está bien. Pero por favor, no se te ocurra hacerle la más mínima rayada a mi *Insignia*, sabes que sería lo único que pondría punto y final a nuestra amistad.

—Lo intentaré.

Y por último, Óliver destinó su tiempo para hacer algo imperioso si quería dirigirse a la reunión: recuperar su maletín. Picó a José Abel para que se lo retornase, puesto que la noche anterior lo había custodiado por cuenta propia en su casa. Y pese a que el pobre gorrión todavía no había recuperado ni la mitad de sus capacidades, si bien lo suyo no había sido tan solo la cogorza, sino que también se le había sumado un buen colocón de maría, fue capaz al menos de abrirle la puerta, lo justo y necesario para que Óliver se sirviera el mismo.

Capítulo 12

JUGUETES ERÓTICOS Y PREGUNTAS PELIGROSAS

Había aparcado una calle abajo del Hotel Vincci Bit. Por lo que tenía entendido, era un lugar donde se realizaban conferencias con frecuencia, y además, estaba situado cerca de uno de los centros comerciales más concurridos de la cosmopolita ciudad.

Óliver en su avance hacia su destino, trató de sacar su actitud más valerosa: pisaba con fuerza la calzada y encuadraba su espalda bajo la americana negra del traje como si anduviera como un hombre seguro y terminante, incluso se le pasó por la cabeza la imagen de Al Capone. En cuanto se personó enfrente del monumental edificio, respiró hondo. Un aroma distinto sobrenadaba en él. Sonrió sutilmente al cavilar que aquel olor tan viril debía ser el de la valentía y ahora emanaba como si fuera su nuevo olor corporal, el de un gladiador. Pero luego cayó en la cuenta, encogiendo sus finos labios, de que aquella fragancia no era más que la que le había regalado su madre en la víspera de Reyes y que llevaba tiempo sin ponerse.

«Es sencillo: los consoladores entran y salen, los vibradores funcionan con un botón, vibran y sirven para masajear las zonas íntimas... y los geles, lubrican. ¡Está chupado! En realidad no hay mucho más que saber. ¡Sí es que la gente se complica la vida!», resumió mentalmente.

Llegó a la puerta del hotel y entró. Este era muy moderno, con una increíble iluminación y un impecable estado. Pensó que a Julia le encantaría, y más incluso cuando observó la influencia que tenían los indescifrables artistas en los

decorados, a ella le encantaba el arte.

Óliver metió su índice entre su cuello y la camisa para coger aire, y avanzó hacia el recepcionista.

—Buenos días, soy Ol... Álex Badía —dijo a tiempo, antes de meter la pata. Y es que debía mantener la identidad de su amigo si no quería que su jefa le echara del trabajo por incumplir su cometido—. Tengo hora a las siete para dar un... una... ejem... conferencia —musitó un tanto nervioso.

El recepcionista —Jack, ponía en la placa—, un señor muy solícito e impoluto, asintió con cortesía y revisó de inmediato los datos en el ordenador. Tras pocos segundos, el hombre de amplias entradas y movimientos perfectos, buscó de nuevo la mirada de Óliver.

—Le esperan en la primera planta señor, habitación 69 —le informó sonriente.

—¡Vaya, 69...! —murmuró intentando comprender la sátira de su destino.

—¿Decía algo, señor?

—Sí, que muchas gracias, Jack.

Se dirigió hacia el ascensor, faltaban tres minutos.

Llegó a la primera planta y caminó con serenidad por la moqueta roja, apretando con su mano cerrada el asa de su inseparable maletín. Si bien no podía detener la angustiosa sensación incipiente y comenzaba a asomarse cada vez con más fuerza por los poros de su piel, creando una sudación pegajosa y muy molesta.

Había llegado el momento: se encontraba frente a la puerta número 69. Levantó los nudillos de su mano y la golpeó dos veces con ligereza antes de entrar, y empujó.

Una docena de mujeres se encontraban alrededor de una gran mesa ovalada. Estas, todas trajeadas, dejaron de cuchichear entre ellas para dedicarle al único hombre que habitaba ahora en su misma sala, una sonrisa acaramelada y su total atención.

—¡Buenos días, señoritas! —dijo Óliver mientras intentaba aclarar su visión borrosa de la que, a pesar de la gran luminosidad que ofrecían los ventanales de la estancia, se habían adueñado los nervios, y no conseguía identificar con precisión los rostros allá presentes.

—¡Buenos días! —respondieron ellas con un cántico alegre.

Óliver se ubicó en la presidencia de la mesa entretanto sentía en sus sudorosas carnes el bochornoso trance del momento. Era la expectación. Puso encima del tablero caoba su maletín rojo y ojeó lo que ponía en la hoja.

—¿Ustedes son de la empresa —leyó la línea— ... Sort y asociados Ruiz?

—Correcto —respondió una mujer rubia de pelo corto, que estaba sentada al final de la mesa—. Yo soy quien demandó los servicios de Séptimo cielo, S.A. Soy Laura Márquez, la gerente de la empresa.

—Oh, estupendo —masculló Óliver sonriente, intentando no evidenciar en su semblante la extrañeza que le originaba que alguien de su elevado rango, pudiera propiciar esos asuntos tan... informales. «¡Qué falta de seriedad! Aunque con esa cara de mal follada... no me extraña», dictaminó Óliver en su cabeza—. Yo soy Álex Badía, el comercial que os mostraré estos... peculiares productos.

—¿Y todos los comerciales de tu empresa son igual de atractivos que tú? —planteó jocosa una morena, haciendo estallar un mar de carcajadas.

—Pues no lo sé, señorita, espero que no —contestó Óliver curvando los labios y gobernando con su voz el mutis absoluto de aquellas féminas—. Bueno, empezaré.

Todas relajaron su busto, ensancharon sus bocas y se mantuvieron expectantes a la caja de sorpresas que el único hombre de la estancia tenía en su poder.

No obstante, en cuanto abrió la maleta, los productos se cayeron desperdigados por la ancha mesa. Por lo visto, Óliver no había revisado el contenido antes de empezar.

—Disculpen. Lo siento mucho —musitó Óliver entre el mar de risas espontaneas.

Se dispuso a recogerlo todo al mismo tiempo que las manos vecinas le ofrecían algún que otro y singular objeto que había llegado hasta ellas.

—*Óliver, espero que me disculpes* —una de las mujeres comenzó a leer en voz alta una nota ajena que acababa de resbalar hasta ella por la superficie de la mesa y que pertenecía al interior del maletín— *por haber cogido sin permiso uno de tus sensacionales productos. Mi marido estaba de viaje y yo necesitaba... una distracción.* —Las risas incipientes comenzaron a desvirtuar el silencio propio

—. *Te he dejado el dinero que marcaba en la etiqueta dentro de la bolsa. Gracias, vecino. Graciela.* —Óliver se quedó atónito por el episodio y también por el descabellado hecho. La caradura madre de José Abel había estado hurgando en su maletín la noche anterior cuando lo había salvaguardado en su casa—. He encontrado también una bolsita precintada con sesenta y cuatro euros en el interior —continuó la misma mujer bocazas, que parecía tener la vocación de payaso entre sus colegas—. *Genius mil*, pone en la etiqueta. —Se aguantó la risa, sin embargo las demás ya se tronchaban por ella—. Y, en efecto, marca sesenta y cuatro euros.

Óliver, que mostraba su rostro en un vaivén de color rojo y blanco, se dirigió presto a la búsqueda de aquella nota, y se la arrebató de golpe de la mano. La poca delicadeza que tuvo al hacerse con aquello que le había avergonzado tanto, no pareció caer demasiado bien entre la multitud de mujeres vivarachas.

Acto seguido volvió a su sitio e intentó serenarse, pues él mismo sabía que había actuado con demasiada brusquedad, y es que cuando le sacaban de sus casillas...

—Ejem, ejem —carraspeó Óliver de nuevo firme en la presidencia—. Tras el contratiempo que se ha presentado...

—Si hubieras revisado tus productos antes, Álex Badía —interrumpió la más mayor del grupo, que por la mirada vil que le estaba dedicando, no parecía haberle caído para nada en gracia—, seguro que no se hubiera originado tal desorden. ¿Y quién es ese tal Óliver?

Óliver tragó saliva y apretó sus puños por debajo de la mesa. Eso era lo que en principio le ayudaría a tranquilizarse, en lugar de dirigirse hacia la cara pecosa y entrometida que le acababa de ridiculizar y pisotear como si fuera una babosa inmunda y propinarle un buen revés en sus odiosos morros.

—Como he dicho antes, lo siento mucho —recalcó—. Y Óliver no es más que otro de los comerciales de la empresa. Ahora, si me permiten, iniciaré la explicación de los productos que Séptimo cielo ofrece. —No obstante las caras que rodeaban la mesa ovalada habían cambiado su afabilidad inicial por el desdén que Óliver les había ocasionado tras el tosco comportamiento anterior.

Desplegó los productos y comenzó a sacarlos de sus envoltorios. Empezó por

los más sencillos.

—Aquí tenemos una serie de consoladores. Como pueden ver, hay varias tallas. —Alzó algunos modelos con sus manos para que las del final lo pudieran visualizar mejor.

—¿Y cómo se utilizan? —dijo una.

—Pues es... es muy fácil. Me refiero a que estos no llevan botones, son... manuales. ¿Me explico?

—¿Así que solo hay que introducirlos en la vagina y ya está? —interpeló la misma.

—Sí, bueno, y hay... hay que moverlos un poco —se sonrojó él.

—Y para dar placer anal, ¿también sirven? —preguntó otra.

—A...anal —Óliver se pasó la mano por la cara. Estaba horrorosamente sofocado—. Supongo... que sí.

—¿Y estás seguro de que este entra? Me parece demasiado grueso.

Alguien que tenía un rostro distorsionado ante sus ojos entelados, le alzó un consolador azul.

—Diría que sí, están fabricados con la mejor silicona y no suelen hacer daño. Pero, vayamos con otra cosa. —Cogió lo primero que alcanzó su mano como salida de escape, y levantó el producto. Al instante vio como los entrecejos de las mujeres se fruncieron al mismo tiempo que viraban su cabeza de un lado a otro, como si acabaran de presenciar algo insólito—. Esto es... —y al observar el indescifrable ente por primera vez, ahogó un soplo de espanto en su garganta. Bajó la vista para hallar raudo el nombre del producto—. *Taison X* —sonrió con desahogo un segundo, después se le borró de la cara. «¡Pero qué cojones de nombre es ese!», pensó entretanto se tornaba como un tomate—. Y sirve... sirve...

Al ver que no arrancaba. Una mujer se levantó y dio una explicación.

—Chicas, mi hermana tiene uno igual y asegura que te hace literalmente enloquecer. Se mete toda la extensión de la cadena en la parte trasera y, después se saca poco a poco mientras alcanzas el éxtasis. Yo quiero uno, Álex.

—Sí, yo también —añadió otra.

—Vale, levantad la mano las que queráis uno, por favor —demandó la gerente

—. Cinco en total. Apunta, Álex.

Óliver se sentía como un imbécil a cada minuto que pasaba.

—¿Y esto para qué sirve? Parece un tampón, pero redondo. —La chica de rojo le señaló el objeto esperando que satisficiera su curiosidad.

Óliver lo tomó en su mano, y se dio cuenta de que no había podido controlar su patidifuso rictus al verlo. —«¿Pero qué coño es esto?», meditó con mayor sofoco que con el invento anterior—. Esto se debe introducir en la vagina y luego... extraer con rapidez.

Sus balbuceos eran infinitos.

—¿Qué es? ¿Un método para encontrar el punto G o A?

—No, creo que es más bien para el punto K. Porque el A está más cerca del cérvix. ¿Es así, Álex? —mencionó otra.

—¿Qué? —espetó horrorizado.

—¿Qué si es para estimular el punto de la vagina más cercano al recto o el más alejado? Sabes dónde se encuentran cada uno, ¿no?

Óliver, tras sentir un mareo durante el diluvio de retumbantes preguntas, se desmayó *ipso facto* sobre la mesa.

Al cabo de unos largos minutos...

—¿Estás bien, Álex? ¿Álex? —escuchaba él en la distancia.

Óliver despertó en una posición horizontal y sintió una brisa fresca que iba y venía azotando de modo agradable su rostro. Intentó lentamente darle sentido a las imágenes que oscilaban frente a sus retinas. Y cuando lo consiguió, identificó a varias de las mujeres que había conocido en la reunión. Le estaban dando aire con papeles a modo de abanico.

Se incorporó con lentitud, comprobando que se hallaba sobre la mesa ovalada.

—Gracias, estoy bien. ¿Qué ha pasado? —dijo con desconcierto.

—Te has desmayado. Has estado cinco minutos inconsciente —le informó la mujer de cara pecosa, que apretaba los labios rosados con lamento.

Óliver se puso en pie, obligando con su corpulencia a que la multitud expectante se abriera camino en el angosto espacio, y se dispuso a recoger el maletín.

—Hemos colocado todos los productos en el interior —le dijo la gerente con

tono impostado—, excepto los cinco que nos hemos quedado. El dinero está dentro.

—Gracias.

—Sin embargo debo decirte que, muy a mi pesar del incidente, no hemos quedado nada satisfechas con los servicios que nos has ofrecido. No volveremos a contactar con Séptimo cielo. Lo lamento.

Óliver frunció los labios y asintió.

—Entiendo.

Seguidamente atravesó el umbral y sintió abrazar su ansiada libertad.

Capítulo 13

PARADOJAS Y APETECENCIAS POCO RECOMENDABLES

Los siguientes días transcurrieron, y Óliver, a pesar de haber experimentado una nefasta experiencia con la primera reunión, no faltó a su palabra y acudió a las consecutivas.

Sin embargo, estas no fueron mejores y le hicieron a cada instante desear abandonar. Aún sudaba al revivir una que dio en un dúplex privado ubicado en la Plaza Tetuán (esta había sido contratada para celebrar un cumpleaños), le proporcionó tal devastadora experiencia que deseó evaporarse como el vaporoso humo de una chimenea. Y es que aseguró que también vendía bisutería, sí, así es «bisutería». Ya que al extraer nuevos productos que le habían llegado por correo, confundió como el verdadero ignorante sobre el tema que era, las cadenas anales por simples pulseras, además de los estranguladores de pene por anillos puramente decorativos.

En su persuasión para la venta, alegó que embellecer la imagen propia también era importante para aumentar el deseo de la pareja:

—Aquí tenéis unas pulseras divinas para deslumbrar ante vuestras parejas. Es muy importante adornarse para agradar a tu media naranja. De hecho, las geishas siempre han seducido a los hombres con sus delicadas y bellas muñecas, despertando enseguida el deseo de posesión hacia ellas.

Las mujeres allá presentes, que al principio pensaron que estaba de guasa, se percataron en breve que el enorme convencimiento que él ofrecía en sus

palabras, en realidad evidenciaba una única cosa: que no tenía ni puñetera idea de lo que estaba hablando.

—¡Oye, tío! ¿Nos estás tomando el pelo? Porque si es así te vamos a explicar un par de cosas, sinvergüenza.

Le increparon de tal forma, exponiendo sus derechos como un petulante sindicato de consumidores, que le obligaron a devolverles la totalidad del dinero.

Otra cita en cambio, fue sumamente desconcertante, ya que lo que le ocurrió en plena ilustración, hizo que declara a sus clientes en mitad de la reunión que no tenía ni papa sobre el asunto. Tal cual. Esto sucedió en una reunión de homosexuales, los cuales se vieron ofendidos porque Óliver, que balbuceaba constantemente en sus descripciones por el pavor que le causaba la ignorancia que tenía sobre los productos, se pensaron que se sentía atemorizado al creer que si les explicaba los detalles explícitos, ellos querrían practicarlo con él.

—La caja *Egg Natural...*, tampoco sé en realidad cómo se utiliza. Y es que... no es por nada —comenzó a hablar con cierta hilaridad—, pero es que parece la misma media docena de huevos que suelo comprar en el súper —acabó soltando una risotada nerviosa.

—Tío, pero supongo que será para masajear o algo así la zona erógena, ¿no? —insistió el que le había preguntado por el producto, con la esperanza de no quedarse sin su ansiada explicación.

—¿No tiene vibración? —preguntó otro.

—¿Pero cómo va esto a tener...? No sé... la verdad es que no tengo ni idea. Me sabe mal, pero la mayoría de estos objetos son muy extraños —aclaró Óliver acalorado mientras revisaba de arriba abajo el inusual material ovalado que tenía entre sus manos.

—¿Te estás quedando con nosotros? —cuestionó un hombre de unos cuarenta y pocos que parecía tener un rictus de auténtico metal en su seriedad—. Porque estás muy nervioso. ¿Acaso no pensarás que si nos explicas las funciones, vamos a obligarte a ponerlas a prueba con nosotros?

—¡No...! ¡Para nada! —dijo Óliver totalmente escandalizado por tal ocurrencia—. Te juro que no sé cómo va. Soy un ignorante en este tema, lo confieso.

—Tú te dedicas a esto, ¿a quién coño quieres engañar diciendo que no sabes de qué hablas? —le recriminó—. ¿No serás homófobo?

Él reiteró varias veces en su declaración que, para nada era por eso el nerviosismo que suscitaba, simplemente que no conocía la utilidad de la mayoría de sus productos. Sin embargo, al parecer, los más de doce indignados no le creyeron ni una sola palabra. El pobre Óliver tuvo que huir finalmente hacia la salida, que fue tormentosamente acompañada de hostiles abucheos y también de alguno de sus artículos que sobrevolaron su cabeza. Por lo visto más de uno consideró deliberadamente que ese era un buen castigo para un tipo que no era digno de descifrar las claves del amor.

Así que, entre esas y otras experiencias truncadas, Óliver sentía que no lograba levantar cabeza. No obstante, por si no fuera suficiente la prolongada pesadilla que estaba soportando en sus carnes, la relación entre Julia y él desde la última discusión, se había enfriado de forma altamente angustiosa, o mejor dicho, se encontraba congelada como un cubito de hielo.

Ambos hacían lo posible para no coincidir durante el día en casa, aunque entrada la noche era irremediable. Sin embargo, eso tampoco suponía ningún problema. Óliver ya había bautizado el salón definitivamente como su nuevo dormitorio.

Así que en uno de esos terribles días en el que Óliver tocó fondo, decidió buscar un hombro donde llorar, por muy ilegítimo que fuera su meditado deseo. Cogió de su cartera un pequeño papel donde se hallaba apuntado el número de teléfono de la panadera y camarera sexi, Angélica, y ni corto ni perezoso contactó con ella.

—¿Diga?—respondió ella.

—Hola, ¿Angélica?

—Sí, soy yo ¿Quién eres?

—Soy Óliver... El cliente devorador de croissants.

—¡Sí, eres tú! —expresó alegre—. Qué ilusión que me hayas llamado, hacía días que no pasabas a comprar. ¿Quieres quedar?

—Pues... sí —respondió nervioso.

—¿Esta noche a las once y media en el Sidecar? ¿Lo conoces, no?

—Sí, es el que está dos manzanas más abajo de la panadería, ¿verdad?

—Exacto.

—Bien. Entonces nos vemos esta noche.

—Estoy deseando verte.

—Ah...vale —titubeó—, hasta luego,...nos vemos en ese sitio.

Finalizó la conversación pareciendo un niño asustado invitando por primera vez a una chica al cine.

Óliver había llegado diez minutos antes al pub, aunque antes de irse de casa no había entrado en la habitación donde Julia se hallaba aislada por voluntad propia para comentarle que se marchaba. Hacía días que no se daban ningún tipo de explicación, así que no sería él quien cambiara la dañina situación. Se encontraba sentado en la barra tomándose una cerveza. Se había acicalado con una camisa nueva de color azul marino que solo se había puesto en dos ocasiones y unos vaqueros desgastados, aunque se los había tenido que ajustar con un cinturón porque en los últimos días había adelgazado considerablemente por no probar casi bocado, y además, el hecho de haber salido varias veces a correr por la mañana para intentar aplacar sus nervios desatados, también había contribuido a su pérdida de peso. Si bien la serenidad que andaba buscando, todavía no la había hallado.

El lugar estaba bastante concurrido, además era jueves y la gente joven, o más bien, la que no cumplía con un papel significativo como el de «casado» o «bien cazado», ya había comenzado de forma impaciente a saborear el fin de semana. Respiró hondo sorbiendo por sus fosas nasales la peculiar mezcla de licores agrios y dulces junto al rural toque de madera de pino del ambiente, y entonces, evocó por su distintivo aroma que solo había entrado un par de veces a ese sitio: una con Julia, el día que celebraron un mes viviendo en Barcelona, que precisamente diluviaba a mares y al entrar como sopas cambiaron los antojados cubalibres por café caliente; y otra con Álex, que le invitó a unas cervezas para celebrar su nuevo trabajo como mecánico en el taller donde seguía actualmente.

Las jarras de litro de cerveza espumada y los tubos llenos de líquido brillante y turbio, pasaban de mano a mano, o en su lugar, sobre las bandejas de aluminio que se asemejaban a ovnis en pleno movimiento. Entretanto se escuchaba con

agrado entre el murmullo del gentío, grandes temazos de *rock and roll*, si bien el sonido era apto para mantener conversaciones.

Mientras tanto Óliver se mojaba los labios con la refrescante bebida a la espera de su nueva compañía, se dispuso a deleitar los curiosos retratos en sepia que colgaban sobre los cuantiosos estantes repletos de botellas importadas, no recordaba haberse fijado antes en ellos. Aquellas imágenes que le entretenían, y que estaban iluminadas expresamente para que resaltaran de la opaca luz del entorno, mostraban de forma pintoresca el mismo local moderno donde ahora se encontraba, pero con la diferencia de treinta años atrás. En uno de los cuadros que más le llamó la atención, se exhibía a los dueños de la época frente al pub (aunque el rótulo lucía más modesto y anticuado), montando en una moto antigua con un sidecar anclado. Al verlo, Óliver discernió que esas personas que habían inmortalizado su motorizado pasatiempo junto al legendario lugar, habrían sido sin duda los responsables de bautizarlo en su honor. Y además el hombre que se hallaba montado en la moto, tenía toda la pinta, aunque más joven y con denso pelo todavía en la cabeza, de ser el mismo que se encontraba sirviendo en la barra.

—Por si te lo preguntas, porque veo que me estás comparando continuamente con el de la foto, en efecto, soy yo—. Óliver sonrió y se avergonzó por haber sido pillado.

—Sí, eso creía.

—Pero los años no pasan en balde. Hay que aprovechar la juventud al máximo y darle alegría al cuerpo serrano cuando todavía está *catable* —se contorneó de forma graciosa y Óliver apretó los labios para no liberar una risa que podría ser ofensiva—. ¿Te pongo otra, chico? —le preguntó al ver que había liquidado su rubia.

—Sí, ya que estamos... —respondió conforme.

—Por cierto, me llamo Roque.

—Óliver. —Se estrecharon la mano.

Óliver pensó que aquel espécimen tan saleroso y servicial no tenía desperdicio, y es que desde que se había adentrado en el local ya le había llamado la atención, exhibiendo esa pelona brillante sobre su cabeza que

conjuntada con algo totalmente contradictorio, la barba más larga y recia del mundo. Por no mencionar los tatuajes que descendían por toda su cabeza igual que una enredadera, como si de un verdadero miembro de una banda motera se tratara. Asimismo después de hablar con él había superado sus expectativas, el tal Roque era todo un personaje digno de un papel protagonista en una peli de ficción.

Le sirvió la cerveza en un santiamén, dejando un pequeño reguero de espuma que de forma mágica fue desapareciendo en fulminantes segundos.

—¡*Mamma mía!* —espetó de pronto el extraño tipo agitando su pomposa barba.

Había levantado su mirada hacia las escaleras de la entrada y saltaba a la vista que, entre las veladas luces, había divisado algo con agrado. Ese algo que te deja sin darte cuenta con cara de bobo.

Óliver se giró sobre su taburete para aliviar su curiosidad a la vez que cataba otro refrescante sorbo de cerveza.

Enseguida avistó a Angélica con un imponente vestido negro, más ceñido que la piel de una cobra, asimismo ella también parecía poseer algún tipo de poder hipnótico.

Óliver tragó con rapidez el líquido de su garganta antes de atragantarse por su súbita fascinación, y levantó la mano para que ella, que se encontraba sobre la escalera virando su cabeza de un lado a otro en su búsqueda, lo encontrara. En cuanto lo vio, sonrió.

—¿Esa es tu churri? —le preguntó Roque—. ¡Está que te mueres! Si algún día te cansas... ya sabes, me la pasas. —Óliver lo miró con el rabillo del ojo y lo ignoró.

Al momento se centró en las largas piernas desnudas de Angélica que se aproximaban hacia él como si fueran un regalo de Dios. Aunque era más posible que aquel increíble obsequio prohibido fuera del malévolo y liante Diablo que le observaba desde algún lugar secreto, y con una actitud morbosamente propia de él.

—¡Óliver, has venido!

Se apartó su larga melena y le dio dos sentidos besos en las mejillas

acaloradas, estos un tanto humedecidos y cercanos a las comisuras. El aroma que la joven portaba en su cuello, enseguida envolvió a Óliver de una inesperada fragancia extremadamente sensual y femenina, y con una gota de deseo que embaucaba finalmente al resto del contenido.

—Sí, aquí estoy —asintió medio mareado.

—Pero ¿qué te has hecho? —Lo estudió con deleite—. Estás más guapo que el último día que te vi, que ya es decir... —Él apretó los labios y encogió los hombros dejando que su pregunta se perdiera en el aire—. Estaba segura de que al final no te presentarías.

—¿Por qué no iba hacerlo? Te he llamado yo.

—Ya, pero tú... ya sabes, no eres un hombre libre.

Óliver aprovechó que no le interesaba en absoluto seguir aquel comentario para llamar al camarero, que ahora se encontraba en la otra punta de la barra. Enseguida se acercó.

—¿Qué le pongo a tu churri? —interpeló con una media sonrisa que hizo elevar su escarpada barba de un único lado.

—No, ella no es mi *churri* —corrigió con bochorno.

Angélica sonreía divertida.

—¡Pero como no va ser esta tu churri! —farfulló el hombretón plantándose delante de ella con solo la estrecha barra de por medio—. Con ese par de... —le miró desorbitado el anguloso escote— pedazo de ojos que tiene.

Ella curvó sus sensuales labios mostrándose soberbia al mismo tiempo que se apartaba el lacio pelo detrás de los hombros, como si estuviera más que acostumbrada a ser la única receptora de los cumplidos aledaños.

—Gracias. Aunque, bueno, yo siempre digo que nunca es tarde si la dicha es buena —añadió ella mirando con picardía los ojos de cordero de Óliver.

—¡Uouh...! Esta chica va en serio, ten cuidado —murmulló histrión el latoso camarero al oído de Óliver.

Óliver decidió acabar con aquello que le estaba turbando más de la cuenta, y pensó en darle una tarea rápida para que se alejara.

—¿Qué quieres, una cerveza? —averiguó.

—No. Yo prefiero... un vodka con limón.

—Lo que yo te he dicho, chico, esta hoy no deja títere con cabeza —le insistió de nuevo, provocando que Óliver ya mostrara sin corte alguno su ceñudo parecer, si bien el hombre medio melenudo fue listo y se alejó a tiempo para que el ambiente no se cargara en exceso.

—¿Sabes, Óliver? —Angélica le cogió la mano e hizo que un escalofrío recorriera de forma inopinada su cuerpo—. Desde la primera vez que te vi entrar a la panadería, hace ya un año si no me equivoco, me llamaste mucho la atención. —Ella acercó sus rodillas flexionadas a la abierta postura de Óliver, y se mordió el labio—. Pero al mostrarte tan serio y moderado conmigo cuando venías a comprar, además de exhibirte repetidas veces por delante de la tienda con tu... novia.

—Julia es mi mujer —le aclaró.

—Bueno, mujer, la etiqueta que tú prefieras ponerle. Pero los dos sabemos que eso no es lo que cuenta —pronunció astuta. Óliver agachó la mirada para no continuar con la disputa—... Pues lo que te estaba diciendo, pensé que no lograría llamar nunca tu atención. Pero ayer cuando me llamaste, utilizando el teléfono que te había escrito en el bar, me puse muy contenta. Porque discerní que actuaste pensando en mí; aquel día, antes de que se borrarán aquellos números, deseaste guardarlos para contactar en algún momento conmigo. Desde entonces, pienso que todo es posible. —Le acarició la mano y se la llevó al prominente pecho con descaro—. Mira como me late el corazón.

Óliver se enrojeció al instante y se acaloró. Seguidamente le apartó la mano con cuidado y se la acomodó encima de su falda.

—Ya...ya veo —titubeó.

—Aquí está, el lanzallamas para mi chica guerrera —manifestó de golpe el tormentoso Roque dejando sobre el tablero la bebida.

—Muchas gracias —respondió ella.

A continuación, cogió el tubo lleno que tintineaba por el hielo y se lo llevó a la boca. Ingirió buena parte del líquido de un solo trago.

—¡Vaya! —masculló Óliver sorprendido—. Veo que te ha gustado.

—No está mal —respondió. Se inclinó hacia él rozando notoriamente su entrepierna cuando le susurró—: pero te sorprendería lo que hago con lo que me

gusta de verdad.

Óliver la miró como si empezara a sucumbir a ella, a su voz, a sus infalibles gestos de diosa. No obstante, solo él sabía que en realidad se sentía como un niño perdido, intentando encontrar un camino que le ofreciera un confort momentáneo.

Durante la hora siguiente, el peligroso juego del ratón y el gato se desató continuamente entre ellos. Por lo visto, los vigorosos elixires les habían dotado a ambos de mayor dominio en alguna de sus aptitudes; a Óliver, de algo que antes apenas atesoraba, el atrevimiento. Y a Angélica, le aumentó de forma ilimitada y poco conveniente su ya natural desenfreno.

—Ahora vengo, voy un momento al servicio —instó Óliver a Angélica.

—Está bien, pero no me dejes sola mucho tiempo, con la que llevo, podría acabar bailando medio desnuda sobre la barra.

—No creo que a la mayoría de los aquí presentes les importara, todo lo contrario —le susurró. Después le sonrió y se encaminó a cumplir con la llamada de la naturaleza.

Óliver entró en el lavabo canturreando *Satisfaction*, de los *Rolling Stongs*, que estaba sonando en aquel momento; y, sin preocuparse de echar el pestillo, se dispuso a hacer pis en el váter sin perder la letra y un ligero movimiento de caderas. Y cuando ya se estaba subiendo la cremallera del pantalón, escuchó como el huracanado sonido de la música acababa de entrar por la puerta.

—¡Ocupado! —masculló él sin mirar.

Pero el sonido de un cerrojo de metal sonó a su espalda, dejando nuevamente el eco vacío del baño, aunque esta vez, con dos respiraciones en su interior.

Al girarse se quedó a cuadros. Angélica estaba dentro y venía con una temible expresión de un lobo en mitad de su cacería nocturna.

—Angélica, ¿qué estás haciendo? —dijo Óliver tragando saliva.

Ella se acercó a él sigilosa y arrebatadora, agarró su torso y lo empujó despacio hacia la pared aplastando su pronunciado pecho contra su camisa.

—Lo que deseo hacer —declaró seductora a dos centímetros de su boca—. ¿O acaso pensabas que iba a perder esta oportunidad? Desde que me llamaste ayer, tenía claro lo que iba hacer contigo —le manifestó, clavando sus pupilas de gata

parda en las suyas intimidadas.

Óliver se ruborizó de inmediato, y sintió una desatada quemazón en sus partes más veneradas. El hálito de aquella jaca era cálido y placentero. Se sentía altamente coaccionado por aquella persuasiva mujer que, para nada tenía la reducida iniciativa natural de su lozana edad.

Sin embargo la línea roja era muy fina. Lo único que sería capaz de salvar a Óliver de ser una presa más de la salvaje jungla, sería su sensatez y, por supuesto, su lealtad hacia Julia. Si bien su mala decisión había sido de alguna forma premeditada, pero todavía estaba a tiempo de no cruzar la línea. No obstante, el desmedido alcohol de la noche, la falta de sexo a largo plazo, o, simplemente, la penitencia que estaba pagando últimamente en su inestable vida, desmoralizaron por completo a su sano y cuerdo comportamiento, y se dejó llevar como si vagara por las corrientes de un fuerte torrente por los seductores y aniquiladores labios de la mordaz Angélica.

A continuación ella, al verse gratamente correspondida en su beso, lo abrazó con vigor, y llenó su boca con su mojada y famélica lengua, creando insostenibles y crecientes jadeos que rebotaban en el angosto y privado lugar. Óliver, entre los tortuosos besos sintió el aflojar de su musculatura y un estallido ardoroso en su interior. Había ansiado tanto sentir ese gozo. Ella buscó su mano, y cuando la encontró, se la colocó con rotundidad en su muslo, y la acompañó al comprometido ascenso que habitaba bajo la fina tela de su apretado vestido. Al instante, Óliver sintió el crecimiento de su miembro y apretó aquella ajena carne con fervor, como si ahora la presa hubiera cambiado y ya no fuera él, sino ella.

No obstante tras la pequeña muestra de posesión, su mano no se detuvo.

—Mmm... —gimió al notar la calidez de sus bragas bajo sus dedos.

Ya no podía estar más caliente, y solo se le pasaba una cosa por la cabeza: metérsela profundamente.

Pero Angélica, medio exhausta, separó un segundo los empapados labios de los de Óliver para susurrarle algo. Hasta ese momento, todavía no había dejado de besarle ni una sola vez.

—Óliver no puedo parar... de saborearte —le murmuró ahogada entre su exaltada respiración—. Eres... como el caramelo más dulce que existe. —*Ipsa*

facto, Óliver abrió los ojos de par en par como si algo grave hubiera ocurrido, como si hubiera vuelto en sí, y la apartó de él.

Sus recientes palabras le habían recordado de forma entrañable y dolorosa lo que Julia siempre le decía con suma ternura: «Eres mi caramelito más dulce».

Acto seguido se irguió, se remitió la camisa salida entre sus pantalones y se secó la esparcida saliva de su rostro.

—¿Qué estás haciendo, Óliver? —le preguntó ella anonadada y totalmente hostigada por su cortada de rollo.

—Lo siento. Nunca tuve que dar pie a esto, ha sido un error.

Se fue hasta la puerta y la abrió, pero Angélica le obligó a que se detuviera agarrándole del hombro.

—¿Qué coño estás diciendo? Ella no te quiere, ¿sabes? —dijo con rabia, como si fuera una niña que se había quedado sin peluche. Él se volvió para mirarla a la cara—. La he escuchado en el bar y dice que te quiere dejar —aseguró lacerante, entretanto se bajaba la escasa tela de la falda con una mano.

Óliver apretó una de sus comisuras al escuchar su declaración.

—Ella es así, guerrera.

Palmeó el marco de la puerta dos veces a modo de despedida y se marchó.

Capítulo 14

ACCIDENTES QUE... ¿OCURREN?

Julia había salido de casa a la hora de siempre para acudir puntual al trabajo, aunque esta vez lo había hecho de puntillas llevando en la mano sus tacones de aguja. No había querido despertar a Óliver en su paso por el salón, puesto que la noche anterior se había percatado de su huida, y eso no le había dejado pegar ojo. Estaba convencida de que le estaba poniendo los cuernos. Había amanecido con los ojos rojos e hinchados por el disgusto y, desde luego, no quería darle el gusto al muy cabrito de verla hundida.

Cuando llegó al coche, se perfeccionó el maquillaje a la luz del día, su semblante entristecido aún seguía dando pena. Sacó el máximo partido a su repleto neceser de pinturas, en esencia al corrector de ojeras, y añadiendo su habitual destreza para afinar su belleza, finalmente consiguió lucir su cara de seda como nueva.

Pasó la mañana volcada en el trabajo, introduciendo como una loca las cuantiosas entradas de la última semana en su base de datos, arreglando el *tetris* que tenía Pol por agenda, con inesperadas citas, y mostrando fotos de diversas casas de alto *standing* a un matrimonio adinerado que se encontraba casualmente por la zona y había decidido preguntar por si había algo de su agrado. Hizo todo en cuanto estuvo en su mano para alejar de su cabeza las terribles y alevosas imágenes que, desde la ausencia de Óliver durante la noche, le habían estado atormentando. Incluso había notado la locura renacer de sus entrañas, llevándole a comprender por un momento el porqué de los crímenes pasionales. Quería

matarlo.

—Vamos, Julia, es la hora —le dijo Cris ya levantada. Se notaba que estaba ansiosa por salir—. Menos mal que ya se han ido Cleopatra y Marco Antonio, todo lo que él decía, la otra le respondía: *Sí, amor, tienes toda la razón...*; y luego a la inversa: *Sí, cariño mío, tienes un gusto exquisito...* —comentó teatral—. Grr... ¡Qué asco me daban esos dos!

Julia no pareció prestarle demasiada atención, y eso que su amiga había contribuido con su pésima pero cómica imitación a que todo el que estuviera ahí le dedicara al menos una mirada.

—Un momento, ahora voy —musitó Julia impasible, todavía con las yemas tecleando.

—Vámonos ya, que tengo unas ganas de fumarme un piti... —le insistió su amiga mientras buscaba su vicio en el interior del bolso. Si bien ya se había percatado de su extraño comportamiento.

—Venga, no tardes, Julia —le instó recia Franchesca, que salió un momento de su despacho para llenarse un vaso en el dispensador de agua—. Pol pasará a buscarte de aquí a veinticinco minutos. Vais a ver una casa en... Sarrià, creo.

Julia enseguida dejó todo lo que estaba haciendo, cogió el monedero de su bolso para verificar que llevaba suficiente dinero y no tenía que pasar antes por el cajero de al lado, y se encaminó junto a su amiga. No era buena idea exasperar a la jefa.

Al entrar en el bar, después de esperar unos minutos en la entrada para que Cris se acabara de fumar el cigarro, se sentaron en la primera mesa vacía que vieron.

—Espero que la mosquita muerta no tarde en traernos el café. Esta con tal de fastidiar... —le bisbiseó Cris a Julia, y después, regresó a su tono habitual—. Pues eso, lo que te iba diciendo, que siempre se ha dicho que la suegra es una pesadilla, pero yo digo que eso es un bulo, la mía es un auténtico amor —sonrió Cris desprendiendo una vaporosa felicidad en su aura—. Y es que desde que se mudó la semana pasada a nuestro barrio, los niños solo quieren ir a verla después del cole, y yo, ya ves, encantada de la vida. Hacía tanto tiempo que no disponía de un rato para mí. Además, ayer insistieron tanto en quedarse a dormir en su

casa, que al final se quedaron. Y... ¿a que no adivinas qué hicimos Paco y yo durante toda la noche sin los peques? Bueno, en verdad fue hasta las doce, pero eso para nosotros cuenta como si hubiera sido la noche entera.

—¿Sexo? —obvió Julia.

—¡Sííí! —espetó Cris con suma alegría—. Aunque no estuvimos haciéndolo hasta medianoche, sino que con el vino, la cena y el sexo, la cosa se alargó hasta las doce. ¡Ni que mi Paco fuera Rocco Siffredi...!

—¿Quién? —indagó Julia con cara de topo.

—Sí, hombre, Rocco Siffredi, el famoso actor porno italiano que asegura que lleva el diablo entre sus piernas, aquel que... —La cara de Julia de importarle tres pimientos hizo que Cris dejara de esforzarse en su explicación: —. Da igual. El caso es que por primera vez en años no fornicamos como unas estatuas bajo las sábanas, acechando con pavor al pomo de la puerta, lo hicimos con luz y sobre el edredón, y jadeando como la gente joven y pasional que disfruta del sexo libre y sucio. Aunque sí que es verdad que me hubiera gustado probar algo diferente... No sé, otra postura, quizá. La del misionero ya es un poco cansina.

Julia miraba por el cristal abstraída en el movimiento exterior de la calle, o al menos, era evidente que su mente estaba inmersa en otra cosa que no era lo que la facunda Cris le estaba explicando.

—¿Me estás escuchando?

—¿Qué? —desvió su semblante para mirar a su amiga—. Oh, sí,...claro. Que ayer mojaste —farfulló quitándole importancia.

Cris cruzó los brazos sobre la mesa, apartó su molesta expresión de la cara de Julia y suspiró profundamente.

—Oye, perdóname, Cris, no quería ser insensible. —Extendió su mano por la mesa y le tiró con suavidad de la manga de su fina camisa—. Me alegro de que tú y Paco os llevéis bien. —Apretó sus gruesos labios volviéndolos un fino alambre.

—Vale, no pasa nada. ¿Pero me puedes decir qué te ocurre? Te he visto en la oficina, y tu retraído comportamiento, junto al exagerado maquillaje que te has puesto hoy, esconde todo menos la verdad.

Julia creyó que hablar con su amiga le aliviaría, normalmente lo hacía.

—Que... —Cris acercó su cara impaciente esperando a que escupiera el motivo que la tenía tan rara. Sí que sabía que no estaba bien con Óliver, pero últimamente parecía estar totalmente sumergida en un lúgubre universo... Pues que Óliver y yo llevamos muchos días sin hablarnos, pero no como antes, ahora ni siquiera nos saludamos, y no solo eso, intentamos no coincidir en casa hasta la noche, que es irremediable. Por supuesto, él sigue durmiendo en el sofá. —Cris buscó su mano y se la cogió como modo de apoyo.

—Ay, Julia, sé que lo estás pasando mal... quizá ya ha llegado la hora de que os sentéis y pongáis fin a todo esto —musitó con pesar.

Julia miraba a la nada con un rostro afligido.

—Pero es que lo que colmó el vaso fue ayer, cuando se marchó de casa por la noche sin decir nada, y regresó a las tantas de la madrugada. —Clavó sus hirientes ojos azules en los de su amiga, castaños y sorprendidos.

De repente un café humeante se vertió sobre el regazo de Julia, haciendo que ella y Cris bramaran del susto y se pusieran en pie de un respingo.

—¡Ay...!

La cara de pavor se asomó en ambos rostros.

Por lo visto la bebida se había derramado de la deslizante bandeja de la camarera... Angélica.

Cris acudió enseguida a observar si su amiga se había quemado.

—¿Julia, estás bien? —Le levantó el fino jersey y la observó con detenimiento.

—Sí... —pronunció aún en shock mientras también escudriñaba su cuerpo—. Creo que, el bolso me ha salvado de quemarme, lo tenía sobre mi regazo.

En efecto, el bolso Louis Vuitton de imitación había impedido que el líquido de alta temperatura se fundiera en la fina ropa y piel de Julia.

—Aquí en la muñeca te ha salpicado un poco —acarició una rojez con su pulgar—, pero no es nada, se te curará pronto —le aseguró.

Y tras finalizar el importante y raudo examen que hizo Cris a su amiga, se volvió *ipso facto* en busca de la responsable del incidente.

—¿Pero a ti que te pasa, gilipollas? ¿Te das cuenta de que podrías haberla quemado? —masculló hostil y con suma ofuscación.

—Lo siento, se me ha resbalado de la bandeja. Es muy deslizante —contestó la despechada Angélica sin un ápice de arrepentimiento en su voz. Se mostraba plantada ante ellas como una diva.

Julia avanzó hasta llegar a ella, apropiándose del primer puesto que ocupaba su amiga.

—Mira, guapa —pronunció Julia con voz impostada y clavando sus enormes y brillantes retinas en las otras alevosas—. Sé que estás coladita por mi marido hace tiempo. Pero si él a estas alturas todavía no ha sucumbido a tu veneno de arpía, es que no te desea, y tampoco quiere tener nada que ver contigo —concluyó.

Tras el acertado y humillante comentario, la cólera de Angélica aumentó todavía más, haciendo que sus pupilas vidriosas y llenas de ira temblaran mientras contenían un lloro de amargura ante su rival. Sin embargo, sintió momentáneamente la necesidad de escapar. Pero antes, lanzó la bandeja de aluminio al suelo creando un estruendoso ruido en el sofocado ambiente, y huyó de inmediato del bar, sin atender siquiera los reclamos de su jefe, el cual desgañitaba desde el interior de la barra su nombre sin cesar:

—¡Angélica...! ¡Angélica, vuelve aquí ahora mismo!

—Ven, cariño —le dijo Cris con mimo a Julia mientras se abrazaba a su antebrazo para avanzar juntas—. En mi coche tengo algo de ropa, te la prestaré. ¿Quieres que te lleve al médico?

—No, que va, estoy bien.

Pero antes de salir del bar, el dueño suplicó disculpas como un cosaco, ya que Cris le había asegurado que aún estaban pensando en denunciarle por tener a su servicio un personal tan inepto y peligroso. No obstante, cuando el pobre ya no podía con el sofoco, Julia le hizo una seña a Cris para que lo dejara correr, al fin y al cabo, la amenaza ya se había marchado.

Capítulo 15

UNA VISITA CHINCHE

Óliver había pasado el día haciendo varias cosas en soledad, aunque desde la salida nocturna de la noche anterior, que le había dejado claro que todavía estaba colgado de Julia, solo tenía ganas de verla. Si bien entretanto intentó ser productivo: salió a hacer *running*, puso una lavadora, pasó la aspiradora, e incluso sacó a pasear a Supermán, todo eso y más. Al mediodía meditó por un instante que aunque hacía días que ella no se presentaba a la hora de comer, quizá hoy con suerte sí lo haría, así que preparó espagueti a la carbonara, como a ella le gustaba. Después de tres cuartos de hora de espera, finalmente lo guardó todo en un *tupper* dentro del frigorífico. Julia hoy tampoco se había presentado. Si bien Óliver ya intuía que sería lo más probable que ocurriera, pero igualmente se había resistido a mandarle un wasap para preguntárselo (aunque habría sido mucho más práctico) porque hubiera resultado hasta raro hacerlo. Tal y como estaban las cosas...

No obstante Óliver no decayó, y es que cada vez le quedaba más claro que los inicios nunca eran fáciles, así que decidió buscar otro quehacer. Se puso a ojear por internet las ofertas de empleo como capataz, pero, un impulso, el cual debería haber tenido hace mucho tiempo, le hizo indagar sobre los juguetes eróticos:

«Septimocielo.com (visualizó la página web de su empresa, bueno, la de Álex). *La mayor tienda virtual donde encontrarás todo aquello que necesitas para gozar con tu pareja, o... tú solit@. Juguetes: vibradores, bolas chinas,*

para ellos, sexo anal, BDSM- Fetish... —arqueaba las cejas a medida que iba leyendo—. *Estrangulador de pene*, —ahí acercó la vista de golpe, se posó la mano sobre sus partes y fingió una mueca de dolor—, *conoce más sobre el placer masculino. No hay dolor. Erecciones más potentes.* —«Ah», musitó con más sosiego tras las aclaraciones.

Repentinamente llamaron al timbre de la puerta, el cual le hizo pegar un respingo.

—¡Me cago en la leche! ¡Qué susto! —dijo con la mano en el pecho.

Se levantó del sofá dejando el portátil sobre él y se condujo a la puerta. Miró por la mirilla pero no vio con claridad, solo había una enorme cabeza grisácea moviéndose y tapando la visión. Abrió.

—¡Dani! ¡Qué sorpresa! —espetó sorprendido.

Le dio enseguida un abrazo y un beso en la mejilla.

Era su hermano mayor.

—Qué delgado te veo, Oli. ¿No comes o qué?

—¿Qué haces aquí? Te hacía en Madrid. Pasa, anda —le animó.

Recorrieron el pasillo hasta el salón, y Dani se quitó la cazadora marrón y la acomodó en el respaldo de una de las sillas.

—He venido a hacer un curso de TIC^[3], el sitio está cerca de aquí. Ya sabes, la tecnología no perdona, renovar o morir, hermano. Que, por cierto, empieza en una hora. —Miró el reloj plateado de su muñeca—. Aún queda. Cuando acabe me tendré que ir directo a por el tren de vuelta. La empresa no me deja ni un respiro —alzó las órbitas—. Solo he pasado a saludarte. ¿Cómo te va todo?

Dani era informático, y vivía en Madrid con su mujer Alba y su hijo de dos años, el pequeño Manu.

—Oh...pues bien. —Se rascó la nuca—. Te traeré algo de beber. Ponte cómodo, ahora vengo.

Dani se sentó en el sofá. Primero probó la comodidad de la largura del *chaise long* estirando sus piernas, ¡hmm!, suspiró al sentir la relajación en su cuerpo cansado. Pero luego volvió a sentarse más apropiadamente, aunque por él se hubiera quedado en la anterior posición, que le hacía sentirse como en casa. Enseguida Supermán se le subió a las rodillas para que le ofreciera unos cuantos

mimos.

—¿Qué pasa, el perro tampoco come? —vociferó a Óliver que se encontraba en la cocina—. Cada vez que lo veo está más pequeño. Ahora parece definitivamente una rata. —Óliver apretó la comisura en respuesta al sarcasmo de su hermano.

—Bueno, siempre lo ha sido. Este solo se alimenta de los besos de Julia, es un mamoncete —le voceó mientras cogía un par de latas de cerveza de la nevera—. ¿Y nuestros padres, como están?

—Bien, aunque mayores, ya sabes, no hay quien los saque de casa.

Dani, después de acariciar las orejas de Supermán, bajó sus patas al suelo y apoyó la espalda en el sofá para volver a sentirse cómodo y relajado. A continuación, y de forma accidental cuando agachaba la mirada en su aflojamiento, vio la comprometida página que su hermano tenía abierta en la pantalla del ordenador. Se acercó para leer con claridad.

Óliver entró al salón y detuvo su paso, al igual que su risueña sonrisa. No se había acordado de que había dejado puesto... eso.

Dani se irguió en su asiento y sonrió a su hermano menor que se encontraba impertérrito con la bebida colgada de sus dedos sin saber que decir.

—Pues te iba a preguntar cómo te iba con Julia, pero... —se tronchó de golpe sin poder contenerse—. Veo que... lo lleváis bastante bien —dijo intentando reponerse. Pero la cara encarnada de Óliver le hizo volver a emprender fuertes carcajadas—... Ja, ja...

Óliver se mantuvo paciente esperando a que su odioso hermano se moderara.

—¿Y bien, has acabado? —Dani sostuvo con los nudillos de la mano su hilarante sonrisa e intentó ponerse serio.

—Sí..., creo que sí. Lo intento.

Óliver le ofreció una lata de cerveza mientras dejaba la otra encima de la mesita, después cogió el portátil del sofá y lo cerró de inmediato, olvidándolo sobre el tablero. Respiró hondo, se sentó y abrió la bebida.

—¡Salud! —dedicó a su hermano alzándola, y él también levantó la lata como respuesta. Ambos dieron un buen sorbo—. ¿Y qué, como se encuentran mi cuñada y mi querido sobrinito? —le preguntó.

—Bien —afirmó apretando los finos labios y asintiendo convincente. Después se quedó inmerso durante un instante—. ¿Pero una cosa, de verdad te la estrangulas? —le soltó con el ceño fruncido y una desalentadora mueca de dolor.

—¡No! —espetó rotundo.

—¿Te lo hace ella, entonces?

—¡Por supuesto que no! Para ya, tío —farfulló abochornado—, pensaba que habías pasado a ver cómo me iba todo.

—Y es lo que he hecho. Ahora, sé que todo te va... muy bien. —Y de nuevo comenzó a desternillarse.

Óliver se levantó del sofá hastiado de su mofa.

—Venga, hermano —le cogió del brazo apresurándolo a que se levantara—, vas a llegar tarde a tu TIC. Ha sido un gran reencuentro, sin duda, como todos los que tenemos. —Dani apretaba sus comisuras a la vez que se ponía en pie con pereza.

—Vale, vale... ya me voy.

Dani le rodeó la espalda con su largo brazo y Óliver le encaminó hacia la puerta de salida. Aunque antes de abandonar el espacio, Dani alargó el brazo para alcanzar su chaqueta.

—Me alegra haberte visto, y dale recuerdos a Alba y un beso enorme a Manu, de su tío, que le quiere.

—Se los daré a los dos de tu parte. —Se dieron un abrazo sonoro y Dani le miró a los ojos, por fin parecía estar sosegado—. Y que sepas, hermano, que siempre he envidiado tu osadía y tus santos cojones... —Desvió la mirada un instante y se rascó la barbilla—. Porque aún los tienes, ¿no?

—¡Serás...! —Le empujó hacia fuera—. Vete ya, antes de que aterrice mi osado puño en tu boca —dijo hilarante—. Adiós.

—Nos vemos, Óliver —le guiñó un ojo con cariño y desapareció del rellano bajando las escaleras.

Capítulo 16

CRUZANDO LA LINEA ROJA

Óliver ya había salido de casa tras haber completado su dedicada metamorfosis; ahora era un radiante comercial y no un hombre desaliñado cualquiera. Tenía una reunión en la calle Aragón a las seis de la tarde. Sin embargo, después de las anteriores, que habían sido un tremendo fiasco, a cual peor, había decidido que aquella sería la última. Además, quería comprobar si lo suyo con Julia tenía arreglo, y con ese sinvivir no conseguía centrar la cabeza para poder implicarse de lleno. Por eso pensó que debía decírselo cuanto antes a Álex. Así que probó en llamarlo, y sorprendentemente, le cogió el teléfono:

—¿Sí?

—¿Álex? ¡No puedo creer que me estés contestando! —dijo Óliver con cierto entusiasmo.

—Sí, tío. Me has pillado en un buen momento.

—Mejor, porque tengo muchas cosas que decirte —manifestó en un tono serio.

—Vale. Pero... por favor, piensa en todos nuestros años de amistad.

—Sí, pero esto no se hace —le recriminó—. Tendrías que haber sido claro desde el principio. Y además, te has estado escondiendo para no contestarme directamente al teléfono.

—Bueno... puede. Quizá un poco, y lo siento. Pero ambos sabemos que las palabras que me habrías dedicado no hubieran sido agradables. Entiéndelo, tenía un buen marrón. Y lo sigo teniendo —recalcó.

—Y de verdad que me sabe muy mal todo lo que te ha pasado con el derrumbe de la casa nueva y todo eso, pero... yo no voy a poder ayudarte más. Hago la siguiente y lo dejo.

—¿Qué? No, no, no, espera... Escúchame Óliver —le suplicó—. El otro día, Romina, mi jefa de Séptimo cielo, aunque ahora es la tuya, me escribió para pedirme explicaciones. Dijo que algunos clientes se habían quejado de mis reuniones. Yo, en vez de preocuparme, le dije con toda seguridad que había tenido que haber algún malentendido y que no volvería a suceder. Porque sabía que tú, mi mejor amigo, no me fallarías y hallarías la forma de sacarme de esta. Tú, Óliver, eres el hombre más listo y espabilado que he conocido en mi vida, alguien que lucha siempre por los suyos, y estoy seguro de que sabrás cómo salirte de esta. Confío plenamente en ti.

—No, Álex, no. No puedes hacerme esto —musitó con congoja—. ¿Pero tú sabes lo que me estás pidiendo? Es que yo no tengo ni puñetera idea sobre este tema, y... Además, últimamente las cosas no van bien por aquí.

—Oli..Oliv...

—¿Álex?

—No... escucho... Se corta... nos... pronto. —La conexión finalmente se detuvo.

—¡La madre que te parió! —acabó voceando Óliver al aparato.

Se subió al coche e intentó mitigar su mala leche poniendo la radio antes de llegar al lugar de la reunión. Si bien no lo consiguió del todo porque no sintonizaba bien, hasta había probado con el canal de música clásica que nunca fallaba, pero no, ni con esas pudo desconectar y el cabreo fue mermando irremediablemente en su cabeza.

Cuando aparcó, recibió un mensaje al móvil: «Yo nunca me rindo, y menos ante unos labios tan dulces como los tuyos. Te quiero entero», ponía. Era Angélica.

—Joder..., la que me faltaba —murmulló pasándose la mano por la cara.

Bajó del coche con el único deseo de acabar con lo próximo que le angustiaba: la reunión. Y se dirigió a la puerta de la casa privada intentando recordar, mientras se mordía con angustia las uñas, para qué servía el *Taison X* de las

narices.

—Julia, ¿de verdad que estás bien? —le preguntaba Pol preocupado, entretanto cerraba el colosal portón de la exquisita mansión a la que acababan de entrar—. Después de lo que te ha pasado, sería mejor que te llevara a un médico a que te examinara. Cris ha dicho que el café estaba hirviendo.

—No te preocupes, solo me ha salpicado una gota, todo lo demás ha ido a parar al bolso... Aunque, me encantaba ese bolso —dijo con pesar—. Era una perfecta imitación de Louis Vuitton.

Pol se acercó a ella, y levantó su mano para escudriñarla.

—Ya veo la salpicadura —dijo fijando la vista en la muñeca. Aproximó sus labios y le besó en la misma—. Ahora se te curará enseguida.

Julia se ruborizó de inmediato, no sabía qué hacer ante tal descaro, y es que cada vez iba a más. Deslizó la mano por su cerrada garra hasta liberarse y luego reinició unos pasos por la entrada del comedor. Era un lujoso ambiente que estaba decorado para recibir a la mismísima familia real; resaltaba la impresionante mesa de madera de estilo europeo antiguo tallada a mano, que portaba elegantísimos candelabros plateados en su largura de, por lo menos, cinco metros; también los cuatro cuadros de arte disipados por las paredes pertenecientes con certeza a idolatrados artistas, uno de ellos Van Gogh, sin duda. Y lo que le daba el toque más imperial de todos eran aquellas columnas embellecidas de marfil que actuaban junto a la plata, luciendo esta última como la fauna luminosa del paisaje.

—¡Me encanta este sitio! La luminosidad, la increíble decoración, el equilibrio que hay entre los matices... Todo hace que el comedor sea evocador —dijo para cambiar de tercio.

—Sí, sí que lo es, y ahora todavía más —opinó Pol desde la puerta mientras la observaba cautivado.

Ella sabía perfectamente a lo que se refería, pero intentó hacer como si nada.

—Creo que sería ideal para el matrimonio Aguilar —valoró.

—¿Sabes qué? —Anduvo hasta ella.

—Dime, ¿se te ha ocurrido otra pareja?

—No, no es eso. He estado hablando con Franchesca, parece que quiere adelantar su jubilación y... puede que lleguemos a un acuerdo y nos hagamos socios.

—¿Cómo? ¡Eso es maravilloso!

Ella le abrazó con entusiasmo. Cuando volvieron a encontrarse de frente, él la miró penetrante sin dejar de agarrar su cintura, y Julia se quedó atrapada en su verdemar.

—Si llegara a ser socio, lo primero que necesitaría sería a una gerente para Fincas Salvat. ¿Qué te parecería si tú... —le acarició el contorno de su rostro con el índice—... fueras mi elección?

—¿En...en serio? —musitó titubeante—. ¿Me pondrías a mí de gerente?

—Así es. Incluso había pensado que, podríamos ofrecer un servicio profesional para nuestros clientes sobre la decoración de interiores de sus nuevas residencias. Y por supuesto, tú serías quien lo administraras.

—¿De verdad harías eso?

—Bueno, solo si... me permitieras ver brillar más de cerca esos preciosos ojos azules que tienes. —Él se acercó cauteloso a sus labios, aunque esta vez lo hizo de forma infalible.

Julia sabía que Pol, el reputado e inigualable vendedor de casas de alta gama, no estaba resultando ser muy profesional en ese lapso, sin embargo, ella se mantenía impertérrita contemplando su vibrante presente, y es que se sentía plenamente sofocada. Si bien estaba anhelante por fundirse en la deliciosa carne de ese espléndido espécimen que le había rondado últimamente. Era demasiado difícil no sucumbir a su llamada y mantenerse fiel ante el matrimonio. Y en su rauda reflexión, cuando los sensuales labios todavía permanecían distantes, recordó de pronto la horrible noche que había pasado imaginando lo que Óliver le estaría haciendo a sus espaldas. En un segundo adelantó el escaso recorrido que faltaba, y alcanzó con sus sedientos labios los melosos de Pol, sintiendo en su interior una gloriosa explosión de regocijo.

Él la estrechó con fuerza, correspondiendo de esa forma su idéntico anhelo. En el ansioso recibimiento, la humedad de ambas lenguas comenzó a disiparse por los meridianos de sus caras, sus orejas y sus barbillas, puesto que desde el principio ese consolador beso, se había convertido en un gesto ferviente y descontrolado de pasión. Sin duda era fruto del deseo contenido de hacía tantos días. Rozarse entre ellos, parecía ser algo muy peligroso, su libido era tan exasperante que podrían perecer por producirse una desorbitada tensión en sus cuerpos. Sin embargo, ellos no parecían temerle en absoluto.

¡Hmm! ¡Mn...! Los resuellos no cesaban, su gozo se pronunciaba entre sus bocas con increíble insolencia. Y con tan solo dos pasos hacia delante, Pol acorraló el cuerpo de Julia hasta el borde de la mesa tallada de madera, aunque no se atrevió a separar sus sonrojados y alterados labios de su exquisita tez, que le sabía a una dulce guinda de pastel, ni tampoco desprendió su cuerpo de las curvas de Julia. La cogió por un instante de las nalgas y la subió de forma impetuosa al lujoso y frío tablero, creando un incipiente y desgarrador jadeo de su boca. ¡Ah!

—He esperado tanto... este momento —le susurró él en el lóbulo de la oreja con el jadeo contenido entre los dientes.

Julia se mordió el labio de deseo y le quitó la americana, deslizándola con rapidez entre sus brazos. Después le sacó la suave camisa del pantalón de modo impaciente, e irrumpió en cuanto pudo con sus manos el extraordinario tacto de su musculoso torso, que era el de un dios. Se deleitó tanto con ese acto que sus resuellos resonaron sin querer de sus labios. ¡Hm...!

Pero Pol no quiso quedarse el último, y mientras su conquista lo acariciaba placenteramente, enseguida quiso catar también él de su cáliz. Coló por debajo de la delicada blusa de Julia sus nervudas manos y comenzó a explorar sin más demora los espacios más recónditos e íntimos de su cuerpo: su mano agarró un pecho al completo. «¡Mmm...!», voceó Julia. Ella se dejaba acariciar con fervor y sentía gratamente como la nervuda e hiriente mano de su seductor deshacía su piel como si fuera candente cera, asimismo experimentaba la excitante sensación que le provocaba la sobresaliente voluptuosidad de su miembro entre la fina tela de su ropa: la tenía más dura que el hierro. Hacía tanto tiempo que nadie la

acariciaba así, que nadie la deseaba de esa forma tan impetuosa... Durante un instante, sus ojos entrecerrados de gozo se reencontraron con los de Pol, que la miraban acechantes y codiciosos. Sintió vergüenza y contuvo su excitación un instante.

—¿Podrías bajar un poco esa persiana de allá, por favor? —demandó Julia señalando la de enfrente, que era la responsable de abastecerles con desmedida luz natural.

Y entretanto pensó con más bochorno que estarían pareciendo dos actores porno desmadrados en un iluminado escenario.

—¿Ahora? —Se notó con claridad que le había importunado, pero de inmediato curvó su boca con ligereza para disimular—. Sí, claro... voy.

Pol se irguió de su inclinada posición, estaba aturdido e intentaba con cierta dificultad que sus movimientos y reflejos volvieran a su sano juicio. Actuaba igual que si acabara de despertar de un sueño profundo, o como si sobrellevara una pesada cogorza.

Mientras él recorría el amplio comedor, Julia se fijó en la otra ventana que estaba al final de la estancia. En su recuadro se divisaba una inmensa y azulada piscina cristalina. Y al momento rememoró un relevante recuerdo: el día en el que Óliver y ella se conocieron. Fue en una noche de agosto, había salido a tomar algo con sus amigas. Al parecer, una habló por el móvil con un amigo de la universidad y le dijo que él y unos cuantos más se estaban bañando en la piscina local, y durante la conversación, la animó a que ella y sus acompañantes fueran para allá. Eran las dos de la mañana, así que era evidente que a esas horas tan intempestivas no estaba abierta. No obstante su amiga en aquel momento resultó ser muy convincente para que la acompañasen, no fue fácil persuadirlas a todas, sobre todo a Julia, puesto que se tendrían que colar y la mayoría no tenían ganas de meterse en problemas. Pero al final todas aceptaron, y Julia no quiso quedarse atrás, así que en cuestión de veinte minutos se personaron en el lugar.

Cuando llegaron había cuatro personas bañándose en la enorme piscina, aunque solo se veían sus oscuras sombras masculinas iluminadas por el brillo de las estrellas y la luna, que aquella noche permanecía inusualmente baja. También se escuchaban las carcajadas ahogadas de los chicos por las imprevistas

zambullidas que se provocaban entre ellos, pero no se podía apreciar en ningún lapso el rostro de nadie. Cuando Julia se sumergió por primera vez, intentó bucear de un tirón la totalidad de la piscina encapotada, el agua estaba de muerte y le encantaban esos retos que ella misma se imponía. Pero cuando ya estaba llegando al final, se chocó con alguien.

Salió gritando de dolor tocándose el labio, se lo había partido. De inmediato Óliver, que era con quien había tenido el incidente, la sacó del agua. Él también se había hecho daño en la cabeza pero no le importaba, tan solo le urgía atenderla a ella. La cogió en brazos y haciendo caso omiso de las peticiones de sus amigos, que le incitaban a que la dejara en el suelo y le tapara la boca para que no provocara más alboroto delator, fue directo a la verja con ella entre sus brazos y pateó el alambre originando un gran estrépito hasta que consiguió derribarlo, después la subió a su coche y pisó a fondo el acelerador. En menos de diez minutos Óliver ya estaba plantado en el hospital exigiendo que la examinaran y la sanaran en el acto.

Cuando comenzaron a salir, él le confesó que, desde la primera vez que la vio ahí de pie sobre el borde de la piscina, con el reflejo del agua turbia rebotando en su bello rostro, se enamoró locamente de ella. Y cuando supo que el incidente había sido con ella y la había lastimado, no dudó si un segundo en atender lo que desde ese momento erigía su mundo: ella.

—Bueno, ya está bajada —dijo Pol posando nada más llegar sus candentes manos en las rodillas de Julia—. ¿Por dónde íbamos?

Pero entonces, Julia se bajó de la mesa e impulsó la masa de Pol para abrirse camino.

—¿Qué haces, Julia? —interpeló Pol contrariado.

—Me voy.

—¿Cómo? ¿A dónde? —Ella no le contestó. Se dispuso a recoger una bolsa y una carpeta del suelo y se dirigió hacia la salida.

—Espera... Yo te llevo.

—¡No! —voceó desde el umbral—. Cogeré un taxi.

Capítulo 17

LA AVEZADA SEXÓLOGA

Óliver acababa de salir de la reunión, estaba acalorado y alterado, aunque su respiración se iba ralentizando a medida que iba abandonando sus zancadas por pasos normales.

Se dirigía hacia el coche mientras sentía en sus adentros una enorme indignación y ofuscación a la vez. De nuevo había sido todo un fracaso. Si bien lo peor no había sido la reunión en sí, sino que había tenido que marchar a escape. Y es que cuando él estaba a punto de salir por la puerta, ya con el chasco latente entre sus manos, una señora de la edad de su madre le acorraló en la entrada y le agarró la muñeca toscamente; quería enseñarle bajo su falda donde se encontraba el punto G concretamente. Óliver, horrorizado, tuvo que hacer una fuerza inconmensurable para quitársela de encima, al mismo tiempo que intentaba no hacerle daño. No obstante, ella no paraba de insistir robándole la mano y poniéndola lo más cerca posible de sus partes íntimas, además con aquella prenda de vuelo que llevaba le resultaba más fácil ir directa al grano. Aquella desagradable e incómoda situación, hizo que el pobre Óliver sintiera cierta repulsión, hasta que pudo abrir la puerta y huir como un ciervo asustadizo. Se sintió violado.

Antes de eso, las mujeres en cuestión se habían sentido estafadas y también ofendidas durante su actuación:

—¿Como alguien que no conoce la utilidad de sus productos, ni siquiera su denominación, puede tener la cara dura de personarse ante tantas mujeres que

ignoran el tema y se han puesto en sus manos? Hay que ser un sinvergüenza. Hasta una monja sabe dónde está el punto G. ¡Por Dios! —le dijo la que lo había contratado.

Óliver abrió la puerta del *Insignia* de un buen tirón, casi la arranca, después intentó introducir el maletín con un lanzamiento, aunque este volvió a caerse al suelo. Lo agarró de nuevo y lo fue metiendo con mala leche por la ranura de detrás del asiento, —¡Cabrón, entra de una vez!—. Despotricó a la vez que se ayudaba de unas cuantas patadas para acabarlo de meter, y todo por no inclinar el asiento hacia adelante. Aunque estaba claro que aquella gran masa sin vida estaba pagando el pato de su exacerbación. Sus patadas fueron tan violentas que abollaron un poco el respaldo, y también mancharon la impecable piel de la tapicería con sucias pisadas. Y cuando al fin el dichoso maletín ya se encontraba en el interior, se dispuso a acomodarse en el asiento. Aunque antes de darle al contacto, se quedó abstraído divisando algo frente a él que le robó su completa atención; era un *sexshop*.

Salió del coche, y se condujo hasta él.

Al llegar a la resplandeciente puerta de color púrpura, aunque en realidad él pensaba que era de color rojo putón verbenero, entró sin titubear. Algo que hace unas semanas hubiera sido impensable.

El sitio estaba altamente iluminado, y sus cuatro paredes estaban decoradas con vistosos expositores muy sugerentes: se exhibían las espectaculares modelos de la famosa firma estadounidense Victoria's Secret, luciendo sus picardías entre las alas como si en realidad fueran diablesas dispuestas a absorberte el alma en un abrir de sostén. También se hallaban otras mujeres menos conocidas, pero de igual forma altamente exuberantes que se revestían escasamente con disfraces de mil oficios; profesora, sirvienta, enfermera, cocinera... Vamos, todas ellas muy profesionales.

Asimismo, Óliver procedió a observar los estantes. Tras hacerlo discernió que la colección de productos eróticos se asemejaba mucho a la suya, aunque en aquella se añadían chispeantes juegos de mesa que aclaraba a los jugadores quién se encargaría de darle el gusto al otro. Eso le hizo sonreír. Pero al pasar por delante de un maniquí morboso en forma de mujer, no pudo contenerse en

tocar el tanga de su pandero de plástico. Lo estiró y vio que en su insignificante tela ofrecía dos agujeros, uno por delante y otro por detrás. ¡Ah, claro, caña por los dos lados!, espetó ocurrente después de comprender su utilidad.

—Hola, ¿necesitas algo? —dijo una mujer sonriente que vestía de un elegante negro.

—No...bueno... —musitó dubitativo, pero al final se decidió—. En realidad sí. Quería saber la utilidad de varios de sus productos.

La mujer de pelo rubio y rizado, que lucía perfectamente maquillada y con exquisita presencia, le sonrió sutilmente.

—¿Varios?

—Ajá —aseguró Óliver.

—Entonces, sígueme —le estiró de su antebrazo—. Por cierto, soy Raquel, dueña de todo esto y, además, sexóloga. —Óliver enarcó las cejas debido al interés que le suscitó.

Y pensó que había tenido suerte.

—Encantado, yo soy Óliver.

—Lo recordaré —masculló sincera mirándole con el rabillo del ojo.

Al llegar a la otra punta, la peculiar mujer que desprendía un intenso aroma a naranjo, apartó una cortina roja y le instó a entrar.

—Adelante.

Aquel sitio parecía ser una extensa despensa, donde resguardaba bajo una luz un tanto tenue, el alimento más picante de la raza humana.

—¡Vaya, tienes cientos de productos! —se sorprendió Óliver al encontrar entre las estanterías cosas que no había hallado en su maletín.

—Está bien. Comenzaremos por los esenciales. Tenemos estimulantes y afrodisíacos, lubricantes íntimos y también juegos eróticos. —Alzó las cejas un par de veces seguidas para remarcar la sensualidad del asunto, y Óliver sonrió divertido—. Esto es básico para vencer la rutina de cualquier pareja. Si no tienes esto, tu relación va directa a la morgue.

—Ah, entiendo.

—Por supuesto tampoco te puede faltar el libro del *Kamasutra* en tu mesita de noche, ¿Qué haríamos repitiendo lo mismo una y otra vez? ¡Qué horror! —rio

obviándolo.

Ipsa facto Óliver pensó en las tres posturas que llevaba practicando con Julia durante los últimos años, ya que en sus principios todo valía; eran la cucharilla, el misionero y el perrito, y siempre lo hacían en la cama. El sofá resultaba un poco incómodo.

—Claro, claro —respondió él compartiendo su opinión.

—Después están los juguetes, la mejor diversión para el adulto, e incluso para los adúlteros. —Volvió a curvar su boca traviesa, se notaba que estaba disfrutando.

Y es que la tal Raquel había nacido para eso, no cabía la menor duda. Óliver, entretanto, se asemejaba a la luz de emergencia de aquella sala lúgubre por su rostro bermellón.

—Mira, las bolas chinas son de lo mejorcito que hay. Con ellas, los orgasmos de tu pareja pueden durar hasta quince segundos, ¡son una maravilla! Y por si fuera poco, aumentan el deseo sexual y disminuyen los síntomas de la menopausia. ¡Una gozada!—A continuación sacó algo de otra cajita—: Para ti. —Se lo depositó en la mano—: Anillo vibrador, otra maravilla del universo. ¿Sabías que el clítoris de tu pareja tiene el doble de terminaciones nerviosas que tu pene? —Óliver apretó sus finos labios y negó con la cabeza con reparo—. 8000 en total. ¿Y sabes cómo sacarle provecho? —Volvió a negar con la cabeza, ya que si no lo hacía, ella no continuaba con la explicación. Le recordaba a las profesoras de párvulos, aunque esta, no mantenía su inocencia. Ciertamente aquella mujer era inquietante, pero parecía saber muy bien de lo que hablaba—. Estimula el clítoris y potencia la erección del hombre. Un juguete para que no os peleéis. Aunque si lo hacéis, una reconciliación extra. —Guiñó el ojo.

Raquel continuó asesorando a Óliver en todo lo que pudo, mostrándole hasta cosas que ni siquiera habían salido todavía a la venta. Pero tras pasar casi una hora de interesante e ilustrativa charla, excepto en dos momentos que tuvo que salir a atender, ella fue muy clara:

—A ver, me pareces un chico excepcional. De hecho pocos hombres se toman tan en serio la importancia de la sexualidad. Si todos fueran como tú, no existiría la tensión no resuelta, ni tampoco la expresión de «¡estás mal follado!». —Óliver

sonrió de forma inesperada a la vez que enarcó las cejas, y es que Raquel era tan clara.... Aunque precisamente por eso y por la naturalidad con lo que trataba todo aquello, él no lograba sentirse cómodo—. Sin embargo, si quieres que te diga el mejor consejo para llegar a ser un auténtico entendido sobre el tema, es este: si no lo pruebas no lo sabes.

—Mm,... ya veo —musitó él abrumado, y echó un raudo vistazo a las decenas de cajas abiertas que le había enseñado.

—Te voy a poner en una bolsa varios de mis productos, son cortesía de la casa.

—No, no es necesario, de verdad.

—Por supuesto que lo es, alguien como tú debe tener un amplio abanico de posibilidades para elegir. —Abrió una bolsa de plástico y comenzó a introducir algunas cajas que se hallaban por las estanterías. Se giró de pronto—. Pero, eso sí, cuando acabes con la experiencia, quiero saber qué tal te ha ido —sugirió, finalizando sus osadas palabras con su acostumbrada y traviesa sonrisa.

—Vale, me parece justo —respondió Óliver con su continuo rubor en las mejillas.

Ella acabó de colmar la bolsa.

—Bueno, ya está todo, salgamos de aquí. Creo que estás pasando mucho calor, porque tienes la cara más roja que la puerta de mi local.

—Sí, es eso... el calor —aseguró Óliver.

Capítulo 18

CONFESIONES Y RECONCILIACIONES

Óliver condujo hasta su casa dispuesto a hacer lo necesario para no dejar en mal lugar a su amigo, sobre todo con el fin de que no le acabaran despidiendo. Tal y como iba la cosa, le auguraba lo peor al pobre.

Al llegar, escudriñó las habitaciones de una en una. «Bien, Julia no está», caviló.

Se dirigió al dormitorio, pero se detuvo un momento para recular hasta la mesa del salón. Depositó sobre ella el recibo pagado de la luz que acababa de sacar del bolsillo de la chaqueta. A continuación fue un instante al lavabo a lavarse las manos y después se metió en el dormitorio, cerró la puerta y desplegó todo el arsenal que había recopilado entre su maletín y los presentes de Raquel.

¡Ffff...!

Suspiró con desasosiego mientras contemplaba el inusual panorama.

Acto seguido comenzó a desnudarse tirando la ropa al suelo despreocupadamente, hasta quedarse como Dios lo trajo al mundo.

—Allá voy.

Avanzó hacia la gran montaña y empezó a hurgar en ella.

—No. Esto es para ellas... —dijo desechando el producto hacia la otra punta del colchón—. Esto no tengo ni idea para qué sirve..., muy grueso..., demasiado puntiagudo... —aseguró con expresión de desagradable dolor—. Creo que comenzaré por este lubricante concentrado de aloe vera, pero... ¿Dónde me lo pongo?

Lo cogió, abrió el producto y se puso una nuez de pomada en sus dedos, pero antes de cerrar la tapa se echó otra buena cantidad encima —sí, mejor así—. Lanzó el frasco de plástico al suelo y se quedó abstraído por un instante.

Después se sentó en la cama y comenzó a deslizar la pomada por su miembro que se hallaba ciertamente erecto.

—Grrr.

Se quejó por la alta frescura incipiente que sintió en su delicada piel, pero no se detuvo. Y durante el masaje posterior experimentó la grata lubricación que le estaba obligando a apretar ligeramente sus comisuras. Al desviar la mirada observó una caja que se había desplomado hacia su peso: *Robocop XXL*, ponía. Tomó la caja con sus manos resbaladizas y sacó el objeto de dentro. «¡Joder, es enorme!», espetó con horror. Aquel instrumento de punta ovalada era más grande que su mano y parte de la muñeca. —¡Vamos Óliver, tú puedes! —se animó él mismo.

Se inclinó al suelo, recogió el frasco de aloe y lo apretó hasta ponerle al colosal *Robocop* una buena cantidad. Después se posicionó de rodillas sobre la cama, tragó saliva y se lo empezó a acercar con sigilo a su parte trasera. Y cuando estaba ya rozando...

—¡No puedo hacerlo! —Le entró el pánico y se sentó temeroso obstaculizando su entrada trasera.

Tras unos minutos en silencio intentando desechar la pesada carga de cobardía, volvió al lío.

Esta vez cogió una caja pequeña que llevaba mirando hacía unos segundos. El comentado anillo vibrador. Lo sacó del interior y admiró su precioso diseño, incluso se lo probó en el dedo.

—Es bonito —murmulló con aceptación.

Respiró hondo de nuevo y comenzó a adentrárselo por el pene, que brillaba como la piel escamada de un pez salado. Pero al parecer tenía problemas en colocárselo.

—Esto no entra —insistió—. ¿Habrás tallas? —se preguntó con cierta perplejidad, pero siguió intentándolo, hasta que ejerció un poco de fuerza—. ¡Ah, me cago en la madre que te parió! ¡Mierda de invento! —lo lanzó contra el

armario.

Se levantó enfurruñado, dio varias vueltas alrededor y finalmente, se acercó detrás de la puerta y cogió al azar una bata de estar por casa para ataviar su completa desnudez. Tenía que salir imperiosamente a tomar el fresco.

Se dirigió hacia el balcón, y aunque no podía ver a Supermán, sabía que él le seguía al escuchar el tintineo continuo de sus uñas en el suelo. Pero antes de salir, abrió el cajón del mueble donde salvaguardaba bajo unos papeles un paquete de tabaco. Él no fumaba, de hecho ese lo tenía guardado hacía años como recuerdo de su juventud y de sus tiempos de despreocupada intoxicación. Se hizo con un cigarro junto al encendedor y cerró el cajón. Fue entonces cuando se dispuso a abrir la puerta de madera del balcón que chirriaba horrorosamente como los pavorosos puercos de un matadero. Frunció el ceño entretanto escuchaba el ruido ensordecedor, y avanzó al exterior para respirar al fin el ansiado aire fresco; ¡Ah...!

Se acomodó en una de las sillas cruzándose de piernas y comprobó de reojo como su peludo seguidor también le vigilaba, y seguramente el muy cabrito, también lo estaría juzgando. Dio un fuerte pisotón en el suelo para asustarlo y en cuanto vio como huía pusilánime, curvó los labios triunfantes. Se encendió el pitillo y miró el cielo con un semblante repentinamente sereno y relajado.

El silencio se había vuelto su mejor aliado y aquel corriente lugar era, sin duda, su santuario. En un lapso inesperado:

—¡¿Óliver!, qué haces?!—le asustó Julia.

Ella lo miraba completamente atónita desde la puerta del balcón. Y es que Óliver se encontraba expulsando humo por su boca como una locomotora, y además, se hallaba cubierto solamente con su corta bata de satén de estilo oriental en una posición igualita a la de una gran *lady*, y eso..., sencillamente no le ayudaba en absoluto. Él se quedó afásico al meditar en el acto lo que probablemente le había causado tal pasmo a su mujer.

—Yo... —pero antes de que pudiera dar una explicación medianamente creíble, Supermán salió al balcón paseando algo con su boca.

Mientras daba vueltas sin parar por el espacio, Julia intentaba visualizar que es lo que le sobresalía tanto de su pequeño hocico.

—¿Qué es eso que lleva? —dijo ella frunciendo el ceño a la vez que se acercaba a su querida bola peluda.

Óliver agrandó los ojos produciendo una expresión de auténtico horror, al caer que lo que le rebasaba de sus bigotes no era otra cosa que el *Robocop XXL*.

Y cuando Julia alcanzó a su perro:

—¡Por Dios, Óliver! ¿Qué significa esto?

Tiró en seguida al suelo el sucio ente que había extraído del morro de su amigo.

—¡Espera, puedo explicarlo!

—Sí, ¿de verdad crees que puedes explicarme por qué estás fumando medio desnudo en el balcón y mi perro lleva un enorme pene de silicona en la boca?

—Creo... —musitó cauteloso.

El pálido rostro de Óliver evidenció que no estaba pasando un buen momento.

—Ay... Está bien, vayamos dentro —le dijo ella piadosa.

Al irrumpir el interior Julia se acercó a la mesa, donde vio el recibo pagado de la luz.

Buscó la cara de Óliver.

—¿Cómo la has pagado?

—Pues... últimamente me ha surgido un trabajo.

—Sí, ya lo sé. Te he visto trajeado y con un maletín... Sin embargo, no sé nada más.

Óliver se sentó en el sofá y agachó la mirada, parecía apesadumbrado.

—Bueno, ya no importa. He intentado hacerle un favor a Álex, pero después de todo lo que ha pasado creo que no voy a poder cumplir más mi palabra. Y sé que nosotros tampoco estamos bien, en realidad nuestra relación va como el culo. Pero no te preocupes, lo he estado pensando y no quiero ser más una carga. Por mi culpa nos estamos quedando sin medios —parloteaba sin cesar, sin siquiera respirar entre palabra y palabra—, así que no prolongaré más esta agonía y cogeré las cosas para marcharme cuanto antes.

—Espera, espera, espera... —Se acercó a él con cara de confusión—. Pensaba que Álex ya había vuelto de vacaciones.

—No. Fue a ver su casa nueva y se le derrumbó.

—Oh, qué mala suerte. Bueno, a lo que iba... —Se sentó en el sofá dirigiéndose hacia él—: Nunca, jamás, en todos los años que llevo contigo, te he escuchado rendirte, ni mucho menos faltar a tu palabra. Así que, o vuelves a ser el gran hombre luchador que yo conocí a los veintidós años, o, por mucho que me duela, ya puedes coger tus cosas y largarte por esa puerta. Porque yo no deseo estar con alguien que no sea el auténtico Óliver Cruz Coronel con el que me casé.

Óliver se quedó perplejo. ¿En serio quería seguir con él?

Los sentimientos que Julia acababa de expresarle le compusieron repentinamente de una armadura sólida e invisible por toda su masa, y se creyó capaz de todo. No obstante sintió la obligación de sincerarse, y eso le volvió a causar cierta inseguridad.

La miró a sus bellos ojos, y sintió agradablemente cómo, por fin, podía perderse de nuevo en su pacífico y fulgente mar, un mar que veneraba y le ofrecía la paz que él necesitaba para seguir viviendo.

—Quizá si te cuento de qué va el trabajo... cambies de opinión.

—Prueba —manifestó segura.

Él se revolvió en su asiento, miró hacia un punto muerto y exhaló aire.

—Vale. Esto surgió debido al contratiempo que tuvo Álex con su casa nueva, resulta que no podía llegar para atender su trabajo y me pidió que me encargara yo. No quería que lo despidieran.

—¿Tú, como mecánico? Si no sabes ni dónde está la bomba de agua.

—No, el de mecánico no —explicó un tanto ofendido—. Y sí sé donde está la bomba de agua, se encuentra... debajo del capó—resolvió.

Ella apretó los labios pero se contuvo.

—¿Entonces, de qué más trabaja Álex?

—Estás igual que yo cuando me enteré. Tampoco tenía ni la más remota idea de que tuviera otro trabajo, pero sí, lo tiene para ganarse un extra... Es asesor de reuniones de tapersex... Ejem —murmulló la última frase tan rápido que apenas se comprendió.

—¿Qué? No he entendido lo que has dicho.

La miró a la cara y pensó: «Lo perdido al río. Adelante».

—Que es asesor de reuniones de Tapersex —resaltó alto y claro, y cogió carrerilla—. O sea que yo he estado dedicándome a mostrar y a ilustrar a varios grupos de personas sobre la utilidad de los juguetes eróticos. Bueno... o al menos lo intentaba. —Óliver observó el semblante boquiabierto de su mujer, que no decía nada. Esperó unos segundos eternos—. Bien... di algo, por favor.

—¡Ja, ja, ja... —Julia se echó a reír y no podía parar, incluso su tez clara y albar se tornó encarnada como la de una alemana de veraneo en la Costa Brava.

Óliver miraba alrededor, hostigado, hasta el punto de comenzar a estar hastiado de escuchar los latosos ruidos de burla de su dichosa mujercita.

—¿Tú? ¿Explicándole a los demás cómo funciona un consolador? Ja, ja... —y volvió a troncharse. Y cuando parecía que recuperara el aliento—: Si ni siquiera te atreves a jadear por si te escuchan los vecinos.

Él apretó los dientes.

—Lo hago por ti. Sabes que cuando se nos ha escuchado, y al día siguiente has coincidido con el maldito vecino de al lado, Arnau, en el ascensor, te ha mirado como si fuera a devorarte con los ojos, el muy cerdo. —Ella puso los ojos en blanco—. Mira que te tengo dicho que bajas por la escalera, es más sano, pero tú... erre que erre.

—Vale. Entonces, déjame un segundo. —Miró hacia el suelo mientras se tocaba las sienes—. Has estado ganando dinero a costa de tus trabajos como asesor de Tapersex —dijo murmurando. Estaba claro que se estaba haciendo a la idea. Al instante levantó la cabeza y lo miró—. ¿Bueno, y dónde está el problema?

Óliver se quedó patidifuso tras escuchar su conclusión, dejándole todavía más titubeante.

—Pues... no sé... Que tampoco he ganado mucho, a comparación con lo que podría haber ganado... Y que no tengo ni pajolera idea sobre el tema, para qué vamos a engañarnos. —Se puso en pie—. Ven, sígueme. —Hizo que le acompañara hacia el dormitorio estirándole de la muñeca. Y cuando se adentró en el cuarto, le mostró la montaña de aparatosos y lujuriosos objetos—: ¡Mira!

Julia que le había seguido curiosa, se quedó estupefacta al ver tal estampa. No se lo esperaba. Su coqueta cama armada con el elegantísimo edredón de

entretiempos, ahora se veía bañada con increíbles y libidinosos objetos que se caían por los lados. A continuación se le pasó por la cabeza la turbadora idea de que su marido los había estado usando. Enseguida le dedicó una perturbadora y penetrante mirada.

—¿Has estado...utilizándolos?—dijo con reparo.

—¡No! —obvió—. Bueno, no he llegado a hacerlo —masculló con mayor sinceridad.

—Bien. Está claro que así no puedes tener ni idea de lo que estás vendiendo. —Se subió ligeramente las mangas de la blusa y se acercó al colchón—. Así que entonces, no queda otro remedio que probarlos todos. Es la única forma que tienes de convertirte en un buen vendedor y ganar dinero con ello. Y cumplir tu palabra.

Óliver no daba crédito. Su Julia le estaba proponiendo que iniciaran juegos eróticos y sexuales con ese sinfín de objetos viciosos.

Se acercó a ella y le miró a los ojos.

—¿De verdad quieres que tú y yo...?

—Sí. ¿Por qué no? Dicen que hay que probarlo todo en esta vida.

Óliver sintió un enorme estallido de felicidad en su corazón. Como si aquello que le había puesto su vida patas arriba últimamente, creándole una gran frustración y desdicha, se hubiera resuelto de golpe. Incluso todo parecía brillar aún más.

—¡Está bien! Pero antes.... Hay que resolver un importante asunto.

Se aproximó a su rostro con delicadeza, desdibujando una codiciosa y engatusadora sonrisa, y sin dejar de imantar sus retinas en las otras más preciosas que le observaban nerviosas, la besó apasionadamente.

Julia abrió su boca para alimentarse del cálido gusto de su marido, que sabía a canela tostada. Y enseguida se propagó de forma natural una llamada calenturienta de claro deseo entre los dos. Una lluvia de fuego caía imparable sobre ellos. No cesaban en comprimirse el uno al otro, como si quisieran acariciar su espíritu solitario, uno que ya no volvería a ser lo que era. Por fin, esos dos elementos tan distintos se habían unido de nuevo para ser más fuertes. Y tras varios minutos deleitándose con el sabor de aquellos labios que no habían

podido degustar durante tiempo remoto, ya se hallaban revueltos entre las sábanas como si fueran dos lujuriosos enamorados.

Óliver cubría cada centímetro de la piel de su amada con un torturador y meloso beso, mientras se deshacía en su ombligo hasta retomar el camino hacia su íntima hojarasca, que era suave y rubia como el pelo de un ángel. Ella abrió las piernas sintiéndose plenamente dispuesta a que se saciara con su corazón de hembra, y él, no lo desaprovechó en absoluto. ¡Ah...! Pero antes de extasiarla por completo en su devoro más adicto, ella tomó el mando posándose repentinamente sobre él. Sus pechos firmes y blancos ayudaban al extático Óliver a no perder el norte. Ella misma se introdujo su erecto pene en el interior y no dejó de montar a horcajadas hasta llegar a su anhelado destino: el clímax. Minutos después, en colosal movimiento, Julia se deshizo regando de gozo la piel de su marido, sin embargo Óliver no la dejó marchar hasta expandir su semilla ardiente en su interior. A continuación, ambos se abrazaron agotados, con el secreto sentimiento de haber palpado una nueva y prometedora era.

Capítulo 19

APRENDIENDO JUNTOS

Julia se había quedado traspuesta durante un lapso incierto, y al despertar vislumbró el cuerpo desnudo de Óliver iluminado por los escasos rayos de sol que se colaban por la ventana: estaba más delgado y definido, sin duda era más atractivo que el de hacía unos meses atrás, y eso le fascinó.

—Te he echado mucho de menos, Julia —le susurró Óliver al oído inesperadamente.

—¿Sí? Pues yo creía que ya no te importaba —respondió.

—¿Bromeas? Tú eres lo más importante que hay en mi vida. —Y de nuevo los susurros volvieron a ocultarse tras un profundo y ferviente choque de labios, que se detuvo únicamente para descender por la oscuridad de las sábanas usadas.

Estaba claro que la pareja se había reconciliado, ¡y de qué manera! Incluso se dieron cuenta de que habían perdido la funda del colchón, la cual encontraron horas más tarde detrás de la puerta de la habitación.

Y como el primordial asunto que tenían que resolver ya estaba más que zanjado, se dedicaron todo el fin de semana a probar el curioso arsenal de guerra.

—Vale, cariño, tú ponte de rodillas, verás que esta es todavía más lubricante y fresca.

Le deslizó la húmeda mano por su ardiente vagina, que llevaba un rato deleitándose con los innovadores productos que le mostraba su marido, a cual más excepcional.

—¡Oh, sí! ¡Mm... qué gusto! —expresó Julia cuando sintió el tacto de sus

yemas mojadas resbalando por su zona más erógena. Y cuando estuvo un rato experimentando la placentera experiencia, indagó—: ¿De qué es? —preguntó con voz de placer.

Óliver entretanto le aplicaba la crema con repetidas e idílicas caricias. Miró el reverso de la etiqueta.

—Aquí pone que está hecha con piña.

—Entonces sabrá a piña, ¿no?

—¡Yo que sé!

—Pues pruébala.

—Vale.

Escondió su cabeza entre los tersos glúteos de Julia y la probó con su famélica lengua. Seguidamente continuó con pequeños mordiscos que sus dantescos dientes reemprendieron, puesto que su estado cada vez se estaba tornando más salvaje.

—¡Ah! ¡Ah...! —gritó ella.

—¡Mff...! —resolvía él desde su nuevo idioma indescifrable.

Por lo visto, tras el resultado que estaba originando aquel acto, donde los morbosos resuellos constantes de ambos no hacían más que ascender, Óliver sin duda estaba catando el más prestigioso de los manjares, compuesto de delirantes ingredientes que obligaban a perder el control e incluso a sacar el ser aborigen que cada uno de ellos llevaba dentro.

Óliver se detuvo un segundo con la respiración a mil, pero lo hizo únicamente para mentar algo importante.

—Cariño..., es la piña más buena que he probado en la vida. —Se limpió con un amplio gesto del antebrazo las comisuras.

—¡Lo sé! ¿Ves? —respondía ella extasiada—, así es como se aprende. Anda, sigue, y no vuelvas a parar.

En otra ocasión del día probaron uno de los consoladores, este era de color negro y con un tamaño poco común: *King Kong*, se llamaba.

La textura de aquel pene irreal era casi de la misma seda, y Julia lo paseó despacio por el cuerpo desnudo de su pareja que, poco a poco se estremecía: lo surcó por sus mejillas, por sus labios, y lo deslizó por su ancho pectoral que se

sintió indefenso al detectar el nuevo y desconocido intruso bajar hacia su ombligo. Julia sentía aquel acto como algo divertido y refrescante, y sonreía dichosa. Finalmente lo paseó por la maraña viril de pelo moreno que hizo que el relajado paisaje adoptara una forma más rocambolesca. Su miembro se izó al instante fuerte y alto como un roble.

El deseo tan extremo que se aplacó en Óliver, provocó que se levantara lanzado y se hiciera rápidamente con el control del poderoso objeto. Puso a Julia boca abajo como si fuera una endeble muñeca y sin más dilación, le introdujo el colosal miembro negro entre sus piernas abiertas.

—¡Aah...! —vociferó ella de golpe.

Su estrepitoso grito fue una mezcla de dolor con tremendo fervor. Pero en ningún momento pidió parar.

Él no cesó en sus rotundos e inclementes gestos que con su rudo brazo elaboraba. Ambos estaban rompiendo una línea de regocijo a la que nunca antes habían llegado. En cierta forma lo que estaban ejecutando no era hacer el amor, esta vez se trataba más bien de practicar sexo como montaraces animales de la selva. Si bien parecía ser algo insustancial en una relación amorosa, pero en realidad no lo era para ellos. Óliver y Julia siempre se habían querido mucho, sin embargo llevaban demasiado tiempo conteniéndose, y es que se irritaban tanto el uno con el otro que nunca se desinhibían por completo en sus ternezas. Así que lo que ahora estaban disfrutando, era la mejor terapia que podían practicar.

El fin de semana fue tan breve y adictivo, que a Julia le supo a poco y el lunes a primera hora llamó al trabajo para decir que estaba enferma, algo impensable en ella. Gripe, aseguró que tenía, y muy contagiosa.

—Venga Óliver, que antes de que te vayas a la reunión quiero que probemos las anillas —le suplicó ella desde la cama destartalada, sujetando la caja del juguete entre sus manos.

—¿Estás loca? Eso me va a hacer daño —opinó mientras se subía sus pantalones lisos y negros.

—Vamos, mi caramelito más dulce, sabes que yo no te haría eso. Además,

según pone, tendrás una buena recompensa; tu erección será más potente.

—¿Aún más? Pues no se qué va a salir de ahí, al final voy a flotar como una boya. —Julia rió.

—Va... hazlo por mí... —le imploró poniendo morritos—, y te aseguro que cuando vuelvas te habré preparado una imponente mesa con tu cena favorita.

—A ver si después de parecer unos peleones trogloditas, vas a transformarnos con tus buenos actos en la típica y perfecta familia americana que come pavo en Acción de Gracias. Eso sería muy radical.

—Mmm, no lo pareceríamos del todo.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué?

—Porque no veo que ellos se arranquen la ropa sobre el mantel, el pavo y el relleno. —Rieron.

Óliver no se lo pensó dos veces, se bajó otra vez los pantalones y se encerró con su mujer en el cuarto, donde seguramente los ecos que deliberarían sin remedio por las angostas paredes, pondrían a cien al atento y salido Arnau, y a algún que otro vecino más.

Capítulo 20

OCURRENCIAS

Tras haber salido extenuado y pitando de casa para llegar puntual a la reunión de las siete, Óliver ya se expresaba ante su femenino público con mayor seguridad y comodidad que la de hacía unos días, y también, con una mirada optimista.

—Señoras, no se lo piensen más. Si quieren lo mejor para su pareja, confíen en el placer que proporcionan estas estupendas anillas —las mostró—, no tienen desperdicio. Se lo dice uno que las ha probado. —Guiñó un ojo divertido hacia alguna de ellas y todas comenzaron a bisbisear jocosas.

—¿De verdad tocan el cielo con eso, Álex? —le preguntó una señora rolliza que estaba en la primera fila.

—El cielo no, Adelaida, las estrellas —afirmó como un encantador de serpientes.

La decena de mujeres se animaron en sacar los billetes de su bolso al escuchar la contundente afirmación de su atractivo asesor, que parloteaba sin cesar con un semblante de lo más resplandeciente.

Vendió anillas, consoladores, vibradores, y otros tantos productos. Nunca había sacado tanto dinero en una sola reunión, y parecía que aquella buena racha, solo hubiera hecho más que empezar.

Volvió a casa con una sonrisa de oreja a oreja. Y después de jalarsé su preferido y delicioso manjar que Julia le había preparado con mucho amor, galdas al horno con compota de manzana, no quisieron paralizar su aprendizaje y

volvieron a tener más y más sexo increíble, y encima de la mesa.

Su cuarto ardoroso de juegos comenzó a quedárseles pequeño, así que lo ampliaron por más espacios del piso, hasta acapararlo por completo. Desataban su descontrolada libido encima de la lavadora si era preciso, en la bañera, en la encimera de la cocina, en la mesa del salón, daba igual, todo valía. No encontraban momento de parar, y cuando lo hacían, les surgían otras nuevas y divertidas ideas.

—Explícame una fantasía que siempre hayas querido hacer, o que hayas tenido recientemente —le demandó Óliver mientras le limpiaba con el dedo una gota de vino tinto que se derramaba por su comisura.

Estaban tirados en el frío suelo de la cocina con sus cuerpos semidesnudos, aunque después del acalorado desenfreno que habían tenido, era todo un alivio. Tras la ardiente copulación, habían decidido que la botella de buen vino de borgoña que salvaguardaban en el armario desde hacía varios años, era perfecta para acompañar las confesiones que se estaban concediendo el uno al otro.

—Mmm... y si te la digo, ¿querrá decir que la pondremos en marcha? —preguntó Julia esperanzada.

—Bueno, depende.

—No, no, si no me lo aseguras, no te la cuento. Además tú has preguntado.

—Joder, Julia, como sea algo descabellado... —refunfuñó. Pero ella se mostró inexpugnable, ni siquiera pestañeó haciéndole saber con su tajante pose que no tenía otra opción si quería obtener la repuesta—. Vale, pero no te pases.

Julia, que llevaba su pelo rubio alborotado como una niña traviesa, escondió su boca risueña tras uno de sus lacios y gruesos mechones amarillentos.

—Las fantasías son lo que son, ni te pasas ni te quedas corto. Así que allá voy. —Óliver abandonó su expresión de reproche por otra de plena curiosidad—: Hacerlo en el escaparate de El Corte inglés.

—¿Qué? ¿Pero te has vuelto loca? ¡No pienso hacer eso! —dijo escandalizado mientras se incorporaba del suelo.

—Pero tú me has dicho que...

—Te has pasado —le interrumpió seco, mirándole seriamente a los ojos.

Ella pareció reflexionar un segundo.

—Bueno, quizá es una idea un poco loca —confesó—. Pero es mi fantasía y ya te he dicho que no hay límites.

—Claro, y solo te faltaba decir que lo hiciéramos en el primer día de rebajas. ¡Estás fatal! Que no, que no, que ni hartos de vino me pongo contigo dale que te pego entre los maniquís, y nunca mejor dicho. —Alzó la botella y pegó un trago—. No pienso hacer tal cosa.

—Está bien. Pero ahora no me voy a quedar sin mi fantasía, me lo has prometido.

Levantó su desnudo busto del suelo haciendo que Óliver se quedara ensimismado con sus preciosos y rosados pezones, que todavía parecían estar coloreados por la anterior excitación alcanzada. Después se colocó boca arriba mientras se hacía con la fuerte mano de su marido, la cual posicionó encima de su cálido pecho.

—Sabes cómo resultarme tremendamente convincente, ¿verdad?—le apretó el pecho como si agarrara un cántaro y se mordió el labio inferior.

—Ajá.

—Dime otra. La haremos.

—Quiero follar en el ascensor —resolvió mirándole penetrante.

Y aunque a Óliver también le pareció un disparate más, la levantó del suelo, la cogió en volandas y se dirigió hacia la puerta de la calle.

—¡No, que estoy desnuda!

—Me llevo una camiseta en la mano.

Julia no podía creer que su tímido marido hubiera accedido a semejante idea, tal vez aquello era la prueba irrefutable de que había cambiado. Y mientras se movía alzada en su hombro con el cabello desparramado, experimentaba una sensación de diversión y nerviosismo a la vez, algo que era nuevo para ella.

Cuando estuvieron en el angosto interior del ascensor, iniciaron su rumbo al piso más alto. Óliver pulsó el número diez. Desde entonces, se convirtieron en dos posesos desinhibidos deliberando un acto de lo más emocionante, y por supuesto, placentero. Los jadeos resonaban igual que el rebote de las embestidas en la dura chapa del ascensor, sus lamidas eran llamaradas pero apenas le dedicaban segundos, a eso o a cualquier otra cosa que diera simple cariño, lo que

premiaba en aquel momento era la posesión, el deseo, lo prohibido. Si bien el atrevido comportamiento por el que habían optado, aseguraba a sus infames protagonistas que no gozarían demasiado tiempo de su depravado acto sexual, pues el orgasmo que les sucedía estaba a punto de llegar.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sííí....! —voceó ella, entretanto Óliver acababa.

Sin embargo, cuando comenzaron a cubrirse con sus escuetas ropas caídas en sepulcral silencio, algo hizo que los dos dirigieran su mirada hacia la salida.

No podía ser, la puerta del ascensor estaba abierta, y su vecino Arnau con pinta deportiva y con una bolsa de basura en la mano, se encontraba delante mirándolos con total sobrecogimiento.

Julia, completamente abochornada se puso *ipso facto* detrás de su marido mientras intentaba taparse como podía sus zonas descubiertas, y Óliver, que ni por asomo se había encontrado jamás en una situación similar, fue sobrepasado por la ignorancia y los nervios, y comentó algo totalmente fuera de lugar, o, quizá no:

—¿Qué? ¿Nos corremos? Cabes de sobra.

La cara del pobre Arnau se transformó en uno de los retratos de Picasso, deformada y coloreada con tonos vivos y alarmantes. Y finalmente, sin decir nada, se dio media vuelta y optó por bajar aprisa las escaleras.

Instantáneamente Óliver y Julia no pudieron aguantar la risa y comenzaron a desternillarse como auténticos lunáticos.

El desenfreno que habían iniciado aquellos dos de forma espontánea no se detuvo a lo largo de los días, y entre su continuo contacto íntimo y las innovadoras experiencias compartidas, la pareja se había vuelto inseparable.

—¿En serio tienes que irte hoy a trabajar? Yo no tengo mi próxima reunión hasta las doce del medio día —dijo Óliver a Julia con fastidio.

—¡Jo! No me lo recuerdes. Pero tengo que hacer acto de presencia, Franchesca debe estar que muere.

—Vale, me resignaré. Pero vuelve derechita a casa. —En cuanto Julia se levantó de la cama, Óliver le dio una palmadita en el culo.

—¡Ay!

—Para que te acuerdes de mí.

Capítulo 21

REECUENTRO SORPRESA

Julia se encontraba terminando las fotos de la primera planta de una casa unifamiliar en Sarrià, a la que había acudido con Pol después de lidiar en la oficina con la cara de perro de presa de Franchesca. Ahora solo le faltaba fotografiar la segunda.

—Voy arriba y termino.

—Espera —dijo Pol—. Te he traído un regalo —masculló escondiendo una bolsa con las manos tras él.

—¿Para mí? Pero... no has debido hacerlo.

—Claro que sí, después de tantos días enferma, y además, con lo que pasó el otro día entre nosotros... —curvó sus preciosos labios—. Tenía muchas ganas de verte y hablar contigo. Estuve a punto de llamarte, pero no me atreví por si estaba... ya sabes, tu marido.

Julia se sintió incómoda.

—Ah, entiendo. Pero de verdad que no hacía falta que me compraras nada.

—Lo sé, pero estoy seguro de que te gustará. Toma. —Se la ofreció.

Ella se acercó con cierta desazón en su interior. Discernía que aquello no era apropiado, sin embargo no encontraba una manera delicada de decírselo.

Metió la mano en la bolsa y cuando la alzó, contempló un precioso bolso de color beige que le hizo poner los ojos como platos.

—Pero si es... ¡Un *Louis Vuitton* auténtico! —espetó alucinada—. No puedo aceptarlo. —Lo volvió a meter en la bolsa y se la devolvió.

—No digas eso. Te lo he comprado para ti. —Se acercó a ella y le acarició la mejilla.

Julia le apartó la mano y él se extrañó al instante.

—Pol, lo que pasó el otro día no debería haber sucedido nunca. Ha sido un terrible error.

Pol endureció su semblante.

—No te entiendo. Él no te hace feliz y tú eres muy joven para vivir amargada.

Julia apretó los dientes molesta y le miró fulminante.

—¡No te atrevas a decirme cómo vivo o dejo de vivir! No es asunto tuyo. — Se dio la vuelta y caminó unos pasos, pero antes de desaparecer por el largo pasillo, volvió a mirarlo—. Y que sepas, que la gente normal tiene otro tipo de problemas más importantes que que se estropee el *Hill assist* del coche o como mierdas se diga eso. No todo el mundo vive en el país del limón. Voy a subir a la planta de arriba, y cuando termine nos marcharemos.

Pol se quedó pasmado, no pudo decir ni una palabra. Sin embargo, después de aquello, su habilidad competitiva e invicta se le había despertado todavía más. Quería a Julia para él solo.

Óliver ya había llegado de su reunión, otro éxito desorbitado. Esta vez, la marabunta de mujeres había dejado el maletín vacío, estaba seguro que con las ganancias de aquella sesión, podría coger sin problemas un vuelo a las islas Fiji, si bien en aquel momento ese cambio no le interesaba para nada. Mañana tendría que pasarse por la oficina de correos para atiborrar de nuevo el despejado rectángulo.

Mientras salía de la ducha, recibió un mensaje en el móvil. Se enroscó la toalla tapando sus partes y lo cogió de encima de la tapa del váter, donde lo había dejado para tenerlo a mano:

«Ya se acerca. Tengo ganas de verte, abrazarte, y de morder tus labios calientes.». Era Angélica.

—¿Qué se habrá bebido esta? —farfulló al leerlo.

Caminó a su cuarto y lanzó el móvil despreocupadamente encima del colchón.

A continuación se dedicó a escudriñar con detenimiento el cajón donde depositaba la ropa interior. Buscaba aquellos slips naranjas que marcaban paquete y que un día Julia le había regalado. Quería estar rompedor para su mujercita, que no tardaría en llegar. Pero antes de encontrarlos, picaron a la puerta.

Miró la hora en el despertador de su mesita de noche y comprobó que todavía era pronto para que Julia se encontrara en casa, y además, sin llaves. Después desvió los ojos hacia Supermán, que se hallaba dormitando encima de la almohada de su cama sin mover si quiera las pestañas, así que estaba claro que no podía ser Julia.

Anduvo el recorrido desde la otra punta del piso hacia la puerta de entrada. Estaba dispuesto a abrir sin importarle en absoluto la peculiar imagen que daba envuelto tan solo con una colorida toalla de Agatha Ruiz de la Prada, y cuando llegó ciertamente abrió sin vacilación.

—¿Pero bueno, tú qué haces aquí? —dijo jocosamente. Era Álex, y lo tomó en un efusivo abrazo.

—¿Qué pasa, Oli? Tenía ganas de verte. Pero qué pintas me llevas... —le expresó divertido mirando su escasa indumentaria. Después volvió a buscar su semblante—. Al final ya lo he podido solucionar, aunque mi nueva casa ahora se parece a la de los siete enanitos. Pero, en fin, qué le vamos a hacer. Nunca te compres una casa por internet, ese es mi consejo.

—Descuida, no lo haré. Eso lo dejo para la gente como tú.

—¿Me estás llamando idiota?

—No, eso lo has dicho tú —sonrieron—. Anda, pasa —le invitó Óliver.

Se adentraron hasta el salón y Álex se puso cómodo en el *chaise longue*, hasta se sacó las zapatillas deportivas lanzándolas con las puntas de cada pie.

—Tú ponte cómodo, como si estuvieras en tu casa —le dijo Óliver sarcástico.

—Gracias, hermano —respondió Álex, y apretó una comisura de su estrecha boca.

Óliver negó con la cabeza al ver la frescura de su amigo, desde luego era todo

un caso. Después desapareció por la puerta que conducía hacia su habitación.

—¡Voy a ponerme decente! —vociferó desde su lejanía—. No quiero que Julia venga y se piense que podría haber cambiado mi sexualidad por alguien como tú.

—Yo también te quiero —bramó Álex—. A ver, cuéntame, ¿cómo han ido las ventas? —preguntó alzando la voz.

Óliver regresó vestido con unos pantalones cortos y una camiseta, y con el maletín rojo entre sus manos.

—Han ido así —le abrió la tapa del maletín, mostrándole el interior vacío.

Álex enarcó sus rubias cejas.

—Joder... —dijo asombrado—. ¿En cuántas sesiones? Cinco, seis...

—Una —declaró jactancioso, mientras se pasaba la palma de su mano por el pelo húmedo.

—¡Tío, eres un crack! ¿Pero no me habías dicho que no se te daba nada bien?

—Eso era antes, antes de que Julia y yo... probáramos los productos —masculló orgulloso y con cierta vergüenza en sus mejillas.

—¡Eh...! ¡Pero qué golfo eres! —espetó Álex sonriente.

Ambos se asemejaban a dos quinceañeros hablando de sus conquistas.

—Aunque supongo que ya se me ha acabado el chollo. Mañana hay una reunión concertada, es a las once de la noche. La harás tú, ¿no?

—Uf, si me hicieras el último favor... Es que he quedado con una tía buenorra con la que antes de irme surgió algo, pero no tuvimos tiempo de intimar y... Pues eso, que necesito una noche. Ella es mi vecina, vive en la puerta de enfrente.

Óliver mostró una sonrisa floja que se le fue ensanchando cada vez más.

—¿Qué? ¿De qué te ríes?

—Nada, que tu tía buenorra y yo nos conocemos. Sin embargo lo hemos hecho en complejas circunstancias. —Álex frunció el ceño—. Bueno, da igual. Simplemente que puede ser que piense que tú y yo... —El ceño de Álex cada vez se arrugaba más—. ... somos pareja.

—¿Qué? —espetó como si le hubieran comunicado una enorme catástrofe.

El sonido de la puerta de entrada sonó.

—¡Hola, ya estoy en casa! —vociferó la voz alegre de Julia des del pasillo—. ¿Cómo está el caramelito más dulce del mundo?

—No importa —murmulló Óliver a su amigo enfurruñado—. Un buen revolcón mañana y se le quitarán las tonterías. ¡Estamos aquí, cariño!

Julia apareció por el marco de madera con Supermán sostenido entre los brazos.

—¡Álex, ya has vuelto! —exclamó Julia al verlo. Se adelantó para darle dos besos, pero antes, dejó a su querido amigo en el suelo.

—Sí, esta mañana he cogido el tren, y ya me ves. —Se besaron las mejillas—. ¿Qué perfume usas, me resulta familiar? —dijo olfateando cerca de su cuello.

—Oh, *Chanel N°5*, ¿Te gusta?

—Sí, pero no es lo que huelo. —A Julia se le encogió el estómago al ver la cara de rareza de Álex, y enseguida caviló alarmada:

«¿A lo mejor, me he impregnado de la fragancia de Pol al estar en su coche? Pero es extraño, hoy no me he restregado con él, ni siquiera lo he rozado. ¿Qué coño está pensando este?»

Observó a Óliver que miraba sin comprender la extraña situación, y se puso aún más nerviosa. Enseguida buscó una vía de escape para salir de aquel inesperado cenagal y no morir de un ataque al corazón.

—Y el asunto de tu casa nueva, ¿cómo está? ¿Lo has podido arreglar?

—Bueno, ahí va. He tenido que reembolsar un importante dinero en la obra, y por supuesto, he denunciado al vendedor. Ahora hay que esperar al juicio. Pero ya sabes, esto va *piano piano*.

—No te desesperes, verás cómo lo ganas y recuperas el dinero. —Le estrechó el hombro como muestra de apoyo—. Supongo que no hace falta que te aconseje que no compres más viviendas por internet, ¿no?

—Desde luego, no hace falta gracias. Por cierto, Oli, ¿cómo está mi *Opel Insignia*? Espero que reluzca tal y como lo dejé.

A Óliver se le encogió el pecho del susto al recordar el asiento abollado y algunas rayadas que le había originado en su nueva y fulgente chapa, esta ya de segunda mano. Y es que el dantesco objeto había pagado más de una de sus ofuscaciones, todas ellas irremediables, y como no podía retroceder en el

tiempo...

—Ajá. ¿Te quedas a cenar? Creo que en el congelador hay lasaña, tu favorita, y tiene doble de bechamel.

—Que va, no te molestes —contestó sin insistir en su anterior cuestión. Óliver sabía que hablarle de comida siempre le distraía—. Además, creo que vosotros tenéis claro hasta el postre que vais a tomar esta noche. —Apretó sus comisuras profundamente y se rascó la nuca pelada.

La parejita acompañó su gracioso y acertado comentario con una sonrisa vergonzosa y, acto seguido, se estrechó con ternura como si fueran un par de tórtolas.

Capítulo 22

PILLADA

Tras haber despedido a Álex y rebosar sus estómagos con la rápida lasaña del congelador, ambos se dirigieron a la cama a retomar su... tesis.

—Espera, voy un momento a la cocina a por una botella de agua, así luego no nos tenemos que levantar —manifestó Óliver cuando Julia ya se había tumbado desnuda en el centro del ancho colchón.

Ella se divisaba entre el mar nebuloso de la luz de las velas que los dos habían puesto entre sus muebles.

—Vale, pero no tardes que cojo frío —demandó ella.

Cuando Óliver atravesaba el salón, el móvil de Julia vibró sobre la mesa, y sin quererlo, contempló las primeras palabras iluminadas de un raro mensaje, y él, acabó abriéndolo para desvelar la totalidad del contenido. Este decía:

«No lo entiendo, Julia, yo todavía no puedo olvidar la miel que saboreé de tus labios y la cálida piel que templó mis manos». Era de Pol Cros.

De repente, el interior de Óliver se abrasó transformando su corazón en brasas, su cara se encarnó igual que la de un demonio, y toda la vida que él conocía hasta ahora, se convirtió en un segundo en algo turbio e incierto.

Cogió el móvil y se dirigió colmado de ira hacia la habitación donde le esperaba Julia.

Al instante, el romántico y cálido ambiente que se producía por la ambientación que el matrimonio se había dedicado a proporcionar, se desvaneció. Óliver encendió la luz, mostrando de esa forma su deslucido rostro

desencajado.

Julia, al verlo de esa horrible guisa, se incorporó asustada.

—¿Óliver, qué te ocurre?

—Esto es lo que me ocurre. —Le mostró encolerizado el móvil y se lo lanzó a la cama.

Julia lo cogió. No sabía lo que sucedía, aunque se lo temía. Y cuando acabó de leer el mensaje, miró a su marido con cierto pavor en su rostro.

—No es lo que parece —dijo nerviosa.

Óliver, que se hallaba ahí plantado, mirándola como si quisiera fulminarla con la mirada, se llevó las manos a la cabeza. Todo el mundo sabía que aquella frase no quería decir nada bueno.

—Por eso Álex te ha oído diferente, y yo también lo he notado. ¡Claro, hueles a ese cabrón! —Julia cayó de inmediato en que Óliver hacía un año le había regalado a su amigo el mismo perfume que Pol siempre utilizaba, una horrorosa coincidencia que le había delatado—. ¡Te has estado restregando con ese hijo de puta durante el día! —dedujo horrorizado.

—No. No es cierto. —Se levantó sobresaltada tapándose su cuerpo desvalido con la sábana.

Él la miró a sus ojos azules, y lo hizo de un modo tan incisivo que parecía que pudiera acariciar sus mancilladas ideas.

—Dime que no has estado con ese desgraciado —dijo conteniendo la respiración. La espera de la respuesta de Julia se prolongó, hasta que Óliver decidió que con su demoledor silencio ya la había obtenido—. ¿Cómo has podido? Eres una...

—No —pronunció con la voz rota—. Solo ocurrió una vez y no hicimos nada. —Le cogió del brazo mientras le imploraba—. Yo te amo, Óliver.

—¡Déjame! ¡No quiero escuchar más mentiras! Ahora quiero estar solo. —Salió de la habitación y cerró de un portazo la puerta. Julia se hundió en el suelo desconsolada.

Por la mañana el cielo había amanecido completamente encapotado, como si fuera capaz de diagnosticar el gris presente, y tal vez, también futuro de la pareja.

Julia, tras dormir las dos últimas horas antes de que sonara el despertador, se levantó nerviosa y con un tremendo dolor en el pecho. A continuación se fue directa al salón para constatar la que ya se temía, Óliver no estaba. Al encontrarse sola y con una desagradable incertidumbre, se sintió como un tremendo despojo, si bien sabía que se lo merecía. ¿Qué es lo que había hecho? Nunca pensó que sería capaz de serle infiel a Óliver, el amor de su vida. Ahora que volvían a ser felices, lo había estropeado todo.

Sus pensamientos le regaron de tal cólera e impotencia que se convenció al instante en que se dirigiría como una verdadera antorcha derecha al trabajo, dispuesta a sacar el fuego abrasador que llevaba adentro mientras le cantaba las cuarenta a ese hijo de su madre que se había atrevido a mandarle tal comprometida declaración, sabiendo que posiblemente, lo leería quien no debía. Se iba a enterar ese engreído de quién era la verdadera Julia Salamanca Arellano.

Entretanto, Óliver se encontraba en una cafetería tomando algo que le aportara lo necesario para llevar a cabo su arduo día.

—¡Un carajillo, por favor! —demandó al camarero.

Se encontraba en Pedralbes, puesto que al levantarse había recordado casualmente una conversación telefónica que Julia había mantenido con su jefa días atrás, donde le decía que aquel mismo miércoles, ella y Pol se deberían reunir en la calle Marsans, número 29 para mostrar la casa Florensa, su favorita. Así que no lo dudó ni un segundo, y en vez de dirigirse a la inmobiliaria donde probablemente sería más difícil pillar a esa escoria de Pol, creyó más seguro dirigirse al punto donde lo hallaría con toda certeza en persona. Quería trincarlo y enseñarle sus puños de miel más de cerca, aunque para su desgracia no serían tan delicados como los besos que recordaba de su mujer.

Era el último día que dispondría del coche de Álex, ya que en el momento que le retornara el trabajo, o sea, ese mismo día, también tendría que despedirse del

coche y volver a ir a pata. Le haría un buen último servicio.

Pagó sus monedas al camarero y decidió que ya era hora de dirigirse hacia la casa y esperar a que ese hijo de perra se presentara. Quería amasarlo con sus propias manos, patearlo, molerlo a palos, cortarle la lengua de cuajo con la que había osado saborear a su mujer, deseaba imperiosamente acabar con su existencia.

Sin embargo, lo que le encantaría de verdad, incluso más que toda aquella barbarie que había planificado en su atroz cabeza, era que el tiempo regresara atrás. Anhelaba volver a aquellos días en los que no atendió debidamente a su mujer, para plagarle de besos tiernos y abrazarla cada noche como si fuera la última, para susurrarle al oído lo mucho que la amaba, para hacerle cosquillas y seguidamente el amor bajo las sábanas, para estar con ella una vez más y no separarse ni una luna. Solo de aquella forma, aquel desgraciado no le habría puesto ni una sola mano encima, porque ella no lo habría necesitado.

¿Qué iba a pasar ahora? ¿De verdad pondría fin a su relación con Julia, aun habiendo sido todo realmente por su culpa? Él también sabía qué era necesitar cariño, sentirse solo, vulnerable. De hecho, él había obrado de la misma manera con Angélica, y se sentía fatal. Una horrible desazón recorrió su cuerpo, y se subió al coche sin desprenderse de ella. Era la hora, y pese a su recién meditación no se veía dispuesto a abandonar su malicioso cometido.

Cuando llegó, aparcó casi enfrente de la casa, una mansión mejor dicho, la número 29. Y tras unos minutos admirándola, le sonó el móvil. Era Álex:

—Tío, ¿te pillo en mal momento? —preguntó Álex con cierta angustia.

—Bueno, pues... —le cortó sin dejarle acabar.

—Es que, verás, ha sucedido algo terrible.

—¿Qué?—se alarmó Óliver.

—Mi jefa ha descubierto que no era yo el que realizaba las reuniones y me quiere despedir.

—¡Qué mierda! Cuanto lo siento, Álex.

—Pero me ha dado una opción, o un ultimátum como lo quieras llamar.

—¿Sí? ¿Y cuál es?

—Que le traiga a su oficina al responsable de usurpar mi lugar, y entonces,

podré continuar en mi puesto.

—¡Ja! ¿Supongo que le habrás dicho que no?

—¿Cómo le iba a decir que no, Óliver? Puedo conservar mi trabajo.

—Pues si piensas que yo voy a presentarme, lo llevas claro, esa cabrona me quiere denunciar.

—Que no, Óliver, que no. No tienes que desconfiar. Dice que nunca habían subido tanto las ventas en un periodo tan corto de tiempo, y además, asegura que tiene una lista de espera de más de dos meses con mi nombre.

—¿Qué? —se sorprendió—. Bueno, de igual manera tú y yo ya habíamos acordado que hoy sería mi último día.

—Ya, tío, pero eso no importa. Me va a despedir si no lo hago y necesito el dinero con toda esa mierda del derrumbe y el juicio.

—Mmm... La verdad es que ahora no me pillas en buen momento. Luego te llamo.

—Venga, Oli... —le suplicó—. No tendrás que hacer nada, solo explicarle por qué lo hiciste, aunque yo ya se lo he dicho pero ella insiste en verte a ti. Yo te acompañaré. Mañana a las 9 te paso a buscar.

—Bueno, ya veremos, ahora tengo que dejarte. —Colgó sin dejar de mirar al frente.

Óliver había divisado a Pol en la lejanía, y aunque nadie se lo había presentado formalmente, sabía que era él porque recordó el día en que salió de la cafetería de al lado de la inmobiliaria y visualizó agriamente como un tipo con pinta de muñeco Ken bronceado llevaba a su mujer en un flamante Mercedes, además la tormentosa imagen de ella riéndose sin parar, no cesaba en su cabeza. Era una auténtica tortura china.

Se bajó decidido del coche, mientras observaba como aquel tipo intentaba abrir la verja de la mansión. Julia no le acompañaba.

Se plantó detrás de él:

—¿Tú eres Pol Cros?

—¿Quién lo pregunta? —farfulló sin molestarse en mirar entretanto seguía insistiendo con la cerradura.

—Óliver, el marido de Julia.

De repente Pol se detuvo en su tarea y se giró despacio para dar la cara.

—Sí, soy yo —tragó saliva y se enderezó en su ancha espalda.

—Óyeme bien, gilipollas repeinado. Sé que has tomado lo que no era tuyo, y no debiste hacerlo —masculló Óliver con la ira entre sus dientes—. Y te aseguro que si vuelves a buscarla y a meterte en nuestro matrimonio... —Enseguida Pol le interrumpió sacando pecho y desdibujando una media sonrisa:

—¿Qué? ¿Qué vas hacer? Ella no es feliz a tu lado, por eso quiso caer en mis brazos.

Óliver avanzó en cólera con el puño apretado dispuesto a clavar de nuevo el sello de su alianza. Pero antes de que lo hiciera, Pol gritó.

—¡No, por favor, en la cara no me pegues! ¡Por favor, en la cara no! —reiteró mientras se cubría con las manos.

Óliver observó la ridícula y nefasta guisa del que era su contrincante, y discernió que no valía la pena reemprender su rabia en alguien así. El verdadero problema que había existido no había sido aquel insignificante ser, sino lo poco que él había cultivado su relación con Julia, la que se merecía toda su atención. Ahora lo había visto claro como un impactante amanecer, y aquello, cambió el rumbo de sus actos.

Óliver bajó su puño, miró a Pol con pena y se marchó sin mediar palabra.

Capítulo 23

EL JUEGO DEL IMPÁVIDO Y MÁS Y MÁS

Julia finalmente no se había visto con fuerzas para acudir al trabajo y cantarle las cuarenta a Pol, aquel día no, aunque estaba segura de que lo haría más adelante. Así que llamó al trabajo para decir que no se encontraba bien y que no asistiría en todo el día.

Al haber hablado con Silvia en la anterior llamada a la inmobiliaria, cuando era Cris quien solía responder siempre al teléfono, recordó que Cris aquella semana se había cogido un par de días libres, así que enseguida se puso en contacto con ella para tener un hombro donde llorar.

Poco después, ambas acudieron a su encuentro en un centro comercial, y tras haber desayunado juntas en la cafetería para poder charlar con tranquilidad de sus problemas, Cris le aseguró que en las tiendas encontraría un buen consuelo, y es que el *shooping* era un increíble remedio para todo tipo de dolores, incluso para el mal de amores. Así que en ese momento se encontraban deambulando por el interior de una tienda de ropa interior.

—Sí, nena, sé que lo que te ha pasado a ti es muy fuerte, y lo siento un montón —aseguró mientras se ponía un sujetador naranja fluorescente por encima de la camisa—. Pero es que no puedo soportarla más, mi suegra es un grano en el culo.

—Pero si hace unos días asegurabas que era un amor —mencionó Julia apenas sin fuerza, con la tristeza presente en su débil voz.

—Me equivoqué. Esa bruja ha engatusado a mis niños con chucherías y

regalos de todo tipo. Ahora solo quieren quedarse con ella a todas horas; a dormir, a comer, a merendar, el fin de semana... ¡Es una auténtica pesadilla! — espetó con horror—. Y lo peor es que se acaba de mudar cerca de nosotros. Lo único que veo que puede salvarnos es que nos traslademos nosotros. No queda otra opción. Y tiene que ser a un sitio que esté bien lejos, a Japón o algo así — dijo abatida al mismo tiempo que se ponía la mano en la frente y negaba con consternación.

—Pero qué exagerada eres. Aunque si te fueras, al menos lo harías con tu marido —musitó Julia, y se puso a llorar otra vez.

Cris le apretó contra sí con su mano fría.

—Cálmate, estoy segura de que Óliver y tú lo acabareis arreglando —Julia se secó rápidamente la cara.

—¿Sí? ¿Y por qué estás tan segura?

—Porque solo hay que verlo cuando habla de ti, se le iluminan esos ojitos de caramelo que tiene, y aprieta involuntariamente una comisura como si estuviera pensando en lo más tierno del mundo. Está coladito por ti, sin duda.

—¿De verdad lo piensas? —dijo con ilusión.

Pero Cris no respondió, fue directa a un conjunto de leopardo que acababa de avistar como si hubiera encontrado lo que le faltaba.

—¡Mira, Julia! —Se puso la prenda ceñida sobre su camisa—. ¿Crees que este le gustará a Paco? —sonrió esperanzada mientras se miraba coqueta a un espejo.

—Sí, es ideal si quieres hacer el salto del tigre desde el armario —se mofó.

Cris la miró de soslayo con cara de fastidio.

—Es estampado de leopardo, no de tigre —corrigió.

—Bueno, según se mire. Pero en ese caso, si te pones eso, también la puedes liar parda... —sonrió abiertamente sin dejar de estudiar la prenda.

—Vale, Julia, creo que te has venido arriba, ¿no?

—Perdón, es que estoy nerviosa.

—Ya sé que esto no es el no va más de la sensualidad, y quizá tiene un punto hortera. —Colgó definitivamente el conjunto en un colgador—. Pero es que el sexo de nuevo está resultando ser muy aburrido.

Julia se secó del todo sus mofletes húmedos y respiró con profundidad para

restablecerse.

—*Septimocielo.com* —nombró—. Ahí está todo lo que necesitáis Paco y tú. Y si no sabéis por dónde empezar, yo os recomiendo el anillo vibrador, ¡es una pasada!

—¿Cómo? ¿Me estás hablando de juguetes sexuales?

—Así es —declaró Julia sin tapujos.

—Ay, nena, nunca me lo hubiera imaginado —rio al pensarlo, y dejó en su rostro una expresión pizpireta perpetua.

Después de un largo día, Óliver acababa de llegar a la dirección de su última cita. Picó al octavo piso del portero automático.

—¿Sí? —respondió alguien con voz femenina.

—Soy de Séptimo cielo —contestó Óliver.

—Sube.

La puerta se abrió, escuchándose mientras tanto un bullicio de personas en el altavoz.

Justamente aquella reunión había sido contratada para una despedida de soltera, así que tampoco se extrañó de la jarana que había montada. Algo que en aquel momento no le apetecía en absoluto, pero tenía claro que se iba ceñir única y exclusivamente a las explicaciones informativas que requería su trabajo.

Al llegar al octavo piso, la puerta número tres se abrió sin dejar ver la identidad de la persona que se encontraba en el interior. Óliver se quedó un tanto extrañado, pero avanzó hacia ella.

—¡¿Hola?!

Irrumpió el lugar y la puerta misteriosamente se cerró, y cuál fue su asombro cuando vio el rostro de Angélica.

—¡Tú! ¿Qué es lo que...? —pronunció Óliver patidifuso.

—¡Bienvenido, Óliver! —Le cogió de la solapa de la chaqueta y se aproximó peligrosamente a su cuello—. Te dije que ya se acercaba el momento de vernos,

estaba ansiosa por tenerte cerca otra vez.

Un ardor naciente recorrió el cuerpo de Óliver al sentir el hálito vaporoso y candente que atemperaba su piel tan de cerca.

No obstante, Óliver se la sacó de encima y reculó un paso.

—Creo que me he equivocado de piso—, yo iba al noveno... —Ella le interrumpió enseguida.

—Tercera. Has venido a dar una reunión de tapersex, Álex Badía.

—¿Cómo lo has sabido?

—Bueno la gente habla y no hay muchos asesores de juguetes eróticos que tengan esas impresionantes características, pero tú sí las tienes. También hay algo que tendría que comprobar por mí misma, puesto que aseguran que posees gran experiencia y desparpajo sobre el tema. —Volvió a acercarse a él como si fuera una perversa vampiresa. Óliver abrumado le apartó la cara—. Pero dime, ¿por qué lo del nombre?

—A ti te lo voy a contar. —Volvió a zafarse de ella—. ¿La reunión es aquí o no? Tengo prisa y no quiero ser descortés, pero ya te dije que lo que pasó entre nosotros había sido un gran error. Ahora dime si es este el piso.

Angélica endureció su expresión y suspiró hostigada.

—Sí, ven por aquí.

Ella avanzó por un largo pasillo que apenas estaba iluminado, y abrió la puerta del fondo. Entretanto, Óliver le observaba estático desde su anterior posición, no se fiaba ni un pelo.

La apertura de la puerta desprendió por el lánguido pasillo la idéntica jarana que había escuchado por el portero automático, y supo que, en efecto, lo esperaban. No obstante, aquello era como meterse en la jaula de los leones, ¿se atrevería?

Óliver respiró profundamente. Parecía una locura, pero tenía claro que podía ser todavía peor quedarse a solas con Angélica. Así que avanzó hacia su cometido y se internó en el barullo.

En cuanto lo hizo, un buen puñado de mujeres, todas ellas por debajo de los veinticinco y con la rebeldía desatada en la lengua, empezaron a silbar y a emitir obscenidades y halagos como rudos camioneros.

Óliver miró con turbación a Angélica, que sonreía como una mala pécora.

—¡Chicas, como os prometí, he traído al asesor más sexi y experimentado de toda la ciudad! —clamó ella haciéndolo enrojecer definitivamente—. Él nos explicará cómo se practica «el sexo» —enfaticó, mirándole y pronunciando la palabra más lasciva de lo que ya era.

—¡Sííí....!

Todas las allí presentes gritaron como locas.

Era evidente que antes de su llegada habían estado atemperando con enormes dosis de alcohol sus cuerpos, y este ya había conseguido hacer mella en sus alocadas y desinhibidas cabezas.

Óliver descomprimió su respiración, que se había mantenido impertérrita en el interior de su pecho, y se llenó de coraje antes de salir al ruedo. Sabía que, como en cualquier desenlace, la última misión era la más difícil.

Cogió su maletín con decisión y avanzó hacia la mesa del salón sin vacilar.

—Bien, si queréis sumergiros en el fascinante y placentero mundo del buen sexo, será mejor que os sentéis y prestéis total atención.

Su voz sonó a la de un auténtico maestro, como si fuera el único capaz de desvelar a esas lozanas vidas la clave de lograr una futura existencia plena y feliz. Y todas se sentaron a su alrededor sin quererse perder ni un solo detalle de lo que saliera de su sabia boca.

—Supongo que a todas os habrán instruido alguna vez sobre historia. No obstante es evidente que una parte de ella, por no decir la más importante, ha sido vetada en los libros y, por supuesto, en las clases de los colegios.

—No me digas que has venido a darnos la chapa con la historia —sugirió una chica con naciente fastidio en su voz. Estaba sentada en el sofá, sujetando un tubo turbio medio vacío en la mano.

—Así es. He venido a hablaros del primer juego sexual que inventaron los nobles y los reyes, el que fue el primero de los muchos que en adelante vendrían: el impávido. —De repente, la mayoría se revolvió en su asiento para adoptar una posición más cómoda—. Este consistía en la entrada de seis varones a una sala, una sala donde tendrían que sentarse alrededor de una mesa redonda revestida con un largo mantel hasta el suelo. Pero antes de sentarse, se tenían que desnudar

de cintura para abajo. Cuando los jugadores ya yacían preparados en sus puestos, una bella y aristócrata dama con antifaz, entraba en la habitación para ocultarse bajo la mesa redonda. Es ahí cuando empezaba el juego: tras activar la desorbitada curiosidad a la dama acompañada de una imagen de lo más obscena, seis genitales se ofrecían para saciar los instintos más deshonestos y libidinosos de esta. Este juego de la corte versallesca causó gran furor, y fue el causante de que el ser humano no pudiera parar de desarrollar más y más invenciones eróticas y placenteras.

Óliver tenía a todas sus oyentes hechizadas. Sus días de aprendizaje con Julia habían dado para mucho, incluso su entrega era tan intensa que, en algún momento habían indagado sobre las raíces de la sexualidad en internet.

Después de sus increíbles y envolventes monólogos, Óliver les ofreció el material como si fuera nubes del cielo.

—Solo debéis humedecerlas. Con la saliva caliente da mucho más placer cuando las introduces.

—¿Y si te las introducen? —preguntó la novia, que resaltaba con claridad por la pornográfica corona que sus agudas amigas le habían puesto en la cabeza: un gran pene apuntando al cielo, abrigado con un profuso manto de vello negro.

—Entonces la plata se deshará en lava ardiente y te hará gemir de verdadero gozo.

—¿Y qué me dices de esto que tiene esta forma tan rara? ¿Para qué sirve? —interpeló la más joven, que rebuscaba en la maleta como si estuviera extrayendo succulentas y variadas chucherías.

—¡Ja! Eres muy observadora. Pues te diré que este increíble juguetito es el *Sucsuc*, así es como se llama —se lo cogió de las manos—, tiene una utilidad muy pero que muy demandada. ¿Ves que tiene como una enorme barriga que finaliza en una simulada boca abierta? —Lo mostró perfilando su forma redondeada con el dedo—. Pues es donde se debe apretar para que sus ondas expansivas te hagan alcanzar tremendos orgasmos. ¿Y cómo lo hace? Succionándote el clítoris.

—¡Qué barbaridad! —espetó una—. Yo quiero el *Sucsuc*.

Las chicas arrasaron con el peculiar juguete que conseguía actuar como los

labios hambrientos de un mulato, y también, con todo el interior restante del maletín de Óliver. Y en poco más de una hora, él se despedía con los bolsillos atestados de billetes y con la autoestima más saturada que el mismísimo Dios.

—Ha sido un verdadero placer pasar este rato con vosotras, chicas. Y no lo olvidéis, el gozo es infinito, solo hay que contar con una mente abierta y los medios adecuados para disfrutar de él al máximo.

Su público satisfecho le aplaudió en su salida, abriéndole paso como si fuera un personaje célebre. Incluso alguna osó en meterle un papelito con su número de teléfono en el bolsillo de la chaqueta, mientras le susurraba «¿probamos un impávido de dos?». Por supuesto, Óliver no respondía, pero se quedaba con cara de boniato pelado.

—Te acompaño —le susurró Angélica en la oreja. Si bien no lo hacía por mera cortesía, sino para actuar como guardaespaldas ante tantos peligros que acechaban a su codiciado macho.

Cuando estaban en la salida, de improviso Angélica se abalanzó sobre él. Le absorbió los labios y la lengua como si fuera lo único que lograra mantenerla con vida desde ese instante. Sus besos eran tan fervientes y pasionales que a Óliver le costó desengancharse de ella, pero lo hizo. Y con el ardor en sus entrañas, la miró a sus ojos implorantes:

—Lo siento mucho, Angélica —dijo con la voz agitada por la excitación—, si no la amara tanto como la amo, no dudaría en poseerte. Eres una diosa...

Ella agachó su mirada desalentada y se limpió con el índice la saliva que humedecía el derredor de su boca, y se lo chupó. Aunque enseguida volvió a buscar su rostro con sus luceros de gata.

—¿Sabes? Siempre te esperaré, Óliver. No hay hombre como tú sobre la faz de la tierra.

Óliver la besó en la frente tras su grato halago, y se marchó victorioso de la que creía que había sido su última misión.

Capítulo 24

LA SEDE CENTRAL DE TAPERSEX

Cuando llegó a casa, se encontró a Julia dormida en el sofá, estaba encogida como si estuviera pasando frío. De inmediato cogió la manta que había en el reposabrazos y la cubrió hasta los pies, a continuación la observó como si se estuviera deleitando con su perla más valiosa, era tan preciosa. Acarició su cabello dorado y se sentó a su lado dispuesto a dormir. Ansiaba que aquel trance de enemistad entre los dos transcurriera lo más rápido posible, ya que estaba convencido de que cuando se despertaran todo volvería a arreglarse; la amaba más que a su vida.

Julia se había despertado esa mañana y no había encontrado a Óliver en casa, estaba fuera de sí pensando que definitivamente le había dejado.

—¡Sal, perro desobediente! —le dijo ofuscada a Supermán, que yacía enroscado en la manta del sofá y sabía que Óliver odiaba que lo hiciera.

A continuación se vistió y se fue como una bestia mal herida hacia el trabajo. De hoy no pasaba que le cantara las cuarenta a ese presuntuoso que le había saboteado la vida.

Cuando llegó a la inmobiliaria y vio tras el cristal que Pol se encontraba adentro, irrumpió el lugar como una posesa.

—¡Tú! ¡¿Cómo te has atrevido, cabrón engreído?! —gritó.

Franchesca, Silvia y Cristina, que estaban presentes, se quedaron atónitas al ver a su supuesta dulce y afable compañera con aquella desequilibrada actitud, parecía una loca que se había escapado del manicomio.

—¡Julia! —Pol le cogió del brazo—. Creo que este no es el lugar más indicado para...

—¡No me toques! —le cortó histérica con los ojos inyectados en sangre—. ¡Por tu culpa Óliver me va a dejar! ¡Cabrón! ¡Hijo de puta! ¡No te acerques a mí! —Inmediatamente ella se derrumbó y comenzó a llorar desconsolada.

Cris se levantó de su asiento para consolar a su amiga, pero Pol la detuvo para que le dejara un momento a solas con ella. Julia se veía tan frágil y triste, que a todos se les encogió el corazón. Pol la cogió de sus pequeños hombros para reconducirla hacia la calle como si llevara entre sus manos una delicadísima figura de porcelana, y cuando comprobó que ya se habían alejado de las morbosas miradas de sus colegas, la detuvo. La dejó unos minutos desahogarse e inspirar aire puro, y después la miró a sus ojos enrojecidos.

—¿Estás mejor? —Aunque Julia no le respondió—. Mira, yo no pretendía que fueras desgraciada. Solo quería hacerte feliz.

Julia levantó su rostro gacho y repleto de sinuosos regueros de lágrimas.

—¡Mentira! Tú solo querías conseguir un trofeo más, y yo... fui una tonta por caer en la trampa —expresó aún con saña latente.

Sin embargo a él no pareció importarle que le gritara y montara una escenita en plena calle, incluso con varios transeúntes anonadados observándoles con descaro. La cogió del rostro con sus fuertes manos y le plantó un intenso beso en los labios.

No obstante, ella se desprendió en cuanto pudo de él.

—¿Pero a ti qué te pasa? Te odio. ¿Que no lo has entendido?

—Te quiero, Julia. Tú me has enseñado que es sentir algo de verdad, algo tan fuerte que te hace ver la vida de otra manera. Los coches de lujo, las mansiones, el dinero, eso no tiene ni la más mínima importancia. Quiero que vengas a vivir conmigo.

Julia lo miró escéptica, pero cuando observó la transparencia del verdemar de sus ojos y sus comisuras risueñas e ilusionadas, vio que increíblemente el elocuente, embaucador y liante Pol Cros, esta vez decía la verdad.

—Me siento muy halagada, Pol. Pero de la única manera en la que podría estar contigo o con cualquier otro es si durante mi existencia jamás hubiera

conocido a Óliver. Él es el hombre de mi vida.

Pol desvaneció su resplandeciente expresión y la tornó en una más triste.

—Al menos dime que en algún momento te sentiste atraída por mí.

—¿En algún momento dices? Me has tenido en más de una ocasión loquita por ti —le confesó, y le besó cariñosamente la mejilla.

Julia se despidió de Pol y del resto de la plantilla, ya que tras finalizar la aclaración fue directa a la inmobiliaria y presentó su dimisión. ¿Un arrebató? Quizá, pero tenía claro que después de todo lo que había sucedido no podía seguir trabajando ahí, y más si quería conseguir ganar un ápice de la confianza de Óliver, si es que eso todavía era posible.

Óliver y Álex habían recorrido alrededor de cien kilómetros en coche dirigiéndose hacia Gerona para presentarse en la sede de Séptimo cielo, allí les esperaba Romina, la jefa.

—¡No puedo creer que hayas tratado así a mi *Insignia*! —masculló Álex ofuscado mientras aparcaba—. Eres un mamonazo.

—Vamos no te cabrees, un poco de reparador de arañazos y listo. Luego te compro.

—¿Y la abolladura? —Óliver lo ignoró y cambió de tema.

—¿Aquí es? —preguntó Óliver al encontrarse frente a un edificio de lo más común.

—Sí, ¿por qué? ¿No es de tu agrado? ¿Qué coño te esperabas, zopenco? —expresó Álex todavía rabioso.

—Bueno, yo me esperaba un local lleno de neones rojos y rosas que formaran siluetas móviles de penes y vaginas en el aparador, y por supuesto, de parejas follando.

—Ya, pero es que esto es la sede de un negocio de objetos eróticos, no un puticlub —aclaró Álex.

—¿Y qué diferencia hay?

Álex le miró de soslayo con la ceja levantada, aunque no se molestó en virar del todo su cabeza.

—Oli, después de haber trabajado en esto un tiempo, ¿todavía me preguntas qué diferencia hay? ¡Pues está claro! Nuestro negocio ofrece objetos sexuales para mejorar y disfrutar del sexo, y no a personas que les garanticen ese servicio.

—Querido amigo, discrepo. Siento decirte que quizás eres tú el que todavía no ha entendido que realmente no hay ninguna línea que separe los dos conceptos, puesto que el fin es el mismo: lo que quiere todo el mundo es saciar su mente con cualquier tipo de cosa que le haga liberarse a través del sexo. Humana o artificial, la forma no importa en absoluto, solo el resultado.

—Ya, anda, vamos —masculló negando con la cabeza.

Al entrar a la sede, una mujer con traje de ejecutiva se levantó de la mesa del fondo para ir a recibirlos.

—¡Álex, cuánto tiempo sin verte! —espetó ella con alegría, y lo acogió en un amigable abrazo que finalizó con dos besos sonoros en sus mejillas.

—Yo también me alegro de verte, Romina.

La mujer, que era más alta que ellos, o al menos lo parecía con la ayuda de sus aparatosos tacones y plataformas de charol de, como mínimo, dieciocho centímetros, desvió la mirada de su empleado para observar de arriba abajo a Óliver.

—¿Así que es él?

Óliver se sonrojó, no sabía qué decir.

Y es que se había involucrado en el negocio de aquella desconocida sin su consentimiento, así que, en cualquier instante, la tal Romina podría soltarle cualquier salvajada y no tener derecho a una mísera defensa.

—Encantado, yo soy Óliver —le ofreció la mano muy formal.

Últimamente había discernido que actuando de forma más seria y educada solía conseguir mayores cosas. No obstante, la larga espera sin que la indefinida mujer se la estrechara, le hizo dudar sobre aquella teoría. Los dos amigos no sabían dónde meterse.

De repente, Romina se abalanzó a sus brazos y lo abrazó con gran entusiasmo.

—¡Cómo me alegro de conocerte por fin! —Le miró a los ojos castaños que

radiaban confusión—. Tú has conseguido que mi negocio volviera a resurgir. Estaba considerando cerrarlo porque las ventas del último año apenas me habían dado para cubrir los costes. Eres mi ángel de la guarda, ¡y vaya ángel! —rio con picaresca y le plantó un fuerte y rotundo beso en la boca.

Óliver se quedó pasmado y aturdido, igual que un dibujo animado después de darse un buen golpe.

—Gracias... supongo —pronunció Óliver con inseguridad.

—¡Gracias a ti, cariño! —Se volvió y se dirigió hacia su mesa—. Por eso es que tengo un plan que va hacer que Séptimo cielo sea conocido hasta en los confines del universo. —Rebuscó en una de las montañas de papeles que tenía—. ¡Aquí está!

—¿Es mi despido? —preguntó Álex con temblor en su garganta.

—¡No, qué va! Cielo, si tú no hubieras dejado que tu amigo te ayudara, mi negocio no estaría subiendo como la espuma ahora mismo—. Desplegó un gran folio blanco donde sus uñas color fucsia relumbraban en el marco—. Esta es la gráfica donde se ve con claridad el crecimiento de este mes respecto a los últimos seis.

—¡Madre mía! —exclamó Álex maravillado. En el papel se reflejaba cómo la línea recta crecía de golpe a gran altura y no volvía a descender—. Y eso lo has hecho tú, Óliver. ¡Qué crack! —Le dio una colleja cariñosa en el cogote a su amigo.

—Cierto. Y por eso quiero proponerte que te unas a Séptimo cielo, de manera legal, por supuesto —manifestó Romina mientras salía del espacio donde la intensa luz solar de la ventana cegaba sus ojos grises. Avanzó unos pasos y aprovechó para posarse a la vera de Óliver y mostrarse de esa forma más persuasiva—. ¿Qué me dices, chicarrón?

—Oh, es usted muy amable, pero...

—Por favor —le interrumpió—, no me trates de usted. Para ti soy Romina, ahora somos amigos. —Apretó sus comisuras de porcelana y le abanicó con sus largas pestañas.

—Romina —pronunció y le sonrió—. Te lo agradezco mucho, pero yo... no estoy seguro de que eso sea una buena idea.

Aquella respuesta pareció ser fatídica en el rostro de la empresaria.

—Te haré socio —dejó caer como una bomba. Óliver y Álex se miraron completamente desconcertados ¿Habían oído bien?—. Si todo sigue como ahora, en menos de un año serás rico. Solo tienes que ver todos esos impresos que tengo sobre la mesa, casi todo son reservas hechas para los próximos siete meses. Y en todas te piden a ti.

Óliver estaba congelado ¿Cómo había sucedido todo eso?

—Oye, Oli, no puedes decir que no, ¡sería una locura! Esta es tu oportunidad —le dijo Álex apretándole el hombro.

Óliver, que miraba al suelo absorto, levantó la cabeza y buscó los ojos de Romina, que lo esperaba con impaciencia.

—Está bien, diré que sí entonces —dijo ilusionado—. ¿Qué tengo que hacer?

—Fabuloso. —Romina ensanchó sus labios hasta mostrar sus dientes blancos. Parecía haberse convertido en la mujer más afortunada del mundo.

Y tras deleitarse con la respuesta de su nuevo socio, endureció de golpe su semblante para abstraerse al máximo en su labor. Comenzó a ojear y teclear su *iPhone* como si de repente estuviera hipnotizada por la tecnología. Entretanto, los dos amigos comentaban jocosos la trascendencia de lo sucedido, hasta que ella volvió a pronunciarse interrumpiendo la conversación.

—Bien, no perdamos más el tiempo. Mañana, Óliver, te dirigirás a Mallorca. Te acabo de reservar vuelo y hospedaje, y mi notario ya ha puesto en marcha los documentos requeridos para asociarte en el negocio. Respecto a Mallorca, quiero que abras una sede allá. También te encargarás de formar a los nuevos comerciales de Séptimo cielo. Tú eres el único que puede enseñarles cómo conseguir que nuestros clientes sientan deseo e ilusión de probar nuestros productos —explicó con carrerilla.

Sin duda, a la emprendedora se le iba la vida en ello.

—Para, para, para —musitó Óliver con cierto agobio—. Yo no puedo irme. Estoy casado.

—¿Casado? Pues entonces, que tu mujer se vaya contigo. —Resolvió Romina.

Óliver en su nueva conmoción, notó cómo Álex le propinaba golpecitos en la espalda de sostén. Si bien en poco tiempo, cuando su mente se había vuelto más

y más neblinosa, dejó de sentirlo.

Capítulo 25

PILLADO

Julia estaba tumbada y estática sobre el sofá con el móvil sobre su pecho. Había llamado a Óliver unas veinticinco veces y no le había contestado.

Después de llorar y llorar durante dos largas horas, sus ojos se habían quedado tan secos como la mojama. Así que la única forma que halló para seguir desahogándose fue la de devorar los dos botes de helado de dulce de leche y chocolate que tenía en el congelador, y que hacía medio año que no se había atrevido a comer para no engordar.

La panzada no duró demasiado, ya que había comido de manera compulsiva. Y tras reposar un rato estirada en el sofá, se reincorporó para volver a coger la cuchara que había dejado dentro del bote. Apuró ansiosamente con el utensilio el resto de chocolate que se había deshecho en el fondo y se lo introdujo en la boca como si fuera aire en vez de alimento. Pero cuando saboreó la última gota, se dio cuenta de que aquel consuelo no había sido más que un fraude, y es que otra lágrima se desplomaba sigilosa por su lagrimal igual que una férrea pesa de metal, esta, increíblemente dolorosa.

Por lo visto sus desgarradores sentimientos, habían tenido tiempo suficiente para generar más lágrimas ácidas en su interior. ¿Qué iba hacer ella sin Óliver? ¿Qué sentido tenía la vida sin él?

Se puso un pie y se dirigió al balcón. Supermán la seguía como si fuera su sombra, no obstante, Julia no le había acariciado ni una sola vez, y tampoco le había dirigido la mirada durante su compañía.

Se acercó a la balconera e inclinó levemente su cabeza para divisar con estupor la gran altura que le precedía y los coches en movimiento de la carretera. Cerró los ojos y respiró profundamente mientras apretaba las manos a la barandilla: Sentía el aire, sentía el vacío de sus problemas y la disolución de su dolor, toda aquella libertad insensible estaba en el aire...

¡Guau!

El agudo ladrido de Supermán hizo que Julia abriera al momento los ojos y agitara la cabeza. «¡Dios! ¿Qué estoy haciendo?», caviló completamente turbada.

Se adentró enseguida al interior sin querer pensar en la locura que se le había pasado por la cabeza: acabar con su triste vida. Y se prometió a sí misma que nunca más volvería a repetirse.

La puerta de entrada sonó como si acabaran de cerrarla, y Óliver resurgió del marco de la puerta.

Julia, al verlo, avanzó unos pasos hacia él, y ambos se quedaron absortos y petrificados en los ojos del otro. Solo se podía observar un punto idéntico en aquellos dos iris tan diferentes; el puro sentimiento fatigado que iluminaba sus ojos desnudos.

Óliver fue directo a sus brazos y enseguida Julia lo abrazó como si fuera su mástil, estrechándolo con una fuerza inconmensurable para no dejarlo marchar jamás. Otra vez estaban juntos. Sus besos comenzaron a convertirse en tiernos bocados que recorrían sus rostros apaciguados, desde luego estaba claro que marido y mujer ansiaban comerse el uno al otro.

Él la tomó en sus brazos poniendo a prueba su nervudo torso, y entre paso y paso, los dos pusieron en marcha el arte de deleitarse con el sabor de la piel ajena, que curiosamente parecía contener alguna sustancia adictiva. Cuando llegaron al sofá la soltó, y algunos de los cojines rebotaron en el aire como si fuera el follaje caído del bosque.

—Lo nuestro solo acaba de empezar —masculló Óliver mirándola fijamente a sus ojos azules, que habían descendido a la altura de sus piernas y parecían destellantes cometas lejanas.

Julia sonrió radiante al oír la convincente declaración de su marido. Volvía a

ser feliz.

Óliver se inclinó para desabrocharle y quitarle los pantalones, y también la camiseta que estaba manchada escandalosamente de chocolate. Después volvió a ponerse derecho y la admiró desde su altura como si estuviera divisando una alhaja mágica recién extraída del mar. ¡Cómo la quería!

—Te quiero dentro de mí —pronunció Julia.

Óliver sin hacerla esperar, se colocó con cuidado sobre ella y se introdujo cálidamente en su interior, tal y como ella deseaba.

Las tiernas y fervientes embestidas que él propinaba como si fueran templadas olas de mar, se prolongaban gustosamente entre las miradas inseparables de los dos enamorados. Se amaban simplemente con la mirada. Hacían el amor muy despacio, igual que lo hicieron la primera vez, pero es que se sentían tan colmados de amor que no querían que aquello terminara nunca. En realidad deseaban detener el tiempo para no dejar de sentir esa increíble unión espiritual que acaparaba sus cuerpos, y que les hacía tan dichosos.

No obstante, de pronto, aquellos delicados cuerpos comenzaron a adoptar otra consonancia, una más recia y decidida. Indudablemente aquel efecto era consecuencia del mismísimo delirio, uno que en cualquier caso se describía como independiente y desvergonzado, y que no pedía permiso para presentarse, aunque cuando lo hacía, no solía tener muchas protestas.

El mullido sofá revestido por esa masa cada vez más encarnada, empezó a quejarse por el achaque más fuerte que esos dos deliberaban, proyectando entre los gemidos diferentes ruidos chirriantes e inconstantes, y el gozo de la pareja apareció más tangible en el ambiente. «¡No pares Óliver, te lo suplico! ¡Oh..., así, sí...!», clamaba Julia mientras su hombre no cesaba en obrar su cometido. A continuación, las incontrolables contracciones se desprendieron por sus frágiles extremidades, tensándolas como cuerdas de instrumentos musicales y desencadenando en ellas una amatoria melodía. Tras finalizar aquel lapso tan gratificante y perturbado a la vez, el sellado de su inquebrantable amor ya se había completado. Ambos se quedaron sin aliento, y Óliver descansó sobre el pecho ardiente de su amada. No volverían a separarse jamás.

Julia abrió los ojos, se había quedado dormida después de hacer el amor. Notó como su rostro estaba diferente, así que se tocó con la yema de los dedos la boca y comprobó que sus labios se hallaban estirados de lado a lado, como si desde su recién despertar poseyera la imperturbable sonrisa de un payaso. Estaba completamente radiante. Se incorporó y se desperezó igual que un ágil ratón, y tras sentir la relajación de sus músculos se levantó para ir a buscar una cerveza fría a la cocina.

Un móvil vibró en la madera de la mesa antes de que le diera tiempo a abandonar el salón, y comprobó que era el de Óliver.

—¡Cariño! ¿Dónde estás? Te acaba de vibrar el móvil —gritó ella.

Pero antes de que Óliver la escuchara, el agua a presión de la ducha sonó de fondo.

Julia lo cogió para llevárselo al baño, quizá era algo importante relacionado con el trabajo, pensó. Pero cuando lo tuvo en la mano, decidió echar un vistazo a las escuetas palabras principales del mensaje todavía iluminado, y, al darse cuenta de su autoría, no dudó en leerlo entero:

«Gracias, Óliver, ha sido realmente excitante tu visita. Aunque no creo que pueda olvidar tus cálidas manos acariciando mis nalgas y tus besos con sabor a miel que me hicieron perder el sentido la otra noche, tendría que estar loca para hacerlo».

El mensaje era de Angélica.

Julia se llevó una mano a la cabeza y se apretó un manajo de pelo como si se tratara de una inservible broza recién cogida del campo. Se sentía tan engañada que sintió repulsión hacia sí misma. ¿Cómo se había atrevido a engañarla con esa pelandusca? Y, además, ¿cómo había sido tan despiadado al hacerla sufrir por lo de Pol, después de haber cometido él la misma traición?

—¿Me llamabas, mi vida? —musitó Óliver meloso al asomarse por la puerta.

Estaba mojado y desnudo, y envolvía sus caderas tan solo con la toalla.

Pero la cara escarlata de Julia, junto a la desencajada posición de la mandíbula que deslucía, dijo más que cualquier otra palabra que pudiera pronunciar. Si bien la omisión, no duró mucho.

—¿Por qué? ¿Cuándo...? ¿Cómo te has atrevido? —interpeló ella

escandalizada comprimiendo el móvil con las manos—. ¿Qué es lo que has hecho, Óliver? —Al instante una dolorosa tristeza brotó en sus ojos, desquebrajando por dentro a la persona que los mirara.

Óliver, tras aquella desoladora escena, no necesitó ningún dato más para saber a lo que se refería.

—Yo... no estoy orgulloso de ello —masculló apesadumbrado—. Lo borraría sin duda si pudiera, pero, te doy mi palabra de que no pasó nada.

—¿La palabra de quién? De alguien que en lugar de corazón tiene un cactus en su interior. ¿Cómo fuiste capaz de hacerme sentir como una auténtica miserable, cuando tú habías hecho exactamente lo mismo? Eres un... —Óliver le cogió de las muñecas y se la acercó a tan solo un abismo de su boca, haciéndole sentir su candente y desesperado aliento.

—Sí, un cabrón, un hijo de puta. Dilo. Es verdad, soy un desgraciado que no ha sabido ver lo afortunado que era al tener a alguien como tú a su lado. Pero perdóname, te lo suplico. —La miraba fijo con los lagrimales atestados de dolor—. De verdad creo que lo nuestro ha vuelto a renacer, y esta vez con más fuerza que nunca. Si tú me dejas... mi vida dejará de tener sentido. Por favor, perdóname.

Sin embargo, Julia no podía parar de mirarlo con una ira infinitamente creciente. Lo odiaba, quería matarlo. Nunca jamás alguien le había hecho tanto daño.

Al sentirse acorralada por numerosos e insufribles sentimientos que le hacían ver su vida como un grueso agujero negro, no aguantó más.

—¡Maldigo el día en que te conocí! ¡A partir de ahora para mí estás muerto! —Buscó con rapidez el bolso y las llaves, y desapareció por el pasillo que iba derecho a la calle.

Óliver se quedó horrorizado con las tremebundas palabras que Julia le había dicho. Para nada había visto en sus desolados ojos ni un ápice de perdón. Ella ya no le quería, o al menos eso pareció.

Al salir de su momentáneo letargo, quiso ir en su búsqueda.

—¡Julia...! ¡Julia, espera!

Pero ya era tarde, Julia se había evaporado. No se encontraba ni en casa, ni en

el rellano de la escalera. Y en su persecución hasta la entrada, se dio cuenta de que su mano seguía sujetando la toalla que revestía escuetamente sus caderas.

Un tosco golpe de metal que provenía de abajo, le hizo comprender que alguien, Julia, acababa de salir del edificio.

Enseguida Óliver se precipitó al dormitorio para proporcionar algo de ropa a su desnudez, y en poco más de un minuto ya salía vestido dispuesto a recorrer el camino que le llevara a su amada mujer. Hasta los confines del universo iría si fuera preciso para encontrarla.

Capítulo 26

UN SUSTO Y UN SUPERHÉROE

Entretanto Julia corría como una loca por las calles circundantes. No podía distinguir hacia dónde se dirigía, ni tampoco qué era lo que se hallaba justo delante de ella, pues las continuas lágrimas agridulces que renacían de sus castigados luceros celestes, no le dejaban ver. No obstante, ella seguía corriendo sin detenerse, tan solo deseaba deshacerse del inmenso dolor que sulfuraba sus entrañas y no le dejaba apenas respirar.

Repentinamente alguien la tiró al suelo de forma brusca, y montó su peso descomunal encima de ella.

—No te muevas, zorrita —dijo una voz extraña y masculina.

Al instante sus sollozos dejaron de fluir, y su pavor hizo que recuperara la visión para saber cuanto antes quién era el diablo que le estaba atemorizando, y tal vez también para sobrevivir al trance.

Un hombre desaliñado y con el pelo asquerosamente grasiento se encontraba sentado sobre su barriga, mientras tanto se dedicaba con una mano a inmovilizarle el cuello y con la otra, a vaciarle el bolso.

—¿Qué quieres... de mí...? —pronunciaba Julia con dificultad—. Puedes llevártelo todo, pero, por favor... no me hagas daño.

Escudriñó el lugar a la espera de que ese malvado espécimen se apiadara de ella. Pero su miedo se acrecentó al comprobar que, por desgracia, se había metido en un deshabitado callejón sin salida, adonde ni siquiera se atrevían a adentrarse los rayos de sol.

Sus lágrimas empezaron a surgir nuevamente, pero esta vez no por tristeza, sino porque se acababa de dar cuenta de que su vida corría literalmente peligro.

El asaltante lanzó el bolso ya vacío hacia la otra punta, y después la miró.

—Bien, ya tengo lo que quería —sonrió con vileza. Aunque se detuvo a ojearla con más detenimiento, descendiendo su mirada al torso y más abajo. Cuando ya la hubo repasado con auténtico morbo y una saliva rebosante en sus comisuras, se pronunció de nuevo—. O quizá, todavía no.

Comenzó a manosear sus pechos temblorosos y sus muslos agitados.

—¡Para, no me toques asqueroso! —Julia se sacudió como un pez en la angustiada red.

—¡Calla, zorra, y no te resistas más!

—¡Socorro... Socorro! ¡Que alguien me ayude! —gritó hasta desgañitarse.

Ipsa facto alguien sacó la masa monstruosa de encima de la aterrada Julia. Era Óliver, que acababa de lanzar con un único y huracanado empujón al asaltante contra la pared, y ahora este se encontraba inmóvil en el suelo.

—¿Estás bien, cariño? ¿Te ha hecho daño ese cabrón? —le inspeccionó preocupado el cuerpo.

—No, no me ha hecho nada. Estoy bien. —Le ayudó a ponerse en pie—. Cómo me alegro de que hayas venido, si no hubieras aparecido, yo... —musitó Julia con los labios hechos un flan en movimiento, y empezó a llorar desconsoladamente.

—Shh... Ya pasó. Ya estoy aquí, mi vida, y no pienso dejarte nunca. —Óliver la abrazó todo lo fuerte que pudo para que se sintiera protegida.

No obstante, cuando Julia abrió los ojos, tras haber estado apretándolos mientras abrazaba con grato consuelo a su salvador, vio que el malvado delincuente estaba a punto de atacar a Óliver por la espalda.

—¡Cuidado, Óliver!

Ella se apartó al instante y Óliver comenzó a forcejear con el infame extraño. Ambos hombres se agarraban del cuello y de los brazos, sin apenas conseguir avanzar o retroceder más de un paso forzado. La tez belicosa de ambos se enrojecía por el acto sulfurado y por la opresión que la fuerza ajena le producía.

Pero cuando el acto parecía que no podía ser más torturador, el hombre de mal

fondo sacó una navaja del bolsillo de su pantalón.

—¡Tiene una navaja! —gritó Julia, y después se tapó la boca con horror.

Se quedó observando en estado de shock cómo su marido corría grave peligro por haberle salvado la vida.

Los dos hombres forcejeaban contra el muro sin dar tregua, y la navaja empezaba a olfatear en su movimiento de avance el sudor de inocente.

A Óliver se le agotaban las fuerzas, y sus pupilas dilatadas estaban clavadas en el afilado perfil de metal, que se acercaba peligrosamente a la altura de su nariz. Aquello podía ser una carnicería. Fue entonces cuando Julia reaccionó de su anestesiada situación, pensando en que, si no lo hacía, podría ser testigo de un fatídico final. Se acercó a ellos y desde su trasera posición, propinó una contundente patada al delincuente en sus partes bajas.

—¡Ah! —voceó él de dolor mientras se encogía como una lombriz.

Al instante, Óliver aprovechó y le lanzó un puñetazo en la cara que le hizo tambalearse y perder el arma blanca. Y cuando pudo volver a mantener el equilibrio, salió pitando del lugar que le había desgraciado el día.

Julia fue hacia su marido, y le inspeccionó de arriba abajo como si se tratara de una avezada doctora.

—¿Estás bien? No veo ninguna herida. ¿Te duele algo? —Ella le subía el suéter con nerviosismo.

—Ese hijo de perra no ha conseguido hacerme nada. Estoy perfectamente, no te preocupes. —Pero Julia seguía ojeando sus extremidades con desasosiego, hasta que Óliver le cogió de las muñecas—. Déjalo ya, no me ha ocurrido absolutamente nada. Mírame, sigo aquí.

Julia se quedó cegada en su tranquilizadora mirada. Hasta que explotó, sacando todo aquello que estaba a punto de causarle un ataque de ansiedad.

—No quiero ni pensar qué hubiera pasado si la navaja..., si tú.... No, no quiero ni imaginármelo. —Sus sollozos surgieron tras su angustioso pensamiento.

Óliver se quedó conmovido. Sus palabras eran reconfortantes, pero no sabía si ella después de lo que había sucedido anteriormente le seguiría rechazando. Estaba en su derecho.

No obstante, Julia vio en él el mismo pavor que ella en algún momento había experimentado, y después de sentir las frías lágrimas que limpiaban con descontrol sus mejillas, decidió besarlo. Se resguardó en el Óliver que, después de todo, la había querido siempre más que a su propia vida.

Él la correspondió impregnándola con un beso húmedo y amoroso, y tras sentir el anhelado perdón ya consolidado en sus carnes, la estrechó con sus férreos brazos como si quisiera metérsela dentro.

—Vayámonos lejos de aquí —murmulló Julia pegada a su pecho.

—¿Qué te parece si mañana partimos a Mallorca?

—¿Qué?

El matrimonio denunció inmediatamente el asalto a la policía. Y cuando se recuperaron del angustioso sobresalto, Julia le declaró a Óliver que había dimitido en la inmobiliaria, y a pesar de los problemas económicos que tenían en aquel momento, a él no le pudo hacer más feliz la noticia. Después de todo, ¿quién querría tragarse el sapo de que su mujer viera a su examante todos los días? Ni por un millón de euros.

Capítulo 27

UN FUTURO INCREÍBLEMENTE SEXUAL Y PROMETEDOR

Al día siguiente, ya se encontraban tomando tierra en la isla de Mallorca, donde se alojaron en un extenso y confortable ático situado en Manacor, una importante ciudad que tenía la fama de conquistar al visitante con su increíble patrimonio cultural y sus preciosos puertos naturales. Óliver, después de pocos días de aclimatación, comenzó a dedicarse a impartir conferencias y reuniones sobre cómo disfrutar del sexo con la mayor naturalidad del mundo, y también, a adiestrar sin descanso a futuros sabuesos del negocio.

Cajas y cajas de productos nuevos todavía por probar que le enviaba Romina desde Barcelona, llegaban semanalmente a su casa. Y la pareja, muy profesional y enteramente adepta a la causa, se dedicaba a catar del primero al último:

—Vamos, cariño, tengo unas ganas locas de probar este... —le suplicó Julia con la boca pequeña, que yacía a su lado en la cama.

—Está bien, pero después de haberme quedado extasiado con el *Complacer men*, no respondo de mis actos. Tenías razón sobre los masturbadores, son geniales y te quitan totalmente el estrés.

—Te lo dije, pero los hombres sois tan... cuadrículados, que os cuesta. Ahora, quiero que le des la máxima potencia —le mostró el consolador alargado y rosa — y me acaricies el clítoris con él.

Óliver apretó una comisura, se acercó y después la besó con intención de engullir su lengua resbaladiza.

—Para, para —dijo ella al despegarlo de su boca—, no vayas a consumir todas tus fuerzas. —Y le ofreció el objeto del momento.

Óliver lo revisó unos segundos y lo puso en marcha.

—Allá voy, preciosa.

Se puso de rodillas hacia ella y los dos se deleitaron con la desnudez del otro, que no se cansaban de admirar. Óliver encendió el nuevo aparato sin estrenar y se lo acercó hacia la apertura de sus esbeltas y bronceadas piernas. Era tan silencioso que apenas se percibía un insignificante bisbiseo en la habitación.

Julia sonrió de pronto, era la señal de que su marido le estaba proporcionando aquel delicioso gesto.

—¡Óliver, así! ¡Sigue, sigue! —expresó con voz vibrante.

Óliver disfrutaba al verla estremecerse, era como ver a una mariposa de colores indefensa vapulear sus alas. Su miembro erecto crecía con cada uno de sus comedidos gestos, hasta sentir que simplemente con un rozamiento podría alcanzar el clímax. Y tras varios minutos más de gozo compartido:

—Creo que estoy a punto... ¡Oh, sí! —gimoteó Julia.

—Espera, mi vida yo también, lo haremos juntos.

Óliver lanzó el aparato al suelo y se acomodó sobre su masa excitada.

Le recogió las muñecas inquietas y se las puso por encima de la cabeza, estaba tan cachondo... En ese trance meditó que la tenía en su poder y podía jugar un poco al *bondage*, sacando quizá de la mesita de noche las esposas de pelo rosa. Si bien no pudo reprimir mirarla con embeleso, como siempre lo hacía, y sintió su dulzura recorrer su vello crespo como fina arena de playa. Hasta que finalmente dejó apresada en su mente la idea de la sumisión y dominancia para otro día, ahora le urgía llevar a cabo algo de mayor relevancia: unirse a ella en cuerpo y alma.

Durante el acto apenas hubo impulsos, ya que al fusionar aquellos dos tórridos volcanes su fogosa lava no tardó en expandirse, lo hizo a sus anchas y por las cavidades de ambos que, de nuevo, se habían convertido en el mismo escollo.

—¡Ah...! —expresó la pareja de placer al mismo tiempo. Aunque aquello ya se había vuelto una clase de ritual.

—Como te quiero, Julia.

—Anda que yo, mi dulce caramelito.

Cuando pasaron seis meses de intenso trabajo e investigación, además de la tremendísima tarea que tuvo la pareja de experimentar las espectaculares noches mallorquinas regadas con *Palo* y *Ron* (bebidas típicas de allá) que les hacían desinhibirse más de lo que ya estaban, Óliver ya había logrado levantar una sede con más de mil quinientos nuevos clientes y había formado a más de doscientos cincuenta comerciales de tapersex en la isla. Sus beneficios habían subido tan alto que la cuenta bancaria del matrimonio acababa de incluirse en la de nuevos ricos de España.

Por supuesto, aquella maravillosa y aventajada economía impulsó a Julia a dar el paso que siempre había deseado con todas sus fuerzas: abrir su propia agencia como diseñadora de interiores. Y aunque todavía no había tenido el suficiente tiempo para hacerlo realidad, con tanta ayuda prestada a su marido, ya tenía el lugar, el proyecto y los planos en marcha. En poco tiempo, si todo iba según sus predicciones, su sueño habría cogido forma y se dedicaría de pleno a él. Bueno, en realidad no deseaba dejar de lado la gustosa tarea que desempeñaba como ayudante de uno de los dueños de la popular marca española de juguetes eróticos, así que, se tendría que partir en dos.

Tras aquella transición de medio año, Óliver y Julia emprendieron rumbo a Barcelona para reunirse con Romina. Su socia estaba pletórica e impaciente por hablar del impresionante crecimiento y de las increíbles ganancias que su idolatrado socio había generado.

Los dos enamorados ya se encontraban en el aeropuerto del Prat recogiendo sus maletas, entretanto Julia se mantenía con la oreja pegada al móvil.

—¿A quién llamas, cariño?

—Pues al hotel, quiero confirmar nuestra llegada, no me fio ni un pelo.

—¿Qué hotel?

—Pues el que reservé la semana pasada ¿Si no, adónde pensabas dormir, en la calle? O acaso no te acordabas de que vendimos nuestro piso hace ya dos meses.

Óliver le cogió el móvil de improviso y lo apagó.

—¿Eh, pero qué haces? —refunfuñó Julia con el entrecejo arrugado—. Mira que como haya habido algún error en la gestión, nos veo a los dos durmiendo entre cartones.

—Anda, relájate y disfruta, que sé que lo sabes hacer muy bien. —Le arrancó una hilarante sonrisa.

Al salir del edificio, un despampanante *Porsche* descapotable rojo estaba aparcado justo en la puerta. Óliver se detuvo al lado mientras que Julia siguió avanzando con su maleta hacia la zona de taxis. Segundos después se dio cuenta de que Óliver no seguía a su vera.

—¿Qué haces ahí parado? —voceó tras girarse.

—¡Vamos! —dijo él señalando con la cabeza el flamante coche—. ¡Es nuestro alquiler! Ella desdibujó una amplia sonrisa y corrió con entusiasmo haciendo chirriar las ruedecillas de su maleta.

Conducían con la capota bajada mientras el fresco aire ondeaba sus melenas y les empapaba de libertad, sintiéndose los más afortunados del mundo por todo aquello que la vida les estaba brindando. ¿Hacia qué dirección se dirigían? Según Óliver, se reunirían y alojarían con sus amigos y familiares, aunque a Julia le cayó por sorpresa la noticia, puesto que no sabía que había estado acordado con ellos aquel plan. Igualmente, le hizo muy feliz.

Deseaban verlos a todos para aprovechar su momentánea estancia en la ciudad y contarles los espléndidos sucesos que se habían producido durante los últimos meses en Mallorca, bueno, todos, todos no se los iban a contar.

—Acércate —le dijo Óliver con una venda de raso rojo en la mano—. Quiero vendarte los ojos.

—Creo que no es el mejor momento, Óliver. Estamos parados en un semáforo con la capota del coche bajada. Aunque no niego que no sea una idea excitante. —Estiró sus tersos labios pintados con carmín.

—Sí, ya. Pero no lo hago para eso. No quiero que veas hacia dónde nos dirigimos.

—¿Y por qué no?

—Vamos, anda, déjame ponértela de una vez.

—Vale. Ay, me vas a matar con tanto misterio —reía nerviosa.

Anduvieron un largo lapso por la autopista, o eso intuía Julia a través de la intensa corriente que rebotaba y enfriaba la desvalida tez de su rostro. Posteriormente el coche abandonó su recta dirección para tomar diversos giros en varias direcciones, hasta que notó cómo ejercía unas cuantas maniobras muy breves e inusuales: estaba aparcando.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó ella como una niña curiosa e impaciente.

—Sí, pero espera, yo te ayudaré a bajar y te quitaré la venda.

Óliver así lo hizo, la sacó muy despacio de su asiento y la acompañó con sumo cuidado hasta un punto seguro de la calle, y al fin le deslizó el raso por su perfilada y recogida nariz.

El rostro de Julia desdibujó una tremenda alegría.

—¡Pero si es la casa Florensa! Es preciosa, ¿a que sí? —exclamó enmarcando su alegre cara con sus dos manos—. Mira. Ya no está el cartel de *en venta*. Claro, que cuando yo la vi por primera vez, apenas llevaba unos días en el mercado. Algo así te lo quitan de las manos, y más en esta zona. —Julia seguía parloteando sin cesar y sin despegar los ojos de la casa, hasta que cayó en algo—. Espera un momento, ¿qué hacemos nosotros aquí?

Óliver se puso enfrente de ella.

—Tienes razón, la casa se vendió. Por lo visto un alemán se enamoró perdidamente de ella y aflojó la pasta, pero por desgracia al poco tiempo de comprarla al hombre le dio un ataque al corazón y la palmó. Sus hijos la volvieron a poner a la venta.

—Oh, qué pena. ¿Y sabes quién fue el comprador definitivo?

—Sí —dijo con seguridad—. Tú.

Los ojos de Julia se agrandaron como platos y se quedó completamente atónita.

—¿Qué? Dices que... ¿la casa Florensa es mía?

—Aja. Aunque de momento solo la puedas disfrutar los días en que nos traslademos aquí. Pero es tuya.

—¡Ay, ay, ay! —Saltó a los brazos de su amor con euforia y comenzó a comérselo a besos.

—Vale, vale... Déjame —le suplicaba Óliver con el rostro manchado de

húmedo carmín—. Estamos en plena calle y nos está mirando todo el mundo.

Aflojó su rostro del suyo por un instante para escudriñar.

—¿Que dices? Si aquí no hay nadie. Solo esa señora que acaba de girar la esquina con la compra, seguro que es la mujer de las faenas de esa increíble mansión, no creo que se lo cuente a ninguno de nuestros pudientes vecinos —sonrió perversa—. En estas reputadas urbanizaciones apenas transcurre gente caminando, solo pasan en carrozas tiradas por caballos o en cochazos bañados en oro, o como nosotros, en *Porsche* —rio con una sonrisa de oreja a oreja cada vez más vil.

—Venga amor, que me estás asustando. ¡Vayamos a ver nuestra nueva casa!

Julia asintió y le estiró del brazo a la vez que daba repentinos respingos, estaba entusiasmadísima, y Óliver la vigilaba de soslayo.

Capítulo 28

UNA PÍCARA CENA

La pareja comenzó a gozar de los increíbles espacios de la villa, si bien esta apenas contenía unos escasos muebles del dueño anterior. Óliver había preferido que se llevaran todo lo posible de la casa para que Julia se encargara del decorado. Los dos estaban rebosantes de alegría, pues hacía tan solo unos meses ese lugar era inalcanzable para sus desvalidos bolsillos, y ahora, era su segunda residencia.

Pero cuando Julia recorrió alguna de las salas, evocó de forma imprevista como en el pasado, en una de aquellas habitaciones, había ofrecido su íntimo cariño a Pol, traicionando así la confianza de su marido. Enseguida hizo lo posible para borrar ese pensamiento con un rápido movimiento de cabeza, como si una abeja merodeara por sus sienes y se la deseara quitar de encima.

—Veo que se dejaron esta enorme mesa —dijo ella intentando sanar el mal cuerpo que se le había puesto con otra nueva ilusión—, se parece a las largas y amplias que salen en las películas de los blasones. ¡Es fascinante! No comprendo cómo decidieron dejarla aquí.

—No la dejaron gratuitamente, se la compré yo. Pensé que te gustaría.

—¡Oh, Óliver, eres tan atento! Cómo se nota que me conoces bien —musitó encantada. Y evocó por un segundo la pedantería y el empalago de aquel matrimonio que un día acudió a su inmobiliaria: *Cleopatra y Marco Antonio*, los apodó su amiga Cris. Desde aquel momento intentó contener sus melifluos comentarios. Por nada del mundo quería asemejarse a esa pareja tan

insoponible. ¡Pero es que era tan feliz!, no sabía si lograría contenerse.

—Además, dónde sino se iban a sentar los invitados de esta noche.

—¿Cómo? ¿Has convocado aquí a todos?

—Sí, y he encargado un catering que... debe estar a punto de llegar. —Al momento sonó la puerta—. Ahí está.

—¡Ja! ¡Se van a caer de culo cuando vean esto! —espetó Julia con un regocijo tremendo en su mirada. Y Óliver volvió a mirarla con estupor.

Julia, mientras Óliver se dirigía a abrir la puerta a los del catering, decidió no perder ni un segundo más y extraviarse por los pisos de su nueva residencia. Fue entonces cuando entró en la que seguramente sería la habitación más grande de todas por su descomunal espacio, y encontró una caja rosa a rayas blancas que yacía en el suelo. Se acercó y observó que en ella había depositada una nota, se inclinó para cogerla y la leyó:

«Méteme dentro de ti, pero primero mójame en tu boca», ponía.

A continuación abrió la caja y observó unos increíbles y brillantes plomos color platino. Al lado había también un diminuto mando, este tan solo con dos botones.

Julia no lo dudó, y mientras esbozaba una hilarante sonrisa al pensar en lo picante que se había vuelto su apocado marido, se metió los pequeños plomos en la boca y los humedeció bien con saliva, luego se subió la falda y se los introdujo con cuidado dentro de sí.

Cuando ya tenía el juguete en su interior se notó extraña, pero decidió avanzar.

—¡Ah! —se le escapó al dar sus primeras pisadas.

La caricia ardiente que sentía cada vez que avanzaba un paso, era una mezcla trepidante entre molestia y placer, sin embargo no se atrevía a abandonar aquel experimento, pues su caminar ahora la envolvía de un intenso bucle de dolor y satisfacción del que nunca antes había percibido en solitario.

Bajó las escaleras para expresarle a Óliver todas aquellas sensaciones, eso sí, con cuidado. No obstante cuando casi llegó abajo, vio que varios de los invitados ya habían llegado y estaban dispersos por el gran salón, y durante el raudo repaso chocó con las fascinadas órbitas de su madre.

—¡Hija mía, no me lo puedo creer, qué caserón! —voceó doña Soledad con alborozo desde la lejana entrada.

Enseguida la mujer fue en su búsqueda, aunque no le iba a ser fácil, pues tendría que apartar con cierta dificultad las masas que se hallaban parloteando inmóviles y distraídas en su camino, además de las que se encontraban disponiendo la comida. Y cuando sus manos regordetas y enjoradas no se dedicaban a empujar, se apretaba la cara expresando su inconmensurable júbilo, si bien aquel gesto le daba a su efusiva actitud todavía más vesania.

Julia se quedó helada, para nada podría actuar con normalidad mientras llevara eso en su interior. Sin embargo, mientras esperaba ser abordada como un tsunami por la exagerada emoción de su madre, se agarró fuertemente al pasamanos de roble e identificó desde el antepenúltimo escalón al resto de la multitud que se encontraba en esos momentos inmersa en sus fluidas conversaciones. Estaba Marina, su hermana mayor, a la que hacía tiempo que no veía, si bien a simple vista seguía conservando los mismos gestos de esnob y la misma fachada cursi de siempre. Ella no venía sola, le acompañaba su idéntica gota de agua, Christopher, su marido, el cual no dejaba de estudiar la espaciosa sala como si estuviera en la mismísima Capilla Sixtina, aunque sin duda estaría comprobando la certeza de la alta calidad, era un *pelusero*.

También había venido Dani, el hermano de Óliver. Lo acababa de pillar mirando a Christopher de reojo con la expresión de como si alguien le hubiera narrado algo en chino, pero de repente desconectó y tomó la otra dirección con aire más desenfadado, y se reunió con su mujer Alba y el pequeño Manu, que era una calcomanía de él mismo.

Julia comprobó que su madre ya acababa de demoler el bloque de fornidas espaldas de los montadores del catering, y que ya le quedaba poco para llegar hasta ella.

Al rebotar sus luceros azules en el espacio y agarrarse más fuerte a la baranda, vio algo que le hizo sonreír. Y es que en una reunión de esa índole por nada del mundo podría haber faltado su gran amiga del alma, Cris, que se hallaba allá abajo mostrándose de lo más ocupada regañando con braveza a sus dos pequeños monstruitos. Por supuesto se había traído a su Paco, el macho *alpha* de aquella

manada tan... descontrolada, que miraba con disimulo hacia el este y el oeste asegurándose de que nadie estuviera escuchando el histerismo de su mujer, después adoptaba un modo de escondrijo en su cuerpo que le hacía parecer un pato sin cuello.

—Tu madre acercándose a las doce en punto —masculló Óliver, que se le había puesto justo al lado tras regresar de abrir la puerta por décimo tercera vez.

—Lo sé. ¿Pero cuando han venido todos? —murmuró Julia entre dientes.

—La primera vez que ha sonado el timbre.

—Ah, pensaba que eran los del catering.

—Sí, lo eran. Pero ellos venían detrás —aclaró—. Aunque... creía que te alegrarías de verlos, y no sé por qué, tu cara me dice lo contrario.

—No..., digo sí. Quiero decir que estaría muy contenta si no me hubiera probado tu regalito —refunfuñó. Enseguida Óliver ensanchó los labios.

—Por si te consuela, no eres la única —desveló sin dejar de mirar al frente—. Yo también me encuentro en tu misma situación—le miró y le guiñó un ojo.

Julia apretó una comisura al saber que su marido le acompañaba en el comprometido trago, aunque cambió al instante su mueca por una más terrorífica al verse abordada por los grandes brazos de su madre. Y pese a que su cuerpo solo le pedía absoluta intimidad, volvió a estrechar con vigor el pasamanos y ejerció de buena anfitriona.

—¡Que alegría verte, mamá!

La hora de la cena había llegado, y tras los emotivos reencuentros entre los añorados amigos y familiares, la mesa blasonada ahora se contemplaba bien abrigada por cariñosos comensales, la mayoría de ellos ensombrecidos por la tenue luz de los cirios habilitados en el amplio tablero. El hambre se desvelaba a través de las pupilas destellantes y fijas en las bandejas de alimentos, y justo antes de que empezaran a degustar la molleja de ternera lechal con mostaza de champiñones que el catering les había dispuesto, el timbre de la puerta volvió a resonar, deteniendo con coraje silenciado el ansiado primer bocado de todos.

Al parecer era Romina, puesto que a través de la cristalera iluminada del

exterior, sus vastos tacones de *drag queen* esbozados la delataban sin titubeo.

Óliver volvió a ejercer de mayordomo, cayendo en la cuenta de que pronto, a ser posible esa semana, adquiriría uno de carne y hueso. El interrumpir su comida había acabado con su santa paciencia en aquella labor, y seguramente con la de todos los tragaldabas que apretaban los labios para su desahogo.

—¡Mi querido Óliver! —le asaltó ella con un efusivo abrazo en cuanto lo vio. En efecto, era Romina, no podía ser otra.

—Yo también... me alegro de verte, mi querida socia —pronunció con dificultad mientras intentaba no asfixiarse.

Cuando logró deshacerse de sus brazos raptores, Óliver se dispuso a acariciar al acompañante que yacía con la cabecita afuera de su bolso.

—¡Supermán! ¿Qué pasa, chaval? Te he echado de menos.

El peludo bulto canela que sobresalía por el forro de piel como una seta removida por el viento, intentaba no perderse ni una sola caricia de las que le estaba dedicando su dueño, y no cesaba de dar constantes saltos con las patas alzadas como si estuviera danzando con las castañuelas incluidas. Y es que desde que se marcharon a Mallorca, su socia se había estado encargando de él. El matrimonio le había pedido que lo cuidara en su ausencia antes de reemprender su viaje, pues el pequeño Supermán era intolerante a salir de casa y mucho más a los largos trayectos, además en ese momento no creyeron que su estancia fuera a alargarse tanto. Romina quedó encantada con la proposición, amaba a los chihuahuas, y ahora ella y Supermán se habían hecho inseparables.

Si bien en cuanto el diminuto perro vio a Julia en el interior, el animal comenzó a dar coces como un salvaje percherón y no descansó hasta salir del bolso, y emprendió el vuelo como el auténtico superhéroe que era hasta sus mimosos brazos, olvidándose por completo de las manos que le habían cuidado últimamente y traído a su nueva morada.

—¡Mi pequeñín! —vociferó Julia con inmensa alegría, tan fuerte, que se escuchó en la distancia.

Romina hizo una mueca forzada antes de irrumpir dentro, se notaba que el gran reencuentro entre aquellos dos le había molestado... un pelín.

—Pasa, Romina, siéntete como en tu casa—le dijo Óliver—. Y no decaigas, la

relación entre Supermán y Julia es tan intensa que todavía yo no he logrado comprenderla, pero te acostumbrarás.

—No te preocupes, si ya sabía que sería algo temporal —asintió conforme, e intentó cambiar de tercio para no parecer afligida por un asunto tan trivial como lo era una bola de pelo diminuta como aquella. Aunque verdaderamente le había afectado más de lo que un espécimen de su clase nunca confesaría—. ¡Caray! —estudiaba el derredor mientras pisaba fuerte con sus altos tacones afilados—. Pensaba que estaba en la casa de un jeque árabe o algo por el estilo.

—Ya ves, aunque siento decepcionarte con mi contraria presencia. Pero debo confesar que a mí siempre me ha fascinado su cultura, sobre todo lo de tener cuatro mujeres... Ja, ja, ja. Nunca se sabe, de momento ya tengo la primera —manifestó chistoso.

Romina hizo el amago de darle una colleja al muy gañán.

—Atrévete con la segunda y Julia te dejará sin el aparato de tu cuerpo más parecido al producto estrella de tu negocio —rieron.

Cuando Óliver ya estaba cerrando el portón, una fuerza lo detuvo. Él abrió de nuevo para ver qué era lo que detenía el cierre, y observó que se trataba de su gran colega Álex.

—¿Qué pasa? ¿En este caserón no hay cena digna para un par más, o qué? —interpeló Álex sarcástico.

—¡Álex, pensaba que ya no vendrías!

Se abrazaron con infinito cariño mientras Óliver divisaba su femenina compañía con el rabillo del ojo.

—Ya, lo que pasa es que había un atasco en el litoral y... —Óliver, que observaba a su amigo de arriba abajo, comprobó el atasco al que se refería.

—Llevas la chaqueta del revés.

—Oh —se abochornó y se la sacó de inmediato como si llevara una bomba para ponérsela correctamente—, sí. Es que me la he puesto en casa con la luz apagada y he salido pitando.

—Y también vas enseñando el pajarito.

—Ya. —Se buscó raudo la bragueta con las manos ejerciendo gestos nerviosos entretanto su rostro pasaba del sonrosado al bermejo total.

—Soy Óliver, encantado. —Le dio dos besos a su compañera aprovechando el faenón que se le había venido encima a su amigo. Ella tampoco podía parar de sonreír jocosa, igual que él, y es que aquel individuo era todo un caso—. Pero tú y yo ya nos conocemos, ¿verdad? —dijo él con el entrecejo fruncido—. Aunque no me acuerdo de qué.

Ella se rascó la nariz. Parecía que intentara reprimir su próxima e imparable carcajada antes de hablar.

—Bueno..., tía semidesnuda de cartón, consolador... ¿Todo eso te dice algo?

Óliver al escucharla, adoptó enseguida el color intenso de la cara de su amigo, y recordó que era la vecina de Álex.

—¿Tú?

—¡Ja ja! —Pero esta vez fue Álex, ya vestido como Dios manda, quien se desternilló.

—Sí...ya lo recuerdo. —Se rascó el nacimiento del pelo de su frente pareciendo un niño inocente, aunque no lo era.

—No te avergüences, hombre —dijo Álex abrazando sus espaldas con una mano—, al menos Helena ya ha comprobado que tú no eres mi tipo.

—Sí, eso sí, aunque lo que más me inquietaba por aquel entonces era lo raro que parecías. Pero no te preocupes, Álex ya me ha puesto al corriente de ti y estoy más tranquila.

—Ah, ¿sí? —Estiró su labio hilarante sin saber qué decir.

Los tres rieron en el porche olvidándose de todo, incluso de cualquier ápice de vergüenza que habían padecido, y si seguían conversando, podían volver a padecer. Ninguno de esos tres podía poner la mano en el fuego. Hasta que una voz que surgió del interior les incitó a entrar.

—¡Vamos, entrad de una vez, que se escapa el gato! —masculló Dani conteniendo a su hijito en brazos.

—¿Ahora tenéis gato? —preguntó Álex curioso.

—Ay, Álex, siempre picas.

Helena se tapó de golpe la boca sin poder refrenar un grito desesperado de

risa, y volvió a troncharse.

Tras otro cálido reencuentro, todos procedieron a degustar, por fin, el sabroso menú, aunque a algunos le costó hincar el diente, ya que prefirieron esperar unos minutos más por si saltaba la alarma de incendios o se presentaban en la puerta los testigos de Jehová para vender sus novelas paranormales, o simplemente, por si el tiempo les congelaba hasta que se deteriora por completo el succulento manjar de sus platos.

Julia y Óliver presidían la mesa, y aquella escena compartida con sus seres queridos no podía ser más memorable.

Julia, mientras masticaba la grasilla de lechón y la deslizaba de entre sus dientes con el vino tinto, cayó que con tanto movimiento se le había olvidado preguntar a Óliver para qué servía aquel minúsculo mando que había encontrado en la caja de rayas. Al principio pensó que era el control remoto de lo que llevaba metido entre sus piernas, pero ya había pulsado los botones varias veces y no había sentido ningún tipo de oscilación, o lo que quisiera que se sintiera con ese lascivo aparato, y desde entonces tenía aún más curiosidad. No obstante lo llevaba en el bolsillo de su falda. «Quizá no tiene pilas», pensó finalmente.

—Podrías desvelarme, cuñado —empezó Cristopher con su recalcado y repelente acento inglés—, ¿cuántas ventas has facturado en Mallorca durante el tiempo que llevas allá? No me cuadran las fechas con esta... acomodada —dijo como si escupiera la última palabra— manera de vida que habéis alcanzado. La verdad, estoy un poco desconcertado. Por cierto esta mesa es de roble, ¿verdad? Yo tengo muchas así en el despacho.

Cristopher era empresario las veinticuatro horas del día, incluso lo era cuando dormía y se aposentaba a leer en el váter la revista *The Economist*. Y no podía dejar escapar cualquier ínfimo dato que le pudiera servir para mejorar su negocio. Él debía ser el mejor en lo que hacía, y si no lo era, no descansaría hasta solucionar una mejora que lo equiparara, o al menos lo intentaría hasta el fin de sus días. En Inglaterra, por ahora, no existía ningún comercio de su especialidad que lo igualara, y si lo había habido alguna vez, él se había encargado de aplastarlo y desguazarlo hasta que no quedaran ni las trizas de su nombre.

—Muchas, Christopher, muchas —respondió Óliver presumido. Como si ni siquiera él pudiera alcanzar la elevada magnitud del asunto—. Solo puedo decirte que los beneficios obtenidos nos sirven para arrancar con esta nueva vida y despreocuparnos absolutamente de las ventas que podamos tener el próximo año. Ah, y por cierto, esta mesa no es de roble común, es de pura madera de granadillo importada del oeste de África. Solo hay siete en el mundo.

Christopher se quedó sin respiración, y tragó con dolor un pedazo de champiñón que se había metido en la boca y, a continuación, le estaba obturando la tráquea. Bebió un sorbo instantáneo de vino, aunque se puso amarillo, pero intentó aguantar el tipo.

—Pero eso... eso es prácticamente imposible hacerlo en tan poco tiempo —musitó Marina con tormento tras ver a su esposo mudo y patidifuso, y con ese color en el rostro tan... limonado. Los demás comensales comenzaron a bisbisear sobre la preocupante cara que se le había quedado al repeinado Christopher, si bien a alguno se le escapó una malsonante risotada—. Mi Christopher trabajó como un loco y no logró solvencia hasta el año y medio —mentó con arrebató. Y lo dijo con tanta contundencia que su moño bajo se le deshizo al hacer un contundente movimiento con el cuello. Ahora parecía que llevara una fregona pegada en la nuca.

—Sí, es verdad, hay que valer para bordarlo. No todo el mundo... —seguía parloteando Óliver sin cesar, más chulesco que un cabrón de ganado.

Julia observó que su marido estaba siendo demasiado presuntuoso. Aunque tenía que reconocer que desde que estaba con ella, había tenido que lidiar con irritables e inmerecidos comentarios que su engreído cuñado y su altanera hermana le lanzaban constantemente sin piedad. Siempre creyeron que era un fracasado de clase media, y sin duda alguna, ahora él estaba degustando su ansiada y fría venganza.

Enseguida recordó lo que Óliver le mencionó antes de que pudiera haber saludado a los invitados: que él también jugaba al mismo juego que ella. Así que pensó que aquel mando que salvaguardaba en su prenda de seda, podía ser posiblemente el control de su juguetito. Metió la mano en el bolsillo de la falda y pulsó uno de los botones para comprobar la certeza que había sobre lo que

sobrenadaba por su cabeza.

—El éxito solo está para los... ¡Uou! —soltó Óliver removiéndose en su silla, con un semblante entre dolorido y gozoso a la vez.

Todos se quedaron pasmados.

—¿Estás bien, Óliver? —preguntó la impactada Alba, que tapaba con sus blancas manos los ojos de su hijo. Y es que aunque no estaba del todo segura, creía que aquello que acababa de presenciar no había sido apto para menores.

—Sí —contestó seco, lanzándole una mirada de recelo a su mujer, que se sonreía como si por fin hubiera descubierto la tumba del faraón.

Siguieron comiendo las deliciosas exquisiteces y saboreando el buen líquido etílico que Óliver había pagado al catering con más de cuatro cifras.

—Óliver es mi ángel de la guarda, cariño —se dirigió Romina a Marina, que ya estaba con el punto que le había proporcionado el inacabable vino de la botella—. Sin él mi negocio hubiera muerto. Así que tenlo claro, guapita, no todo el mundo vale. Hay que ser un buen visionario, y sobre todo dedicarte a lo que verdaderamente te apasiona.

Marina escondió su irritante rictus en los mechones caídos de su desmelenado recogido, sin entender a qué venía su inclemente e intrusa defensa. Y tras el corte, más de uno se sumergió en el interior de sus hinchidas copas para esconder sus labios sellados, que finalmente provocaron un estallido inevitable de burbujas de mala urbanidad.

—Sí, en eso le doy la razón, Romina —sonrió Dani a la sofisticada mujer, que le devolvió otra agradable sonrisa—. Si no haces algo que te apasiona de verdad, no creo que se logre tener éxito. Y por eso, tú, Julia, mejor que nadie debes saber cómo le surgen a mi hermano esas ideas tan innovadoras, así que, desembucha.

Julia curvó sus labios al escuchar aquella imprevista cuestión, igual que lo hicieron con cierto tapujo el resto de los invitados. Sin embargo, Óliver, desde el otro lado de la mesa se exponía serio, y es que a pesar de todo era muy celoso de su intimidad. Y más si se trataba de alimentar otra de las absurdas y burlonas cuestiones que había propuesto su latoso hermano.

—Por supuesto que lo sé —expresó Julia decidida. Se sentía traviesa.

Óliver la miró arqueando una de sus cejas: «no serás capaz», pensó. Pero ella

no se cortó y comenzó a ilustrar a los oídos atentos.

—Cuando recibimos en casa todas las semanas, decenas y decenas de cajas repletas con nuevos artilugios que nuestra querida Romina nos manda desde aquí. —Miró a su socia con una mueca de cariño y ella se la retornó—. Él es el primero que prueba todos los... —y antes de que desvelara nada más—. ¡Mmm...! —Julia soltó un largo jadeo totalmente lujurioso, al mismo tiempo que se agarraba a la mesa como una gata con los ojos puestos en blanco.

De nuevo, Alba tapó lo más rápido que pudo los ojos de su pequeño, y Cris y Paco intentaron hacer lo mismo con los suyos, mientras los demás se quedaban perplejos ante lo ocurrido.

Cuando Julia volvió en sí, observó los bisbiseos alarmados de los demás y se avergonzó. Hasta ahora no había caído que si ella tenía el control sobre él, por supuesto, él lo tendría también sobre ella. En escasos segundos no dudó en tomarse la revancha y apretó el botón del mando que escondía como si fuera a detonar una exorbitante explosión.

—¡Joder...!

Óliver rebotó en la silla, y después de una desconcertante e intensa sensación, se volvió a erguir. Se levantó con rudeza arrastrando las patas de la silla y se dirigió hacia su juguetona mujercita.

—Disculpadnos un momento, Julia y yo tenemos algo que resolver en privado. —La miró sin condescendencia.

—Sí, y hacerlo pronto porque si no, esto va a parecer un rodaje X —murmuró Álex entre dientes burlones, y enseguida Helena le dio un toque de atención bajo la mesa que le hizo recomponerse casi por completo, aunque le resultó difícil.

Mientras tanto, todos los demás observaban perplejos la chocante situación.

La anfitriona se puso en pie sin poder evitar sentirse abochornada, pero donde las dan las toman, pensaba ella. Y con comedida e irresoluble diversión en sus labios, fue detrás de su marido que le estaba tirando del brazo para salir de una vez de la sala.

Capítulo 29

LO MÁS INSOSPECHADO

Durante el ascenso de piso ninguno de los dos mentó palabra. Hasta que él la metió en una habitación y cerró la puerta a cal y canto.

—Creo que ya te has divertido bastante, ahora me toca a mí —le aclaró Óliver.

La tumbó en el suelo sobre una alfombra, puesto que no había mobiliario, y cuando ella estaba boca arriba disfrutando del interesante juego sensual de su marido, se dio cuenta de que el techo estaba forrado por un inmenso espejo. Aquel inusual decorado había debido ser obra del último dueño de la casa, dado que, cuando ella la fotografió en su momento, no recordaba haberlo visto.

Julia sintió un placer todavía más intenso al ver como su marido la tocaba desde otra perspectiva, y no apartó la mirada del techo ni por un segundo. Óliver le juntó las muñecas con aspereza por arriba de su cabeza, estaba claro que se iba a cobrar el bochorno que le había hecho padecer en público; su dulce *vendetta* acababa de empezar. Deslizó su mano por encima de la blusa acariciando sus pechos, siguió bajando directo hacia la seda de su falda hasta meter sus dedos caprichosos por debajo de la prenda, y entonces, el sendero de amapolas recorrido con complacencia hasta el momento, finalizó para acariciar el terciopelo que se había ocultado concienzudamente justo debajo del encaje más íntimo. ¡Ah!, resolló ella al notar el contacto tórrido y persuasivo de la mano viril. Sin embargo, él, ante el ajeno estremecimiento, no vaciló en entretenerse y sacar el ardiente juguetito que se hallaba en su interior. Estiró de él, y tras tres

jadeos intensos e inolvidables de su agitada Julia, lo tiró al suelo. Se percibió la vibración de los plomos húmedos y pesados durante unos segundos. Pero Óliver no detuvo su grata faena, ya que no lo deseaba en absoluto, y volvió a masajear con sus pequeñas extremidades mojadas a su fogosa mujer, una y otra vez sin parar. Y en su regocijo, envuelto de un aroma plenamente pasional mientras se alimentaba del cuerpo de su bendito pecado, miraba profundamente esas dos preciosas malaquitas que le acechaban y brillaban en la oscuridad como si estuvieran mojadas de un virtuoso sentimiento.

Asimismo, Julia abría más sus piernas y no dejaba de perderse ni un detalle del libidinoso acto carnal que se proyectaba en su altura, y que se galardona con un Oscar por ser protagonizando por sí misma y su enloquecedor marido.

Julia no lograba soportar más el tremendo placer que él le estaba concediendo, pero no podía hacer nada al respecto. En aquel momento era su esclava, una que no oponía resistencia. Sus endebles muñecas seguían inmovilizadas y no tardó en estallar y mojarse los muslos de sumo deleite. Fue entonces cuando Óliver ofreció por fin al alto reflejo sus fuertes nalgas blancas, e introdujo su prominencia en el candente interior de su mujer para hacerla sufrir de nuevo con un gozo mayor, el que alcanzarían juntos.

—Mmm... —gimieron ambos con regocijo, hasta quedar extenuados bajo el fulgente y secreto reflejo de la habitación.

Al regresar con los invitados, vieron que la mayoría se habían dispersado por la casa. Una obra maestra como aquella siempre despertaba la curiosidad en ojos extraños.

Vio a Cris solitaria cerca de la cocina y fue enseguida hacia ella dándole un tirón a Óliver, que le acompañaba.

—Cris, ya estoy aquí.

—Ay, Julia —le agarró de la mano actuando con mezcla de preocupación y emoción a la vez—, llevo toda la noche pensando en cuándo te lo iba a decir.

—¿Decirme? ¿El qué?

—En primer lugar, que me marchó a Japón.

—¿Qué? Pero ¿por qué?

—Ya te lo dije, si quería librarme de mi suegra solo tenía esa opción.

Julia se quedó anonadada. Óliver le apretó el hombro como señal de apoyo y luego se alejó para dejarla a solas con su amiga.

—Pero, tía, pensaba que era un decir, como quien dice el Honolulu.

—Pues no. Tengo una prima que vive allá hace diez años y me ha buscado un trabajo como guía española. —Julia alzaba sus cejas hasta el tope, no daba crédito a que su amiga se fuera a marchar de veras tan lejos, y todo por no ver a su suegra.

—Pero a todo esto, ¿qué dice Paco?

—Paco no dice nada, si no, ya sabe lo que le espera.

Óliver entretanto se dirigió al baño más cercano, y cuando abrió la puerta, se topó con algo de lo más inesperado: el reflejo del cristal desvelaba como su arrogante cuñada, Marina, estaba siendo embestida placenteramente. Su rostro de gusto, en cada respingo que agitaba su cuerpo, además del vaho que retenía en el espejo, no dejaba lugar a dudas de lo que estaba haciendo. Sin embargo cuando la cara de su compañía se asomó por el perfil de su cuello, dejó al asombrado Óliver sin habla, y casi sin equilibrio.

Por lo visto, no era Christopher el que le estaba proporcionando el animado coito, sino una mujer: Romina.

Cuando Óliver decidió cerrar la puerta para no ser descubierto, vio que Romina llevaba un cinturón en sus caderas desnudas, pero este no era un simple cinturón, era más bien un arnés forrado de un deslumbrante charol negro. Después del raudo análisis catalogó aquel objeto como uno familiar. Era el producto que dos semanas antes había estado probando con Julia en su dormitorio de Manacor, y que, por cierto, nada más salir al mercado había superado las expectativas en ventas en tiempo récord. Se trataba de un adaptador con un gran miembro de silicona más grande que el famoso *Robocop XXL*, o el

consolidado *King Kong: Búfalo Vil*, se llamaba este; un ente muy funcional, aunque, a diferencia de los demás, no lo hacía todo solito, trabajaba según las actitudes de quien lo llevara puesto. La ventaja que lo avalaba, desde luego era que la persona que lo disfrutaba no necesitaba a ningún ser masculino a su lado para poder gozar de un coito al completo, y por eso era el juguete más vendido entre los homosexuales.

Cuando cerró la puerta se quedó como flotando en una nube. Era tan increíble lo que acababa de descubrir...

Al poco rato se volvió a reunir con Julia que aún seguía conversando con Cris. Y aunque tenía unas inmensas ganas de contarle su secreto, decidió no hacerlo, aquello que había descubierto era una de las pocas cosas que se llevaría con él a la tumba. ¿Quién sería capaz de desvelar algo así?

—Por cierto, también tenía que comentarte otra cosa, aunque me vas a matar, Julia —expresaba con remordimiento su amiga. Julia arrugó su fina frente y Óliver también—. Es que se enteró de que venías y me dijo si podía pasarse y... no supe decirle que no.

—¿De quién hablas? —preguntó Julia.

—De Pol Cros.

El matrimonio que estaba cogido de la mano, se miró al instante.

—Pero ¿sabes? Me dijo que vendría con su novia.

—Oh —masculló Óliver como si aquella idea le hubiera complacido—. Que vengan, les invitaremos a una copa.

—Óliver, te veo muy pálido desde que has venido —comentó Cris. Y Julia le supervisó al momento.

—Sí, tiene razón. Estás blanco como la nata.

—¿Sí? Pues... no sé. —Se palpó el rostro—. Puede ser que la crema de leche de la ternera me haya hecho estragos. A veces no me siento bien.

—¿A lo mejor has visto un fantasma o a un extraterrestre por el camino? —interpeló Cris con guasa.

—Ojalá los hubiera visto a ellos y no... —contestó él divagando.

Julia y Cris compartieron una mirada de total incomprensión, pero entonces el timbre sonó zanjando al momento las posibles cuestiones que pudieran salir de sus bocas. Julia se apresuró a abrir la puerta por el largo pasadizo que separaba el salón de la entrada.

Pero cuando el portón se abrió, observó al Pol Cros de siempre, con esa boca blanca y ensanchada de anuncio, y ese bronceado dorado como el sol caribeño.

—¿Cómo estás, guapa?

Julia arrugó el entrecejo al no comprender por qué con el tiempo no dejaba de mostrarse tan... arrogante.

—Bien, gracias.

—¿Quién es, cariño? —Óliver apareció por detrás, y por primera vez desde que tuvieron su único y hostil encuentro, se vieron las caras—. Hola, ¿qué hay? —dijo con cortesía fingida en cuanto lo vio.

—Todo bien, gracias. Aunque desde luego no tan bien como vosotros. ¡Pero si habéis comprado la casa Florensa!

—Sí. Ejem, ¿y tu novia? —preguntó Óliver disipando en un segundo su recreada fascinación. Lo aborrecía por completo.

Julia le dio un camuflado codazo.

—Cris nos ha dicho que vendrías acompañado —explicó ella más amigable.

De repente una coqueta mano surgió por detrás del hombro de Pol, y le echó hacia un lado para hacerse espacio.

—¡Muy buenas! ¿Cómo estáis, parejita?

Julia y Óliver se quedaron atónitos al ver su inesperada visita; era Angélica.

—Bueno, según me han contado, sobran las presentaciones —declaró sonriente el descarado Pol.

La extrovertida e imponente Angélica se colgaba del robusto hombro de su «enamorado», con una sonrisa casi igual de retorcida que la de él.

—Qué sorpresa tan inesperada, Angélica —musitó Óliver.

Julia le miró de reajo sin poder apenas deshacer la mueca de asco que desdibujaron sus labios.

—Bueno, ¿nos vais a tener en la puerta mucho tiempo? —preguntó el desdeñoso Pol—. Lo digo para ir a coger mi silla plegable de director que tengo

en el maletero del *Audi*.

—Si por mí fuera... —susurró Óliver de modo imperceptible, o al menos eso pensó hasta que Julia le volvió a asestar un codazo en la cintura.

—Pasad, por favor —invitó ella—. Venid a la cocina, os ofreceremos una copa de vino.

Capítulo 30

ADIÓS, VENENO PURO; ME QUEDO CONTIGO, AMOR

Las dos parejas anduvieron por otro de los lánguidos pasillos que llevaban a la colosal cocina, entretanto Angélica se deleitaba con el desorbitado espacio, además de los increíbles acabados de la casa.

—¡Madre de Dios! ¿Pero cuánto os ha costado este caserón?

—Algo indecible —contestó Julia risueña rozándole la mirada.

Llegaron a la cocina y Óliver se dispuso a llenar las copas. Julia, en cambio, se dedicó a hacerles una radiografía con rayos x incluidos a esos dos. «¡Pero si juntos parecen dos actores del porno!», caviló.

—Y bien, ¿cómo os conocisteis? —preguntó Óliver cuando ofreció la primera copa de cristal con líquido ambarino.

Angélica la aceptó como si cogiera algo ansiado.

—Oh, pues —empezó ella con aire interesante—, yo estaba haciendo un casting en la calle Turó, en Pedralbes. Era para un anuncio de crema hidratante y pedían a una mujer con insinuantes curvas. —Julia alzó las órbitas—. Y justo cuando salía del piso, Pol se acercó a mí, apesadumbrado, pidiéndome disculpas por su retraso. Yo no sabía de qué me estaba hablando, y mientras seguía con su incansable defensa, yo me vi metida dentro del piso de enfrente que tenía colgado un cartel de *en venta*, escuchando de pronto la increíble calidad del cristal *climalit* de las ventanas y las infinitas ventajas del parquet flotante. Media hora después, por fin le pude informar de que yo no era la persona con la que

había quedado para ver el piso.

—Qué situación más incómoda, ¿no? —opinó Julia.

—Un poco —asintió ella—. Pero todo fue aclarado y al día siguiente ya me sentaba a cenar con él en un prestigioso restaurante de la Diagonal. ¡Qué noche más glamurosa me hizo pasar este truhan! —Acarició la espalda a su querido—. Y desde entonces, me tiene engatusada —sonrió con odiosa exageración.

—Ya, ya lo supongo, ya —bisbiseó la dueña de la casa.

—Sí, así es como fue —corroboró Pol, que acababa de saborear un buen trago de su copa—. Y es que Angélica es muy cariñosa, ¿quién se puede resistir a alguien así? —El silencio protagonizó por un instante el cruce de miradas—. Por cierto, debíamos decirnos que no solo hemos venido aquí para saludaros.

—Ah, ¿no? —Óliver enderezó su relajada postura.

—No. Queríamos comentaros que vuestro negocio y la magia que ofrecéis en todos los artilugios del Séptimo cielo, ha brindado a nuestra relación una increíble ventana a la que nunca ninguno de los dos habíamos accedido. —Pol acarició la mano de su novia.

—En efecto —continuó Angélica, como si estuvieran sintonizados a la perfección—. Y por eso nos ha vuelto imparables, insaciables... y deseábamos saber si vosotros estaríais dispuestos a introducirnos en otros métodos.

—¿Otros métodos? —preguntó Julia confusa—. ¿A qué os referís?

—Eso, ¿qué queréis decir exactamente? —insistió su marido.

—Algo de lo que estamos completamente seguros que os inspiraría positivamente en vuestro negocio, ofreciendo todavía más diversidad de miras si cabe de las que ya obsequiáis a vuestros clientes y más fieles seguidores —manifestó Angélica de modo intrigante.

—Vale, ¿pero podrías decir de una vez de qué se trata?

—Claro, no te impacientes gatita. —Angélica acarició la mejilla de Julia con su índice, y eso hizo que la turbada Julia apartara su rostro con incomodidad—. Nos referimos al cambio de pareja.

Julia y Óliver se miraron con un increíble pasmo, como si su mundo volviera a revolverse peligrosamente. Y sin saber cómo, de golpe el matrimonio se vio eclipsado y separado por los dos personajes acechantes que surcaban a su

alrededor.

Angélica instantáneamente cortó el aire al estrechar su cuerpo con el rígido torso de Óliver, y al hacerlo, él no pudo evitar deleitarse con sus maravillosos y enormes senos, que mostraban un vertiginoso canalillo para ahogarse en ellos y no volver a respirar. Estaba ante la manzana de Eva. A continuación, la provocadora mujer le cogió la mano para que recorriera de forma sigilosa su camisa aterciopelada y palpara gratuitamente aquello que admiraba.

Por otro lado, Pol con desfachatez acercó sus húmedos labios a los de Julia, a la vez que le secuestraba la mirada con sus intensos ojos verde mar.

—Espero que sigas durmiendo con los ojos abiertos, Julia —le murmuró—. Sería un delito si no lo hicieras. —Su boca se tapió finalmente desprendiendo un cálido aliento en la entreabierta de ella, que no podía cerrarse. Y mientras la mantenía hipnotizada, buscó su pequeña mano y se la llevó sin permiso al duro contenido que tenía envuelto bajo sus caderas, y que con certeza, era fruto del Diablo.

Un estremecimiento acudió de modo silencioso en la parte íntima de Julia, cuando ni tan solo sabía lo que su inocente mano estaba frotando.

Aquella escena empezaba a parecer un prefacio del *Kamasutra*. Cualquiera que entrara podría pensar tranquilamente que estaban practicando el anhelado cambio de parejas que esos dos extravagantes deseaban realizar desde el principio.

Pero entonces, dos manos deambulantes y perdidas, resurgieron de entre los bloques de extremidades ajenas y se toparon. Eran las de Óliver y Julia, y al reconocerse, se apretaron lo más fuerte que pudieron para ir a su encuentro. Enseguida salieron de sus instigadores escondrijos hasta sentirse unidos y seguros, lejos de las venenosas serpientes que amenazaban de nuevo su matrimonio.

Óliver se irguió ante aquellos dos, sin mostrarles esta vez ni un ápice de inseguridad en él.

—¡Yo creo que ya está bien! Andáis, muy pero que muy equivocados con nosotros, porque ¿sabéis? Sí que es verdad que nuestro lema es que a nadie le amarga un dulce —manifestó Óliver aún agarrando la fría mano de su mujer con

fuerza—. Pero no es del todo cierto, hay que saber leer entre líneas, puesto que hay ciertas cosas que pueden resultar veneno puro para nuestro selecto paladar.

Pol y Angélica borraron enseguida la sombra de su presuntuosa sonrisa, y se miraron entre ellos sin poder esconder una pizca de rabia que se les escapaba por el rabillo del ojo.

—Ahora, por favor —mencionó Julia avanzando a la vera de Óliver—, a mi marido y a mí nos gustaría, qué digo, nos encantaría que os fuerais por donde habéis venido. A tomar viento, para ser más exactos. Además, estamos reunidos con seres queridos y no tenemos tiempo para dedicárselo a otra cosa de mucha más irrelevancia.

La joven y espectacular pareja que contenía mal en sus semblantes una gran ofuscación e indignación por las duras palabras que les acababan de asignar, y también por su objetivo fallido, dejó sobre el mármol de la cocina con un gesto hosco las copas de vino todavía medio llenas. A continuación, se cogieron de la cintura como si sus manos contuvieran algún tipo de magnetismo y se aventuraron a decir las que serían probablemente sus últimas palabras ante los dueños de la exquisita residencia.

—Ya nos vamos. Pero que sepáis que estáis cometiendo un gran error, este tren nunca regresará —masculló Pol con altanería.

—De todas formas, cariño, no te preocupes —prosiguió Angélica dirigiéndose solo a él—, no creo que hubieran estado a la altura.

Dieron media vuelta y se encaminaron hacia la salida.

Cuando Óliver y Julia se sintieron por fin en total soledad, comenzaron a exhalar todo el aire que habían contenido en sus desamparados pulmones durante la incómoda situación, y, justo después, sus imprevistas carcajadas brotaron en el espacio como si fueran rayos de sol de verano después de un largo y agónico invierno. Hasta que llegaron a notar en sus comisuras un dolor agudo cada vez más intenso y torturador, a partir de ahí, optaron por intentar recomponer su recia boca.

No obstante, pocos minutos después, la expresión de Óliver se recompuso extrañamente con un dejo de aflicción.

—¿Qué te ocurre, Óliver? —preguntó ella con confusión.

—Julia, voy a dejar el Séptimo cielo.

—¿Qué? ¿Por qué vas hacer tal cosa? Eres el mejor en lo que haces. Has levantado un imperio en un abrir y cerrar de ojos.

—Es que no quiero que la gente vea en mí a una especie de gurú del sexo. Yo solo hice esto por ti, para volver a conquistarte. Pensé que tú te merecías alguien más exitoso que el Óliver desdichado de antes —confesó—. A mí me da igual no tener dinero, ni tener una carrera triunfante. Yo solo quiero sentarme contigo, con una copa de vino tinto en la mano, a admirar la luna, mientras disfruto como el tiempo se congela en tu compañía, Julia.

—Ay, Óliver, lo que me has dicho es precioso —musitó emocionada—. Pero tienes que saber que tú no me reconquistaste por emprender el camino en el Séptimo cielo, yo nunca he dejado de amarte ni un solo segundo desde que te conocí. Lo que pasó, simplemente fue un capítulo más de la eterna enciclopedia de nuestra vida juntos. Y si quieres dejarlo seré la primera que te apoyará, sin embargo, creo con firmeza que una persona que encuentra su habilidad en la vida, jamás debe abandonarla.

Óliver respiró con placidez, su sinceridad le dio paz.

—Bueno, supongo...que es algo que se me da bastante bien, y, si tú estás orgullosa, ¡a la mierda con lo que piensen los demás! —Se acercó a sus alegres labios y la besó con frescura.

Cuando Julia se sació de sus acaramelados besos, lo miró con desmedida ternura.

—¿Sabes, Óliver? Tú siempre serás mi caramelito más dulce —dijo ella apoyándose en su torso y acariciando su cara suavemente con la nariz.

—Ah, ¿sí? Pues espero que tengas ganas de dulce, porque tu caramelito acaba de crecer, y mucho —Le posó la mano en la prominente tela del pantalón.

—Pero... ¿y los invitados?

—Nena, ¿todavía no has aprendido que el riesgo acompañado de la pasión son los dos mayores catalizadores sexuales que existen para llegar al séptimo cielo?

—Sí, lo sé, pero...

—Anda, ven aquí que te voy a explicar desde el principio la lección.

—Ay... Mi gurú del amor.

FIN

Si te ha gustado
El chico del tapersex
te recomendamos comenzar a leer
Algo más que una luminosa sonrisa irlandesa
de *Begoña Gambín*



Capítulo 1

Connor Murray se giró con brusquedad y dejó de mirar por la ventana de su despacho para alternar sus ojos hacia cada uno de sus dos amigos.

—¿En serio habéis hecho eso?! ¿Sin mi consentimiento?!

—Connor, lo hemos hablado en multitud de ocasiones y siempre terminas convenciéndonos para postergarlo —arguyó su socio y amigo Seán Gallagher.

—Ahora es un hecho consumado y no puedes negarte —continuó Declan Campbell, el tercer socio de Dagda.

—¿Y no habéis pensado que quizás sea porque yo no quiero? —inquirió con el ceño fruncido y una mueca en sus labios de profundo disgusto.

—No se trata de lo que tú quieras o no, sino de lo que es necesario y tú debes tener a alguien que te descargue de trabajo o caerás enfermo —le recriminó Seán.

—¿Te has mirado en el espejo últimamente? ¡Estás macilento! —insistió Declan.

Connor sabía que sus amigos y socios tenían razón. Su tez estaba cada vez más pálida mientras que sus ojeras se hacían cada vez más profundas. Él llevaba el control de la empresa que habían fundado hacía tres años y eso no era cualquier minucia.

Se dedicaban a la creación de videojuegos y cada uno tenía su cometido dependiendo de su formación. Seán era un experto programador y tenía a su cargo la plantilla del personal dedicado al desarrollo de los videojuegos. Declan se ocupaba de la parte legal de la empresa como abogado que era. Y Connor, siendo el economista del trío, tenía la función de director, administrador y organizador.

Al principio, sus actividades y ámbitos de actuación, pese a que le cubrían sus horas de trabajo en su totalidad, se podían llevar con tranquilidad, pero desde que la empresa había ido obteniendo mayores éxitos, el trabajo lo había desbordado, aunque no quisiera reconocerlo. Pero prefería soportarlo a tener a alguien que tendría que empezar desde cero. Además, todos los datos que él manejaba eran de suma importancia y un pequeño detalle podría llevar al traste el trabajo de todo un año.

Dicen que un amigo es uno que sabe todo de ti y a pesar de ello te quiere, pero en esos momentos él preferiría que sus socios sintiesen menos estima por él. «¡Malditos sean! ¡Menudo el embolado en el que me han metido!», pensó. Sí, era cierto, necesitaba ayuda, pero jamás lo admitiría y menos sin haber tenido ni voz ni voto en la elección. Y desde luego, él no habría buscado un novato. Eso seguro.

Cuando Connor entró por primera vez al cuarto que iba a compartir con Seán y Declan en el Trinity College de Dublín, ni se imaginaba que esos dos compañeros de habitación iban a convertirse en sus mejores amigos. Eran diametralmente opuestos entre los tres y la primera impresión fue nefasta. Incluso, estuvo a punto de pedir un traslado.

La zona de Seán era un auténtico desastre, con un cúmulo de ropa y calzado desperdigado por todos lados y, por el contrario, él era un maniático del orden. Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio, repetía incesantemente a sus hermanas pequeñas.

En cambio, el lado de Declan, aunque estaba más ordenado, la acumulación de ropa de marca y zapatos a la última moda junto con botecitos de colonias, desodorantes y demás artículos de belleza, innecesarios a su entender, le dejó claro que sus personalidades iban a chocar. Con los dos.

Él era el orden personificado, o sea, lo contrario que Seán, y nada vanidoso, como debía ser Declan.

Puso todo su empeño en no mezclarse con ninguno de los dos, pero ellos no se lo permitieron; Declan con su humor socarrón y Seán con su bondad. ¿Qué él se mostraba hosco y huraño?, pues más persistentes se comportaban ellos para que participase con ellos en los ratos de ocio. El futuro abogado le provocaba con discusiones tontas y el futuro informático mediaba entre ellos hasta que compartían risas y cervezas.

Antes de acabar los tres sus respectivas carreras ya tenían claro que iban a formar parte de un mismo proyecto. A lo largo de los años habían conseguido encajar de tal manera que el objetivo era más que evidente para los tres. Tres personalidades distintas, tres profesiones distintas, pero un mismo fin.

—Yo no me he quejado —siguió poniendo pegas.

—No hace falta, Connor. Tenemos ojos y sabemos el aumento de trabajo que has tenido en los últimos tiempos. Necesitas ayuda —concluyó Seán.

—Pero no quiero tener a alguien pegado a mis pantalones durante todo el día, perdiendo el tiempo mientras le digo lo que tiene que hacer. Prefiero hacerlo yo.

Su gesto, adusto y hosco de por sí, se había acentuado durante el transcurso de la conversación con sus socios. Pero sus amigos estaban al tanto de cómo tratarlo y sabían que con él solo valían los hechos consumados.

—¡Caray! ¡Connor, solo dale una oportunidad! La hemos contratado en prácticas. Acaba de terminar dos grados en España: uno de Derecho y otro de Administración y Dirección de Empresas con unas notas y referencias excelentes. Por lo tanto, solo estará durante seis meses si no quieres contratarla en firme —se exasperó Declan.

—¡Y encima extranjero! ¿Vosotros sabéis los tecnicismos económicos que con seguridad no tendrá ni pajolera idea?

—Pues si es por eso, no debes preocuparte. Los ha acabado en España, pero los inició en Dublín. Es bilingüe.

El economista agachó la cabeza y apretó sus puños a ambos lados de su cuerpo para intentar controlarse. Estaba acostumbrado a trabajar en solitario. No se sentía a gusto con la gente, salvo con sus dos amigos. Era un hombre introvertido y huraño, aunque educado, honesto y franco.

Cuando era un niño siempre había sido el raro de la clase, aquel que era la diana de las mofas y burlas de sus compañeros y solo porque en las matemáticas era un lince y el profesor siempre lo ponía de ejemplo.

Bueno, por eso y porque tenía la puñetera costumbre de tropezarse con cualquier pequeña esquirra del suelo y, por supuesto, caía cuan largo era cada dos por tres, también tropezaba con las mesas de las clases, la pelota nunca aterrizaba en la zona del cuerpo donde debía cuando jugaba a algún deporte... ¡Para qué seguir contando!

En definitiva, era carne de cañón para los gallitos del corral, así que, poco a poco, se convirtió en un niño tímido, luego fue un adolescente huraño y ahora era un adulto tímido, huraño y solitario.

Jamás pensó que conectaría con dos seres tan distintos a él, pero ahora serían

imprescindibles en su vida y por eso, a veces, no tenía más remedio que claudicar ante ellos.

—¡Está bien! ¡Está bien! —exclamó levantando los brazos con las palmas de las manos abiertas—. ¡Probaré a ese muchacho! Pero no os prometo que sea fácil. No sé trabajar en compañía, os lo advierto. Además, sigue sin gustarme que lo hayáis contratado a escondidas, sin darme la oportunidad de supervisar su idoneidad.

Ambos amigos se miraron con complicidad. Mejor se callaban el resto. Sería una sorpresa para Connor. Así que, una vez obtenida la claudicación del economista, ambos se fueron a sus respectivos trabajos.

Connor se dirigió a la ventana para mirar a través de ella con la intención de calmar su mal humor. Era un vicio que tenía. Lo calmaba y lo ayudaba a pensar. Por eso él eligió ese despacho cuando tomaron posesión de la nave. Aunque era bastante más pequeño que el de Declan, tenía unas vistas espectaculares. Bueno, por eso y porque ese despacho no tenía antesala para una secretaria, como el de Declan. Así no tuvo que poner excusas para evitar tener una para él. ¡Y ahora le imponían un ayudante! ¡Esto era el colmo!

Cuando las relaciones comienzan a flojear es necesario cuanto antes echar mano de algo nuevo y refrescante, como por ejemplo... un maletín.



Julia y Oliver son una pareja joven, apasionada y natural como la vida misma, y también, dos personas con caracteres muy diferentes entre sí que les hacen chocar en más de una ocasión. En ese momento, ambos llevan un ritmo impar en sus vidas; Julia trabaja en una inmobiliaria de prestigio rodeada de imponentes comerciales, mientras que Oliver busca empleo sin cesar.

Durante su exasperante búsqueda, un amigo le pedirá un favor: cubrir su puesto temporalmente como organizador de reuniones de tapersex. Y aunque a él no le agrade en absoluto la idea, por amistad lo aceptará.

Su tarea repentina le mostrará un difícil inicio en el desconocido asunto, donde se verá obligado a mostrar su mayor entereza y a agudizar el ingenio para no faltar a su palabra, e incluso decidirá experimentar con determinados artilugios que antes ni siquiera había visto.

Es entonces cuando Julia lo verá tan perdido que no dudará en embarcarse junto a él en ese nuevo y chispeante mundo. Y durante ese proceso divertido y cargado de objetos muy, muy eróticos, la relación de pareja proyectará una importante metamorfosis.

Y es que... ¿a quién le amarga un dulce?

Sara Lis. Nacida en Barcelona en Julio de 1983. Finalizó los estudios superiores en comercio y marketing. Desde su infancia le brotó una vena creativa que saciaba con el dibujo. Pero hace unos años descubrió que con la escritura su imaginación podía cobrar vida tras reflejarla en un papel. Aquello le entusiasmó y ahora no hay quien la pare. Reside en un pueblecito rodeado de naturaleza que le inspira a crear nuevos relatos.

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Sara Lis

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-99-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 3

[1] Qué calor que hace hoy, en catalán.

Capítulo 6

[2] *Sí, de acuerdo, señor Espasí, así lo haré*, en catalán.

Capítulo 15

[3] Tecnología de la información y la comunicación.

Índice

El chico del tapersex

Prólogo

Capítulo 1. Hasta el moño

Capítulo 2. No te daré la satisfacción

Capítulo 3. Momentos comprometidos

Capítulo 4. Ascenso

Capítulo 5. Algo... inesperado

Capítulo 6. Oportunidades

Capítulo 7. Trances incómodos

Capítulo 8. Secretos de cafetería y Mercedes

Capítulo 9. ¡Socorro, necesito desinhibirme!

Capítulo 10. Reflexiones

Capítulo 11. Pelea y supervivencia

Capítulo 12. Juguetes eróticos y preguntas peligrosas

Capítulo 13. Paradojas y apetencias poco recomendables

Capítulo 14. Accidentes que... ¿Ocurren?

Capítulo 15. Una visita chinche

Capítulo 16. Cruzando la línea roja

Capítulo 17. La avezada sexóloga

Capítulo 18. Confesiones y reconciliaciones

Capítulo 19. Aprendiendo juntos

Capítulo 20. Ocurrencias

Capítulo 21. Reencuentro sorpresa

Capítulo 22. Pillada

Capítulo 23. El juego más impávido y más y más

Capítulo 24. La sede central de tapersex

Capítulo 25. Pillado

Capítulo 26. Un susto y un superhéroe

Capítulo 27. Un futuro increíblemente sexual y prometedor

Capítulo 28. Una pícaro cena

Capítulo 29. Lo más insospechado

Capítulo 30. Adiós, veneno puro; me quedo contigo, amor

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Sara Lis

Créditos

Notas